OBRAS COMPLETAS DE VARGAS VILA

SOBRE LAS VIÑAS MUERTAS



Binding in need of repair when received

NEIU

Obras completas de J. M. Vargas Vila

DERECHOS DE AUTOR



Todo ejemplar que circule sin estampilla será considerado ilegal.

SOBRE LAS VIÑAS MUERTAS

EDICIÓN DEFINITIVA
DEBIDAMENTE REVISADA Y CORREGIDA
POR EL AUTOR

:: Obras completas de Vargas Vila ::

NOVELAS

Aura o las Violetas.
Flor del Fango.
Rosa Mística.
Ibis.
Rosas de la Tarde.
Alba Roja.
La Simiente.
Delia (Lirio blanco).
Eleonora (Lirio Rojo).
Germania (Lirio negro).
El Camino del Triunfo.
La Conquista de Bizancio.
María Magdalena.
La Demencia de Job.
El Minotauro.
Los Discípulos de Emaüs.
Los Parias.
Sobre las Viñas Muertas.
Los Estetas de Teópolis.
El Final de un Sueño.
La Ubre de la Loba.
Salomé.
Cachorro de León.

LITERATURA

Prosas-Laudes.
Ars-Verba.
De sus Lises y de sus Rosas.
Libre Estética.
Sombras de Aguilas.
Horario Reflexivo.
Archipiélago Sonoro.
Rubén Darío.

FILOSOFIA

El Ritmo de la Vida.
Huerto Agnóstico.
La Voz de las Horas.
Del Rosal Pensante.
De los Viñedos de la Eternidad.

HISTORIA

La República Romana.
Los Césares de la Decadencia.
Los Divinos y los Humanos.
La Muerte del Cóndor.
Pretéritas.

Obras completas de J. M. VARGAS VILA

SOBRE LAS VIÑAS MUERTAS

EDICIÓN DEFINITIVA



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, Editor
PROVENZA, 93 A 97

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona

PREFACIO
PARA LA EDICIÓN DEFINITIVA

¿Qué gran Dolor me llevaba a aquella playa luminosa estriada de franjas panterizantes que la hacían semejarse a la hembra de un jaguar, dormida en la arena, a la hora claudicante y, prodigiosamente meditativa en que principia la caducidad lenta del Sol?

yo, tengo el hábito irreflexivo de huir del lugar donde un gran dolor ha herido mi corazón, como si escarpando a los lugares que me han visto sufrir, escapara a mi propio sufrimiento;

como la hija de Inachos, huyendo de los ojos vigiles de Argos, yo creo escapar a mi Dolor, huyendo de los sitios en que me ha besado con su beso irremediable;

por eso, mi Vida, que no ha sido sino una

serie no interrumpida de los más trágicos dolores, tiene el aspecto de una gran fuga acelerada a través de las soledades de la Tierra;

de las soledades, sí; porque mi Vida ha sido una Soledad;

yo, llevo en mí, la Soledad;

y, la esparzo en torno mío, dondequiera que pongo el pie;

es al detenerme o regresar de una de aquellas carreras enloquecidas, para entrar en el Olvido, sin salir de mi Soledad, que he visto la insensata inutilidad de mi esfuerzo, la inanidad de mi gesto desesperado;

el Dolor, me ha seguido en mis peregrinaciones, como el tábano sagrado a Io, fugitiva de él;

y, ha abierto sus alas tenebrosas entre el Sol y, mi corazón, para robarle la luz;

y, como un parásito voraz, se ha refugiado en mi lecho, y, me ha robado el sueño, hasta mostrar a mis ojos fatigados tras el horror de las noches sin Piedad, la desnudez de las auroras sin Misericordia;

la Vida, es el Dolor;

¿cómo huir del Dolor, sin huir de la Vida?

es la Cobardía del vivir, la que engendra la Angustia del Sufrir;

¿la Vida, es una Expiación?...

¿de qué?

del loco Amor a ella;... a la Vida Miserable, que nos envilece y nos tortura, en pago de tanto amarla;

la gran pena de la Vida, es, la Vida misma;

vivir es sufrir;

¿somos nosotros los que vivimos en el Dolor?...

¿es el Dolor, el que vive en nosotros devorando nuestro corazón, como el Icneumón devora el corazón del cocodrilo?...

yo, no lo sé...

solo sé, que huyendo de mi Dolor, hé ido a lo largo de los caminos sin hallar la Ventura, que bajo las facciones de la bella Samaritana, me ofreciera el cántaro, repleto de las aguas del Olvido, a la orilla del pozo de Jacob;

me escoltaba por todas partes mi Dolor;

y, al hacer alto en la aturdida peregrinación, en el desfallecimiento de las tardes sin quietud, bajo la desesperanza de cielos fatales, llenos de mudas tristezas, he oído la voz de mi Dolor, que cantaba extrañas cosas en mi corazón...

y, ha sido entonces, en esos reposorios de

mi Melancolía, que he escrito mis libros más dolorosos, especialmente mis novelas;

hago a mi Dolor prisionero de mi Alma, y, lo cristalizo en un Libro;

y, como escritos han sido bajo cielos ebrios de azul, o esplinéticos en el gris pesado de las brumas, en parajes magnificentes, sensibles a la caricia del sol, en el encanto de horas próvidas, llenas de un panteísmo fecundo, o sobre las arenas ardientes de playas visionarias ante perspectivas inasibles, como perfiles de sueños, o, en la calma metalescente de jardines que se dirían orfebrizados, entre el rumor de las fuentes y el oro retardatario de los lejanos ponientes, de ahí el exotismo, el cromatismo, de algunos de esos libros, en los cuales se reflejan como en un espejo, las almas, los lugares, y, los cielos que yo, encontré en el sendero de mi Soledad;

¿qué reciente Dolor me perseguía, cuando dejando a Roma, la Taciturna Purpurada, fuí como tantas otras veces, antes y después, hacia el golfo luminoso de Nápoles, y, me interné luego hacia el cobalto intenso de las aguas metalescentes del de Salerno?...

no lo sé...

lo he olvidado;

el Olvido, es una piedra tumbal, puesta sobre los labios, muy lejos de nuestro corazón; ella, no aprisiona sino la palabra;

el Silencio, es, la máscara del Olvido, puesta como un sello, sobre la tumba de un gran Dolor;

quien dijo Dolor, dijo Amor;

¡cómo es triste esta última palabra, en los labios que ya no tiemblan al decirla!;

¡triste nido vacío, de donde ha huído para siempre, el estremecimiento de las alas!;

alero desierto, del cual emigraron para siempre las palomas del beso;

¡mudez eterna, del eterno arrullo!;...

... ...

... ...

Amalfi;

hora del baño;

sobre la playa, un hormigueamiento de gentes adineradas y elegantes;

policromismo álgido de toilettes;

excentricidades cosmopolitas;

en el pequeño dique de madera que lleva al Establecimiento de Baños, grupos de hombres y mujeres que charlan en amable y ocasional camaradería;

y, yo, solo, indiferente, avanzaba con lentitud, por entre aquel mundo que parecía serme absolutamente desconocido...

de súbito siento una impresión de angustia inenarrable...

un verdadero dolor físico, como si una mano brutal, me hubiese arrancado un antifaz, que llevase sobre el rostro;

siento que mi soledad va a ser violada, y quiero huir;...

es tarde...

alguien que me ha visto, me mira, y me saluda;

es un diplomático de un país danubiano, emparentado por su reciente enlace con una bella dama de nuestra raza, con familias de mi conocimiento, en cuyos salones, me había sido hecha su presentación;

se destaca del grupo en que conversa, y, viene a mí;

me estrecha la mano, ceremonioso y, grave, con un gesto elegante, que pide el ambiente perfumado de un salón;

encantado de hallarme;

se aburría enormemente;

un público rough*;*

es su expresión...

—Bottegari, caro mío, bottegari, *dice con su voz cantante de eslavo, mientras su mano pálida y, fina, hace el gesto de apartar con repugnancia la morralla cosmopolita que le está cercana;*

y, en esa expresión, para él, despreciativa de tenderos,—bottegari; *parece englobar a todos los concurrentes a la playa, aun aquellos de los cuales, acaba de separarse;*

feliz de hallarme, no me deja ya;

se embraza conmigo, y, entramos en el pequeño muelle de madera que avanza sobre el mar, hacia los baños;

mi amigo, raya en la cuarentena, elegante y florida, una barba rubia partida en dos le da un aspecto donjuanesco, de exquisita distinción;

las damas se vuelven para verlo pasar;

él, díceme cómo le es de antipática esa playa, à la cual una empresa amorosa, lo ha traído;

vive en el Hotel des Capucin, *a donde yo, he llegado también;*

tiene un pequeño apartamento en otro Hotel más modesto a donde se hospeda la bella cantante, cuyo sortilegio lo ha traído hasta esta remota playa;

y, al hablarme de ella sus ojos lagunares se hacen fúlgidos;

—¿No la conoce usted?—y, me dice su nombre.

—Sí; la oí cantar en el Adriano, *en Roma.*

—Se la presentaré; va a salir ahora, del baño;

y, continúa en decirme mal, del público transeunte, que puebla a Amalfi;

—Tenderos vanidosos, banqueros averiados, burgueses pretenciosos, pas chic, pas chic, mon cher, *me dice con voz silbante, de desprecio, que suena como un latigazo en el aire;*

la cantante, sale del baño y, viene hacia nosotros;

bellísima, de una madurez disimulada por el concurso de todas las artes; delgada, esbelta, elegantísima;

mutua presentación;

encantadora y cordial acogida;

un persistente olor de rosas se escapa del cuerpo de la artista, recién perfumado al salir del baño;

ese perfume sutil es un atractivo más añadido a todos los encantos que emanan de ella,

que es como una victoria de la Belleza, en aquella hora apoteósica de Sol;

nos apartamos de la playa, donde los bañistas fingen un inmenso enjambre rumoroso y multicolor;

nos detenemos para comer ostras, en un Restaurant afamado por la exquisita calidad de los mariscos que expende;

allí, el diplomático habla de mis libros y, hace el elogio de las Rosas de la Tarde;

disertamos sobre la Novela, y, el Arte de la Novelización;

la Artista, se interesa por saber, si son reales y vividos, *todos los personajes, que los noveladores hacemos aparecer en nuestras novelas, o si son simples creaturas de imaginación;*

larga disquisición sobre el particular;

el diplomático, muy versado en las literaturas eslavas, y, especialmente en cuanto a la novela rusa atañe, pinta admirablemente los tipos de las novelas Tolstoianas, todos llenos de una brumosa y, salvaje realidad; hace extrañas revelaciones sobre los tipos creados por Dostoïevski, especialmente en Crimen y Castigo, *y, su innoble conducta con Tcher-*

nischevsky, tan despiadadamente tratado, o, mejor dicho pintado en el Cocodrilo*;*

defiendo a Dostoïevski, que se sincera de eso, en su Diario*;*

mi interlocutor habla de Bobok, *como de otra crueldad dostoïevskiana;*

trata a Tourguenev de insincero y, fantástico;

y, declara a Gogol, el más fuerte y, más bello pintor de caracteres;

asiento a este su último decir;

la actriz, hecha ensoñadora habla con mal contenido rencor contra d'Annunzio, que—al decir de ella—en su novela Il Fuoco, *revela con intemperancia, la historia de su amor fatigado y, misericordioso, por aquella noble y, taciturna Electa del Genio, que es Eleonora Duse;*

yo, sostengo el derecho absoluto e indiscutible del novelador, para tomar el sujet *de su novela dondequiera que lo halle y reproducirlo con toda veracidad, sin limitación alguna;*

—¡Ah!—dice ella, con el extraordinario encanto de su voz de flauta—; entonces hallará usted, aquí, en Amalfi, y, en el mismo Hotel donde se hospeda, todo el argumento de una

novela, desarrollado en torno de un personaje, muy interesante.

—¿Cuál?—dice él, extrañado de aquella revelación...

—La jorobada, la millonaria...

—Verdad; interesantísima; esta noche la verá usted...

... ...

nos ponemos en pie;

es ya el mediodía;

el sol dardea con furia sobre la playa enrojecida;

el mar se hace glauco, como un metal en fusión;

nos separamos;

los ojos de la actriz, parecen haber absorbido todo el fuego y la belleza de la hora...

—Arivederci...

—Arivederci...

y, la voz de la artista, aquella clara voz que la ha hecho célebre y, enloquece los públicos que la escuchan, vibra musical en la inocencia del aire, como un himno a la santidad inmarcesible de la luz.

*

La noche de aquel mismo día;

el diplomático amigo, y, yo, después de haber cenado nos sentamos en sendos sillones, en el hall *del Hotel, que en aquella estación hacía las veces de salón...*

afuera, la noche era maravillosa;

el perfume de los jazmines que adornaban las mesas del comedor, llegaba hasta nosotros mezclado a los aromas salobres del mar, cuyas olas calmadas, morían dulcemente sobre la playa, como diciendo a las cálidas arenas, un bello verso de amor;

mirábamos ese público abigarrado y, cosmopolita, en el cual muy raras elegancias rompían la monotonía de una vulgaridad abrumadora;

de súbito, hubo hacia las puertas del comedor, un movimiento inusitado;

detuviéronse las gentes, entre apenadas, y, curiosas;

avanzaba por el corredor, un ser informe que más parecía un objeto que una persona;

por momentos se detenía, y como si tuviese miedo de las gentes, se acercaba para ampararse, a una Señora alta y gruesa, que la seguía;

—La jorobada—me dijo mi amigo—, véala usted bien...

y, la miramos;

era horrible de ver;

a pesar de la superstición que hay en Italia, contra las mujeres jorobadas, que según dicen trae la jettatura, *las gentes hacían una excepción con ésta, y, se detenían compasivas y admirativas, para verla;*

pasó cerca de nosotros;

iba apresurada, como si huyese al rigor inmisericorde de un castigo;

se sentó lejos de todos, cerca al barandaje de un balcón que daba sobre la playa;

mi compañero me dijo:

—Es un monstruo, ¿verdad?

—Sí...

—Pues es más monstruoso lo que piensan hacer con ella; ¿ve usted aquel hombre alto,

delgado, tan elegante, que conversa con otros, en ese círculo, cerca de ella?

—Sí..

—Pues, ese hombre aspira a casarse con ese monstruo.

—Eso es horrible:

—¿Qué quiere usted? tiene tantos millones...

despectivo, indiferente, el diplomático miró su reloj...

eran las diez;

se puso en pie, me estrechó la mano, y partió...

... ...

dos días después, no habiendo hallado el Olvido, que buscaba en esas playas ardientes, dejé a Amalfi;

de paso por Nápoles, compré bajo la Galería, una Revista Ilustrada, que tenía versos, de aquel pobre ser triste y deforme, que la bella actriz me había indicado como bueno para el personaje central de una novela mía;

muchas cosas había oído en Amalfi, que me habían permitido ver la entraña palpitante de un gran drama;

y, obsesionado por él, entré de nuevo en Roma.

*

Pasó el tiempo;

nuevos deberes y, nuevos dolores absorbieron mi Vida;

llegaron los días de la Exposición Universal en Roma;

era al principio de ella;

una noche, paseando por los viales umbríos, cerca a los Padiglioni delle Nazioni, *me hallé de manos a boca, con un hombre alto, elegante, vestido del más riguroso luto...*

me miró, como si hubiese querido reconocerme;

siguió su marcha;

yo, lo reconocí bien;

era el inglés, que yo había visto en el Hotel des Capucin, *en Amalfi, y, que hacía el amor a los millones de la contrahecha infeliz;*

¿se habría casado?

¿a quién guardaba luto?...

heme ahí de nuevo ante los perfiles de aquel drama apenas entrevisto y del cual había pensado hacer una novela;

esa idea volvió a apoderarse de mí, imperiosa y, avasalladora;

llegó el verano;

volví a Amalfi;

tomé notas;

me refugié en las frescuras montañesas de Cava dei Tirreni;

y, allí escribí este libro;

fué en los pequeños jardines del Hotel de Londres, *y, en los de la* Villa Pública, *que fueron escritas estas páginas forjadoras de un drama doloroso, que yo no vi vivir, que no sé si habrá sido vivido, pero el germen del cual pasó un momento ante mis ojos, como un fantasma coronado por la doble aureola del Genio y del Dolor.*

VARGAS VILA.

En 1919.

SOBRE

LAS VIÑAS MUERTAS

El cielo se diluía en un amatista claro, que se diría vivo, tanto así era de estremecido y, glorioso;

vibrante como los cielos, como los aires, como las aguas del golfo milagroso y divino, que en aquella hora, parecía extático bajo la caricia del Sol, enervante, en la ola de calor que empezaba a surgir de los cielos, y de las aguas, azules, como dos malaquitas gemelas, hechas para decorar la techumbre y el suelo de una mezquita de cristal, levantada como un exvoto a las victorias frenéticas del Sol...

era una como embriaguez de luz, en aquella calma dorada, con la cual el deslumbrante estío, cantaba sus propias apoteosis...

el *Hotel Cappuccini*, como una joya de ace-

ro, cincelada en el dedo de un Titán, alzaba su vieja mole enclavada en la roca, dominando desde su altura, la mansedumbre del golfo, que semejaba una mujer dormida en la calma del paisaje, feliz de las caricias del aire, que como manos férvidas, recorrían su cálida desnudez;

el horizonte, era feérico, un horizonte de ensueño;

allá en la lejanía, como la proyección de una ciudad muerta, sobre las aguas dormidas, cual si apoyasen la cúpula deslumbrante, columnatas, pórticos, y ábsides, que como restos de un claustro misterioso, extendía sus perspectivas atrevidas y sus cinceladuras de ágata, hacia la lejana península de *Sorrento*, que semejaba en la línea horizontal, la curvatura grácil de un hipocampo juguetón sobre las olas...

el agua se hacía moaré, taciturna, de un violáceo tornasol y mórbido, allá donde tras el gris cerúleo de las olas salernitanas, entraba en la quietud febricitante y, pérfida de las paludes de *Pœstum;*

la visión lejana de aquel lis enfermo, solitario entre las aguas, hacía melancólico ese paisaje de quietud mórbida, en el fondo del

cual, las olas hechas de una pesantez mineral, como si fuesen asfálticos, se veían dormidas en un apaciguamiento de letargia;

una tristeza de osarios prehistóricos, parecía venir de aquellos rosales lejanos, en el corazón de cuyas rosas duerme la Muerte, con un perfume tibio de áloe, y cuyos ramajes enfermizos, son como tentáculos misteriosos tendidos hacia la Eternidad...

fragmentos de glorias muertas, parecían flotar en aquellas ondas turbias y venenosas, llenas un día, del aliento sobrenatural de la Tragedia;

toda la poesía, y toda la belleza, siempre renovada del mar, se condensaban allí cerca, en ese golfo de *Amalfi*, azul y luminoso como un lento crepúsculo; quieto a la sombra de su corona de rocas y de arbustos, hecho transparente y diáfano, en la cantante luminosidad de la mañana estival;

el *hall* del *Hotel Cappuccini*, era como una bahía luminosa, entre los rosales rojos, y las clemátides olorosas, que desbordaban sobre la ancha baranda, y caían como en faralases multicolores, sobre el muro escueto, donde rótulos y anuncios hacían policromías caprichosas bajo la caricia vegetal;

el viejo monasterio, hecho Hotel, no pierde en sus horas de calma, el aspecto de sus severidades conventuales;

su alma monástica, parece entonar el viejo salmo de su antigua grandeza espiritual, en esos momentos de soledad, en que sus claustros desiertos dejan ver, en la atmósfera de quietud que les conviene, la pureza impecable de sus líneas, el atrevimiento de sus volutas, sus arquitrabes florecidos de adornos, sus artesonados, donde se enreda aún el follaje lenitivo de su antigua flora mística;

todo el encanto arquitectónico de la vieja Abadía, se mostraba esa mañana silenciosa, en que la luz era como un inquieto pintor, empeñado en poner en evidencia la belleza de aquel joyel de piedra, profanado por el espíritu mercantil de la época, y, el alma vulgar y pesada de los turistas cosmopolitas;

en ese momento, el *hall*, estaba solitario;

era la hora del baño, y, los viajeros todos estaban en la playa...

sólo había alguien, sentado cerca a la baranda enguirnaldada, en el ángulo donde las lianas hacían un refugio apacible, contra el exceso de luz...

era una forma femenina, toda en blanco y oro, como una sinfonía matinal;

¿habéis visto el reflejo del sol, sobre una placa de metal bruñido?

así era el resplandor de sus cabellos rubios, sobre su larga frente pensativa;

sus ojos verde-azul, tenían la acuidad luminosa de un ámbar opalino;

un gesto de amarga quietud, sinuaba sus labios, de un rojo tan pálido, que apenas era visible, en la nitidez del cutis, a través del cual, ligeras venazones azules, hacían un tejido de lis;

su aire, un poco triste, le daba el aspecto de algo frágil, pero vibrante, como un cristal sonoro, en el fondo del cual, se percibieran las palpitaciones de un ser vivo y luminoso;

inclinaba la cabeza sobre un libro, que leía con avidez, y su perfil de virgen sienesa, de esa palidez mate, peculiar a las ceras de *Lúca della Robbia*, se dibujaba sobre el azul infinito que le servía de fondo, con la pureza nítida y perfecta, de un esmalte bizantino;

¿era una niña?

¿era una mujer?;

los cabellos desanudados, le cubrían el bus-

to por completo, tanto así eran de profusos, y ocultando los lineamientos del cuerpo, impedían definirlos;

solo, al fin de piernas muy cortas, pies diminutos, primorosamente calzados, se veían alcanzando a penas a tocar el suelo, con esfuerzo;

su aspecto delicado, lleno de un esplendor interior que la espiritualizaba, cual si fuese hecha de algo inmaterial y sutil, le daba el aire de una muñeca, luminosa y preciosa, llena de un encanto indefinible;

sus ojos, se alzaron del libro, y contemplaron el golfo, fijamente, tenazmente, amorosamente, con una mirada de ensueño;

se diría que lo habían absorbido, tanto así se hicieron, de claros, de radiosos y de profundos;

hay almas, hechas para contemplar el mar, y para amarlo;

el Mar, como todas las cosas grandes y sublimes, puede ser mirado por todos, pero no puede ser contemplado por todos...

ver, es un gesto exterior, un acto físico, ajeno a toda espiritualidad;

contemplar, es un gesto interior, un gesto psíquico, muy lejos de toda animalidad...

la contemplación verdadera, se confunde fácilmente con la adoración sincera;

contemplar, es, la forma absoluta de comprender;

comprender, es igualar...

igualar el Mar... comprender el Mar... es decir:

ser tenebroso, profundo, luminoso y bello, como el Mar...

ser Artista, y ser Poeta;

la pequeña creatura que contemplaba el Mar, contemplándolo, parecía hacerse inaccesible, cual si viviese una doble Vida, hecha de altura y de profundidad;

sus ojos, se hacían fulgentes y trasparentes, como el cristal de una lámpara preciosa, tras el cual, una luz muy viva hiciese irisaciones violentas;

el camino de la Ensoñación; la gran Avenida de los Sueños, feérica, quimérica, interminable; parecía extenderse ante ella, como el jardín reflorido de todos los ensueños de la Tierra;

y, tal vez uno por sobre todos, se alzaba de los meandros del sueño, para cantar en su corazón, con la dulzura de un canto nocturno, y volar sobre él, como un pájaro de ná-

car con alas de oro, hacía la rosa púrpura de los besos imposibles;

con la mano en la mejilla, quedó como hipnotizada, por el ardor calmado de sus sueños, deslumbrada por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, y tal vez por aquel que había en su corazón, puro y suave, como el sueño de un niño, bajo la ternura de las rosas.

—Silvia, Silvia—dijo una voz muy amable, y, una dama elegante, ya entrada en años, salió por la puerta del comedor, y avanzó en la terraza asoleada, bañada de una sombra de azul marino;

la ensoñadora apartó los ojos y el alma, de las visiones interiores, y de aquellas exteriores que contemplaba, y, muy triste por el derrumbamiento brusco de su castillo de sueños, volvió a ver hacia donde la llamaban;

sus labios, parecieron desprenderse del beso mudo, de los labios cerrados del Silencio.

—Mamá—dijo con una voz muy tierna;

y, se puso en pie;

y, avanzó hacia aquella que venía en su busca;

nunca hubo ruina de idealidad mayor, que ver marchar a aquel sér bañado de luz...

aquello, no era una niña, no era una mu-

jer...; era algo inhumano y cruel, triste de mirar...:

se diría un escarabajo en marcha;

la Naturaleza, que la había deformado, no había dejado humano en ella, sino el rostro; aquella cabeza triste y pensativa, que se alzaba ahora, sobre los hombros en arco, y, la enorme joroba que la columna dorsal, horriblemente deformada, hacia bajo los cabellos de oro;

marchaba a pasos menudos, y sus brazos se veían tan largos, que parecían los de un orangután, que tocase el suelo con las manos; unas manos, largas, pálidas, huesudas, en las cuales, las piedras preciosas de los anillos, hacían reflejos insultantes;

la madre, avanzó hacia ella, la estrechó en sus brazos, y la besó en la frente, con un beso tan tierno, tan suave, que parecía lleno del temor de romper aquel sér frágil, que tenía todo el aspecto de un niño;

el pequeño sér deforme, se estremeció bajo aquella caricia, y sus manos descarnadas, se adhirieron como dos cartílagos, al rostro materno; sus bellos ojos de ámbar irradiaron de ternura, y, sus labios sinuosos, aristocráti-

cos, amargos de tristeza, besaron con pasión la frente venerable;

bastaba ver el ardor de aquel beso, que parecía sitibundo de ternuras, el fulgor de aquellos ojos hidrófanos, mendigadores de amor, el temblar de aquellas manos, necesitadas de recibir y dar caricias, para comprender que aquella era una alma vibrante, apasionada y delicada, una de esas almas combustibles, hechas para arder y perecer, devoradas por la llama sacramental de la pasión, en el altar de los sueños imposibles, de rodillas ante el Amor Integral, implacable, como un sacrificio en la Noche, estéril, como el corazón salvaje y cruel de la Nada triunfal;

de brazo marcharon las dos mujeres, por la gran terraza luminosa, entonces solitaria, y, desaparecieron en la penumbra del corredor, lleno de sombras indecisas y taciturno, como un gran muro de Silencio...

se fueron, como huyendo de la luz enemiga, humillante para aquel ser abrumado de Injusticia;

y, se perdieron, como tragadas por la boca de la Soledad, en cuyo corazón se apagan todos los gritos, y crecen y se enorgullecen to-

dos los sueños; hasta los sueños coléricos de la Desesperación...

y, el Sol, quedó cantando su fanfarria estival, en la terraza desierta, llena de la reverberación ardiente de las arenas lejanas...

*

Nunca las almas sensibles y mórbidas, aquellas hiperestesiadas por la sensación aguda de los refinamientos mentales, habían saboreado el néctar perverso y cruel del Dolor ajeno, como cuando leyeron en el «*Mattino*», el «*Pópolo*», y otros periódicos napolitanos, los primeros versos de Silvia Krauss Salvatti;

la sensación aguda, la emoción profunda, el soplo pasional y trágico que llenaban aquellos cantos, llenaron las almas todas, como el perfume enervante de un bosque respirado en la noche, como una música intensa y turbadora, escuchada en las soledades de un estuario, y que trajera en su armonía errabunda, toda el alma salobre de los mares, y el alma de las tardes sangradas y dolientes, húmedas con el beso nupcial de los crepúsculos... . . . .

una angustia desconocida llenaba aquellos cantos, como preludios rimados por arpas lentas, por violines melancólicos, bajo cuyo arco trémulo, temblaran las armonías prisioneras, ansiosas de tender el vuelo, y prenderse en un beso de oro, a los labios de la luna, cuyos párpados de tinieblas, se cierran sobre los ojos astrales, ébrios de su propia luz;

esa sensación, se magnificó después, casi hasta el horror admirativo, cuando apareció la plaqueta admirablemente cincelada de sus «*Medallas Corrosivas*», donde la Poetisa niña, nimbaba su dolor de un halo de satanismo sentimental, que se extendía como una ala maldita, sobre:

«*mi frente de arcángel rebelado*
y mi cuerpo de clown en irrisión».

y, en ritmos ardientes y atrevidos, que abrían en el alma un surco sonoro, gritaba en un lirismo lleno de estremecimientos:

mi alma, es un Cristo que agoniza
sobre la cruz deforme de mi cuerpo...

y, por estas revelaciones, se supo y se ha-

bló entonces, del Dolor y de la Vida, de la Poetisa enferma.

Silvia Krauss Salvatti—*la Salvatti*—, como la llamaban los poetas y los cronistas, para sintetizar e italianizar su nombre, era la hija única del banquero Hermann Krauss, varias veces millonario, oriundo de Alemania, y naturalizado italiano, bajo el bello cielo de Nápoles, donde había hecho su fortuna;

cargador en un muelle de Hamburgo, embarcado en un buque mercante, desembarcado enfermo en Nápoles; salido del Hospital a ser lavaplatos de un Hotel; hecho luego camarero del mismo, había casado con la hija del dueño, y héchose propietario por la muerte de éste, había centuplicado su capital en negocios de bolsa, llegando rápidamente a la alta banca, hasta hacerse el superárbitro de ella;

nada faltaba a su ventura, sino la de su hija única, Silvia, a quien el Destino había hecho jorobada desde su nacimiento;

y, ese Destino, había puesto el alma más ardiente, más luminosa, y más vibrante en ese cuerpo deforme, del cual, ella misma había dicho:

mi cuerpo, es un violín destartalado
en donde duerme un mundo de Armonía.

Hermann Krauss, tenía alma de banquero; lo cual quiere decir, que el resorte vital de su alma, era el interés, y era por ese lado, que lamentaba la suerte de su hija;

después de ser rico, todo el sueño de su vida era el de ser, ya que no noble, al menos ennoblecido; emparentar con una gran familia, y ver aunque fuera en su descendencia, una gota de sangre noble neutralizando la suya, de plebeyo adinerado;

por la realización de ese sueño, habría dado la mitad de su fortuna, y aun su fortuna toda, tal era el ardor que ponía en él;

pero, ese sueño era desvanecido para él, con la ventura de su hija;

la idea de una alianza, con algún noble arruinado, que le hubiera llevado un escudo enmohecido, en cambio de los suyos de oro reluciente, tuvo que ser eliminada de su cerebro, ante la monstruosidad incurable, que agobiaba a su vástago;

este desencanto, se había trocado casi en Odio, hacia la pobre niña enferma, cuya presencia llegaba hasta indignarlo;

y ésta, arrojada brutalmente del amor paterno, no había tenido otro consuelo que el cariño de su madre, que como el de todas las madres, era abnegado y heroico, hasta lo inexpresable;

creciendo en ese semi-aislamiento injusto, aumentado por la superstición popular, de que las mujeres jorobadas traen la mala suerte; viéndose relegada a su fastuoso aislamiento, por la grosería de las gentes, que hacían al verla, señas obscenas para conjurar la *jettatura;* el alma de la niña se nutrió de rencor, de amargura, y de tristeza, y su genio poético, empujado a la Soledad, se desarrolló en esas ondas de poesía, orgullosa y contemplativa, en esos poemas de subjetivismo rebelde, y de orfebrismo delicado, que la colocaron desde la aparición de sus primeros versos en la más alta línea de los poetas, neolatinos, de su tiempo;

se la comparó a Leopardi, el sombrío y, armonioso jorobado de *Ravenna;*

y, ella misma había dicho haciendo alusión a este símil:

«*Si el cuerpo de Leopardi me fué dado,*
el alma de Leopardi, vive en mí...»

y, en otra llamada implorativa a aquel hermano pretérito; clamaba:

«¡ oh ! mi hermano infeliz, el de Ravenna,
no me cuentes tu pena, yo la sé...»

esa gloria inasible del Genio, consolaba en parte el orgullo plebeyo del padre, pero, no alcanzaba a desarmar la aversión, esa aversión recóndita e inconfesada, que las almas inferiores, sienten por aquellas a quienes una sublime superioridad separa bruscamente de ellas;

ese divorcio mental, engrandecía enormemente, el divorcio moral de sus corazones;

sin embargo, Hermann Krauss, tenía para con su hija, todas las atenciones, y todos los cuidados, que su fortuna le permitía, y los cuales, le prodigaba con insolente esplendidez, ya que era incapaz de toda delicadeza;

así, Silvia, engrandeció, en el lujo, en la suntuosidad, en el derroche, y su figura triste y enteca, era una de las habituales a los *five o clock* del gran mundo, a las *Tómbolas*, y a las funciones de Beneficencia;

su carroza, señorial y espléndida, era una de las infaltables, en la fila ya conocida, de

aquellas que en las tardes, recorren la *Vía Roma*, y hacen la *passeggiáta*, obligada de *Vía Partenope*, hasta *Vía Caracciolo* y, *Mergellina*, con la solemnidad lenta y protocolaria de aquel desfile diario, bajo cielos de satín, cerca a la orquesta apaciguada de las olas, y a las frondasones profundas de la *Villa Nazionale*, donde la blancura de las estatuas, se erige luminosa, bajo ábsides de follaje, de los cuales parece escaparse uno como incienso vegetal, y grandes llamadas a la Lujuria, que duerme en los corazones con un fervor de religión;

música admirable, conocedora profunda de los grandes Maestros, los interpretaba y los reproducía a maravilla; bajo la presión de sus largos dedos de tentáculos, las teclas parecían cantar, ebrias de una trágica armonía, y las notas eran como un ritmo de alas melódicas, de cisnes partidos en un peregrinaje sentimental, hacia el azul dormido de los sueños...

lo triste, lo verdaderamente triste, era ver su figura diminuta y deforme, inclinada sobre el piano; se creería ver una araña lírica, recorriendo el teclado, y haciéndolo sonar con

el peso de sus patas, hechas enormes, por una ilusión de óptica, macabra y desopilante;

sus recitativos, dichos al piano, cuando otro lo tocaba, eran magistrales de armonía y de dicción, y formaban el mayor encanto de las fiestas de Caridad, de los tés aristocráticos, y, de toda fiesta de arte selecto;

ningún programa musical de la *high life*, se habría reputado completo, sin un recitativo de *la Salvatti;*

un silencio admirativo, cuasi religioso, se hacía, cuando ella aparecía cerca al piano al lado del músico que iba a acompañarla;

diseuse admirable, de un gusto artístico perfecto, sabía dar a la frase musical, alas sutiles, vibratorias, y en ellas el alma de los versos se elevaba a las cumbres de la más alta melodía;

la armonía patética de las estrofas, adquiría una como plasticidad luminosa, y su esencia espiritual, se hacía talmente tangible, que se creía percibir grandes ánforas de alabastro transparente, donde sangraban corazones martirizados, en la imposible idealidad de un sueño;

los adagios melancólicos, adquirían una intensidad pasional, tan aguda, que era como

un dolor, pero, un suave y triste dolor espiritual, como aquel que nos viene contemplando en una noche silente, el rebaño apacible de las estrellas, bajo el pastoreo paciente de la luna, a través de un follaje temblador, en el fondo de un paisaje poderoso, lleno de sensualidad;

los versos parecían venir de lo alto, dispersos, flotantes, tibios, como las plumas de las alas de un pájaro herido en pleno vuelo;

ritmos melódicos, trémolos palpitantes de angustia, soplos elegíacos, flotaban en la atmósfera, y se perdían en una ascensión invisible, hacia las albas lejanísimas del Consuelo, sordo a toda imploración;

callaba...

se le aplaudía;

entonces volvía su faz bella y doliente, hacia el Auditorio conmovido, en el cual persistía la emoción musical, como en un instrumento de cuerdas, recién tocado...

y, agradecía con una mirada tierna y tan triste, como si sus ojos preludiasen, ellos solos, la canción de las últimas violetas, muertas en el corazón, de los jardines cercanos.

Nápoles, amaba su Poetisa y quería consolarla;

el Nápoles aristocrático, intelectual, y artístico, era todo suyo;

eso halagaba, pero, no consolaba su corazón;

el Mal, el divino Mal, dormía en él, con la obsesión omnipresente de todas las cosas imposibles;

y, era como un nuevo estandarte de Dolor, clavado en la soledad de su corazón...

estandarte, no desplegado aún... y, ya castigado por el viento acre de las derrotas futuras...

*

El candor de la tarde se moría, en celajes de un ámbar transparente, como en el corazón de un ópalo lácteo, deliciosamente triste;

la languidez sonora del momento, llenaba con su calma de miraje, la aspiración vencida de la playa;

vagas preformaciones de la Noche, diseñaban perfiles de Misterio, sobre el agua del golfo, tenebroso como un gran corazón exasperado;

y, en el Poniente mórbido, incendiado, sonaban las campanas de oro de la Tarde, en un *Angelus*, límpido, de luz desfalleciente;

el alma misericordiosa y casta de la Noche, tenía ya caricias de madre, para la pobre tierra vencida, que se refugiaba en el crepúsculo, con la languidez de un lotus enfermo;

como hipnotizados por la sugestión irresistible del paisaje, mentalmente absorbidos por el alma inmanente de las cosas que los rodeaban, todas graves, todas bellas, todas tristes, en esta hora en que el alma de la Melancolía dominaba el cielo, como un gran Cristo exangüe clavado en la mitad del horizonte, Silvia Krauss, y Attilio Retti, su primo, dominaban el punto más alto del «*Valle de Molini*», y contemplaban la maravilla del golfo, que en su quietud solemne, semejaba el rostro de un muerto, rodeado de una corona de cipreses;

el campanario de *San André*, se perfilaba en el moaré luminoso de los cielos, como un lirio de argento, sobre el cristal de un lago penumbroso...

la adorable luz vespertina, hacía fantástica la decoración litoral, que se extendía de *Amalfi* hasta *Salerno*, y más allá, hacia los mirajes pérfidos de *Poseidonia*, dormida a la sombra de sus grandes lises acuáticos, como en un coro de adolescentes perversos.

Silvia, se detuvo un momento, como deseosa de absorber en sí, toda la belleza proteiforme, y en aquel instante extática, del Anfiteatro prodigioso, que se extendía ante

ella, inmóvil, en el corazón del crepúsculo, y, triste como bajo un vuelo de presagios;

su alma, demasiado llena de sensaciones interiores, se fundía en el paisaje a veces irreal, en el malva-blondo, de ese escenario de ensueños.

Attilio, la dejaba pensar, envuelto él también, en el silencio religioso, que emanaba de todas las cosas como un perfume, y las envolvía en un manto de quietud, que se adhería a la tierra, como un *peplus* de gasa sobre un cuerpo desnudo.

Attilio, era hijo de una prima de la Señora Krauss, casada con un empleado oficial, muy pobre, que había muerto dejándola en la miseria;

recogida en casa de Krauss, había vivido allí largos años, y los dos niños habían crecido juntos, en una fraternidad, que para él, no había tenido ni violencias, ni emociones;

no así para Silvia, cuya alma apasionada, se había hecho un idilio conmovedor, de adoración muda y ferviente hacia aquel que había sido el compañero de su niñez y de su adolescencia, tan tristes y tan hostiles, y, como lo decía en un verso enigmático, que era

como todos los suyos, una confesión imprecisa, había sentido el alma del Amor:

turbando mi pensamiento,
inclinarse sobre mí...

separadas las familias luego, Attilio había ido a vivir con su madre, en la parte alta de la ciudad, cercana del *Vomero*, pero, continuaba en frecuentar la casa de los Krauss, donde era mirado como un hijo, y, lo hacía obedeciendo a la tiranía de la costumbre, sin ningún otro *arriére-pensée* sentimental, porque él amaba a Silvia como una hermana, de la cual sufría y compartía las amarguras, pero, no el sueño ardiente que la despotizaba.

Silvia no ponía diques a su pasión, toda espiritual, sin ninguna aspiración carnal, porque ella había sabido a la edad en que debía saberlo, que el Amor material con su consecuencia, que es la maternidad, le estaba prohibido por la Naturaleza bajo pena de muerte, porque su configuración defectuosa no podía resistir la carga de la maternidad, y los dolores del alumbramiento, y se había puesto a amar con un amor contemplativo, privado de sensualidad, pero más intenso aún a

causa de su confinamiento en las regiones mentales;

y, había dicho en versos suyos, siempre a su Amante Ideal:

el amor de la carne no me toca...
es mi alma apasionada, mi alma loca...
la que tiembla en su cruz como un harapo...
y la que aspira al beso de tu boca...
lejana, inaccesible...

Attilio, se dejaba amar, culpable tal vez de una piedad exagerada, por aquel ser deforme, del cual no se atrevía a matar el más bello sueño...

y, ella se abrazaba a su ilusión, y tendiendo los labios al Imposible Amor, decía:

yo soy la sensitiva dolorosa...
feliz de sucumbir bajo tus besos...

pero, volviendo siempre por los fueros de su pureza ideal, decía con una mal disimulada nostalgia, de las cosas reales:

yo, no conoceré la hora salvaje
en que mueren los besos impotentes
por el espasmo loco del placer...
la hora de la bestia...

y, se refugiaba en el Ensueño ardiente...;

mil veces más ardiente que la llama real de la Pasión;

desde que los Krauss estaban en *Amalfi*, Attilio, venía todos los domingos, para hacerles visita, y regresar por la noche a Nápoles, donde era empleado en una casa de sederías.

Hermann Krauss, venía también dos veces por semana, a visitar a su mujer y a su hija, que veraneaban allí...

arrancándose a las garras tenaces de su Ensueño, Silvia dijo lentamente, como si le costase trabajo entrar de nuevo en plena Vida:

—Papá, debe venir acompañado hoy, porque así lo anuncia; y me hace decir por mamá, que espera que seré amable, con el huésped que trae.

—Será algún admirador de tus versos.

—Es un inglés.

—Tus versos, han sido traducidos a esa lengua, y *The Mirror* de Londres, ha publicado recientemente tu retrato.

—Mi cabeza, que es lo único mirable que hay en mí... lo único que no da horror...

—¿Y, tu genio?

halagada por la alusión, que venía de aquellos labios tan amados, Silvia sonrió, agra-

deciendo con sus ojos muy bellos, la música de aquella voz que la hacía feliz.

—Papá, bajo la tiranía persistente de su *snobismo*, nos anuncia que el amigo suyo que viene a presentarnos, es más que un *gentleman*, es un noble, un Barón irlandés, de *pura cepa*.

—Palabra de vinicultor...

—Y, de *parvenu*...

como si esa conversación tan trivial, los hubiese fatigado, volvieron a callar...

y, cual si hubiesen sentido la fascinación del mar cercano, miraron hacia el espejo turbio de las aguas, que se abría bajo ellos, como un cristal opaco en su marco de negra y débil vegetación;

la hora era febricitante de éxtasis, en el verde-azul indeciso de los cielos y de las olas...;

el lenguaje profundo de la Soledad, hablaba en sus corazones, y servía como de vehículo a sus sensaciones íntimas, que callaban obstinadamente;

¿por qué?

la Noche que avanzaba se hacía angustiosa, y parecía que las alas pesadas del Horror, se hubiesen abierto sobre el paisaje, hecho de súbito negro, como un gran lago bituminoso...

Silvia, tomó el brazo de su primo, como si temiese que se le escapase, dejándola abandonada en aquella soledad, y cual si diese voz a las iluminaciones intempestivas de su cerebro, murmuró:

—¿Qué sería de mí, si tú me abandonases?

y, lo miró en los ojos, como si sintiese la necesidad de oír la voz consolatriz, que era el único himno grato a su corazón;

y, su alma, quedó pendiente de aquellos labios, temblorosa, como las alas de un colibrí sobre el cáliz de una flor.

—¿Abandonarte?

no se abandona a su hermana—dijo él;

y, ella calló...

calló, como si la música de aquella voz, se hubiese hecho un puñal, que la hería en el corazón...

su hermana... nada más que su hermana... ¿eso era ella para él?

algo puro, algo suave, algo sereno, como el claror de una estrella...

algo sin pasiones, sin emociones, sin celos y sin tormentos...

algo sin fuego, sin ardores, sin tempestades...

¿era eso el Amor?

¿el Amor que vive... el Amor que mata? no... eso no era el Amor... eso era la Piedad...

la Piedad, que ultraja y no consuela...

esa cobardía de las almas nobles hacia los seres, que no pueden ni amar, ni despreciar...

¿eso era todo lo que ella podía inspirar al único hombre que ella amaba sobre la tierra?

a tiempo que su alma susultaba como una hoja muerta, pronta a caer del árbol, miró su cuerpo deforme y raquítico, apenas visible en las frondosidades del paisaje, y su corazón se plegó bajo la realidad, se plegó contorsionado y triste, como una rama que se queja antes de partirse y de morir...

miró los ojos del Amado, que la luz verde de la tarde, coloreaba de una llama cruel, y que le parecieron atónitos de indiferencia...

hubiera querido abrazarlo, prenderse a su cuello, llorar sobre su hombro, robusto y varonil...

confiarle las penas de su corazón, que no eran otras que las de aquel su amor inmenso, rebelde por igual, a revelarse y a morir...

ser consolada, ser acariciada, ser amada...

todo eso deseaba, y nada de eso le era dado a su corazón doloroso, lleno de una inquietud que nada podía calmar...

se sintió sola, tan sola, que le pareció que todo había desaparecido de su lado, en aquel bosque de abandono, y buscó con angustia, el sér que la hacía sufrir, y lo halló a su lado, bello en la transparencia luminosa que los envolvía en palideces indefinibles, como si se moviesen en el corazón enfermo de una perla;

volvió al dominio de sí misma, halló su gran Resignación; consciente y dolorosa, que la acompañaba como una hermana, y se abrazó a ella, que no le cerró nunca los brazos;

andaban silenciosos, con lentitud, en la decoración magnífica de la cual se borraban las perspectivas, como los lineamientos de una medalla corroída por el ácido;

la línea ocre y púrpura que limitaba el horizonte, se hundía y desaparecía, lentamente, como devorada por el lejano mar...

la policromía fastuosa del paisaje se hacía pálida, bajo la sombra invasora que mataba lentamente el benéfico azul, sobre las aguas hechas monótonas, entre las líneas simples de las colinas, huérfanas del manto azul y rosa que las decoraba;

descendieron en dirección del poblado, hacia el golfo, que semejaba una copa mágica,

en la cual las estrellas hacían irisaciones espumosas de champaña;

el silencio reinaba en torno de ellos, y entraba en sus almas, y florecía en sus labios...

y, ese silencio descendía de muy diversas vertientes de su espíritu...

en ella, nacía del dolor de no verse amada;

y, en él, de la tristeza amarga de verse amado así;

ella, hubiera querido, que él la amase con un Amor de amante, uno de esos amores de los cuales una gota, basta para envenenar y consumir una vida...

y él, hubiera querido ser amado como un hermano, con un blanco amor que le permitiera consolar aquella a la cual el amor faltaba, y sufría horriblemente ante la tortura de no poder amar de otra manera aquel ser informe, sobre cuya bella cabeza de niña, la tristeza se extendía, como el único manto nupcial que debía adornarla...

¿y, era él, quien le aplicaba esa tortura, en pago del vértigo de Amor que le inspiraba?

todo eso lo hacía huraño, rencoroso contra sí mismo, implacable contra su corazón...

y, ambos callaban, en una fiebre de silen-

cio, temerosos de revelarse, de confesarse, de decir el misterio obscuro de sus almas;

así salieron de las sombrías encrucijadas del *Molino Rovinato*, amparador de fortuitos amoríos de turistas, y entraron a la ciudad, por la *Porta dell' Ospedale*, donde había un hormigueamiento ruidoso de pueblo;

los reverberos, comenzaban a iluminarse, como ojos de niños que se abrieran a la Noche;

los lustres del *Hotel Cappuccini*, esplendían ya sobre las terrazas y sobre los jardines de la vieja Abadía, que semejaba una antigua joya vista al Sol;

al entrar en los jardines, aceleraron el paso, como para no oír la llamada de los ramajes llenos de complicidades;

una beatitud serena descendía de los cielos, sobre las umbrías y los parterres confidentes, que tenían la expectante quietud de una oblación;

las avenidas parecían cuchichear cosas de amor a las flores, que languidecían como llenas de una encantadora perversidad;

ondas tiernas, de una luz de plata bañaban las ramas que brillaban como si fuesen de azogue vivo, y se filtraban a través de ellas,

haciendo más tentadores los parajes umbríos, pletóricos de silencios, donde las hojas hacían rondas de Amor, y rosas muy blancas, muy tristes, abrían sus cálices como labios ardidos de deseos, en un ofertorio de pasión...

el Amor, los circundaba, con la bondad muda y cómplice de las cosas;

y, ellos lo sentían, y, temblaban huyendo la caricia incitativa de los parajes, llenos de una ternura obsesionante, y de una voluptuosidad turbadora irresistible...

así llegaron hasta la escalinata, la remontaron, y entraron en la bahía de luz, que hacía la terraza del Hotel.

*

Bajo los lampadarios eléctricos, el Salón del Hotel, con su lujo banal, parecía el *foyer* de un Teatro;

los huéspedes en pequeños círculos, conversaban, esperando la hora de la comida.

Silvia y Attilio, se detuvieron un momento a la puerta, como deslumbrados por la cegadora claridad del *hall;*

la figura diminuta de Silvia, aparecía como disminuída, casi desaparecida, cerca a la alta y robusta silueta de su acompañante; sólo su cabellera, hecha luminosa de reflejos, y sus grandes ojos, soñadores y geniales, la denunciaban como un ser humano, emergiendo de las penumbras, que dejaban atrás;

avanzó, con su paso menudo y ceremonioso, y la cabeza alta, desafiadora de la burla y del ultraje;

su aparición, fué saludada por las sonrisas, benévolas unas, y burlonas otras, con los cuales la amabilidad, o la crueldad de ese público, la recibía siempre;

algunos saludos de admiración respetuosa, se inclinaron a su paso, y fueron como rosas muy tristes, que nacieran bajo sus pies;

era aquel, un público cosmopolita y abigarrado, de turistas ingleses, alemanes, yankis y, franceses, matizado de todos los *snobismos* y lleno de todas las insolencias del linaje o del dinero;

público habitual de aquellas playas sonrientes y perfumadas, donde en los meses de estío, concurren por igual, extranjeros fastuosos, rastacueros insoportables, comerciantes ricos, y familias de la aristocracia napolitana, para gozar el clima suave y el paisaje maravilloso, y, las aguas del golfo, voluble y bello, gris y taciturno, circundado de olivares, olorosos a esa hora como un frasco de esencias recién abierto;

la voz de Hermann Krauss, dominaba en ese momento el concierto de las otras, hablando alto, como todo hombre ineducado, con esa voz pastosa y gutural, que desgarra

el oído, y con la cual los sajones ultrajan y profanan las bellas lenguas latinas;

estaba radioso de contento, henchido de vanidad sonora, en el pequeño círculo que en la parte más visible del salón, formaban, su mujer, él, y un caballero, a quien no perdía ocasión de llamar en todos los tonos, en todos los momentos: *Signore Barone*, con la insistencia presuntuosa de todos los *parvenus*, que logran tener un noble, más o menos auténtico a su alcance.

Sir George Lytton Beckman, *baronet* británico, de puro origen irlandés; era un hombre en la plenitud de su edad madura, alto, delgado, elegantísimo, con la faz completamente rasurada; ojos grises imperativos, cambiantes, como un mar; ojos de felino, frente ancha y noble; cabello de un rubio pálido, partido en dos por una raya impecable, abierta en mitad de la cabeza; boca desdeñosa, con una dentadura admirable; sonrisa orgullosa, elegancia refinada, y maneras exquisitas de gran señor;

su amabilidad protectora, tenía esa frialdad correcta, casi insultante, de aquel que cree honrar a alguien, con su presencia o con su trato;

al ver llegar a Silvia, que parecía un insecto luminoso que se arrastrase por el suelo, el *gentleman* se puso en pie.

—Mi hija Silvia, la Poetisa, la *Salvatti*, como la llama la prensa—dijo Hermann Krauss, buscando en esta alusión a la celebridad, un asidero a su orgullo...

—*Sir* Lytton, Barón Beckman—añadió presentando al caballero, como si este título le llenase la boca de un manjar precioso.

Silvia, se inclinó con una gracia flébil y delicada;

el barón se inclinó profundamente, en una ceremonia de corte;

viendo a Attilio, que en pie, esperaba la presentación, Hermann, dijo, como hecho olvidadizo:

—Mi sobrino Attilio Retti;

los dos hombres, se estrecharon la mano, murmurando un cumplido.

Hermann, habló de comercio;

el Barón, habló de viajes;

como todo inglés noble, que se respeta, conocía la India, la Australia, el Canadá, y, todo ese inmenso territorio de despojos vandálicos, que forman el Imperio de su patria;

había viajado por los más remotos territorios del Africa y del Asia;

hizo descripciones soberbias de *Bombay*, de *Bagdad*, y de *Madrás;*

habló del *Baluchistán*, del *Afganistán* y del *Natal;*

describió los misterios sacerdotales de *Lasa*, como si hablase de los esplendores de Roma, y pintó la Corte del *Gran Lama*, como si refiriera las intrigas de un cónclave, o el fermento malsano de la Corte Pontificia...

y, todo eso, sin énfasis, con la simplicidad elegante, y el verbo alerta, del hombre de mundo, habituado a esta clase de narraciones.

Hermann Krauss, interrumpía a veces con monosílabos admirativos, o con preguntas imprudentes, que descubrían su ignominiosa ignorancia.

Silvia, ilustraba algunos pasajes, haciendo alusión a cosas que había leído sobre algunas de esas comarcas maravillosas, llenas del prestigio obsesionante del Misterio...

las señoras se retiraron un momento, para cambiar sus trajes, y los hombres quedaron solos;

entonces, la conversación, cambió de temas;

se habló exclusivamente de negocios...

Hermann, aprovechó la ocasión, para hacer ostentación del poder y del prestigio de su casa de banca, y ponderar el radio enorme de negocios que abarcaba;

contó de las minas que poseían en *Abisinia* y en *Sydney*, de los créditos hechos a las firmas más respetables del comercio mundial; de las sucursales recientemente abiertas en *Constantinopla*, en el *Cairo* y, en *Alejandría*, de la reciente hipoteca de los bienes del Príncipe Bellafiori, que habían pasado a ser suyos, por un arreglo de liquidación final, y de los medios que buscaba, para dar curso a sus millones a veces improductivos por falta de negocios.

Sir Lytton, hacía observaciones muy atinadas, pero, callaba a menudo, como soñador ante aquella ronda de millones, que desfilaba ante él, como un cortejo de escudos de oro, que tenían la atractiva luminosidad de un collar de soles;

cuando las Señoras regresaron, ya los lacayos llamaban los comensales a la mesa;

la comida fué ceremoniosa, ilustrada por

un nutrido diálogo, sostenido entre Silvia y el Barón, sobre los poetas ingleses.

Sir Lytton, hubo de admirar el dominio absoluto, y la comprensión perfecta de Silvia, sobre toda la poética inglesa, desde Milton a Meredith, y de Schiller y Shakespeare, a Shelley, Keats;

dijo cosas de aquel mago iluminado y, turbador, que fué Algernon Charles Swinburne, y halló bastante pureza en la lengua, para cubrir el fondo perverso de aquella poesía sutil y extraña, con su demonismo inquietante, y su sensualidad llena de encantos, como una isla florecida;

habló con pasión conmovida y vibrante, de aquel infortunado rimador de bellezas, y, cantor de elegancias, que fué Oscar O'Flahertie Wilde;

y, dijo versos de él, aquellos versos señoriales, que cantan en el fondo de sus poemas estilizados y, suntuosos, con una melancolía llena de exquisiteces y, de opulencias, como la que reina imperativa en los jardines de Whistler;

y, supo dar a su dicción, el matiz escogido de la rima, tan musical, que el matiz tantas veces perverso de la idea, no brotó a la sere-

na superficie... esquivando con este gusto de exquisita selección, los escollos del odioso pudor británico, hecho de hipocresía y de depravación, tan severo, siempre que se trata del genio, y, de la obra de aquellos sutiles evocadores de sensaciones y de refinamientos;

fué fraternal, cuando habló de Cristina Rossetti, y, cuando evocó la figura encantadora de Elisabeth Barrett-Browning, y dijo fragmentos de sus poemas, especialmente, la *Novela del Page*, por el cual tenía una gran predilección;

y, cuando recitó aquellas estrofas que comienzan con el *¡Beati! ¡Beati mortui!*... y, evocan la imagen «del convento que tiene vista al mar»... su voz tenía el colorido de un pincel, que trazase en el cristal de la Noche, el cuadro metafórico y suntuoso, en que era dicha la noble gracia del Poema.

Sir Lytton, no era un literato, pero, como todo hombre de su clase, era un dilettante, capaz de sostener sin mengua, una conversación sobre los prerrafaelistas y, los ruskinianos, citar con brillo fragmentos de Byron ó de Wilkie Collins, opinar sobre Wordsworth o los lakistas, con igual propiedad que sobre

un grabado de Blake, o un cuadro de Burne-Jones; autodidacta ameritado como todos los grandes viajeros, poseía una cultura enciclopédica que le permitía apreciar los poetas extranjeros, y emitir conceptos atinados sobre ellos, y, así lo hizo, aunque someramente, pues como todos los exquisitos conocía el raro placer de escuchar, y lo agotaba en aquel momento, prisionero del encanto de oír a Silvia, cuya voz se hacía extrañamente musical, bajo el poder de la inspiración, y cuya cabeza, que apenas llegaba a la altura de la mesa, parecía hacerse desproporcionada de aureolas, con las irradiaciones interiores de su pensamiento...

un poco de música y, algún recitativo al piano, fueron el final de la *soirée*, que Hermann Krauss, encontró perfecta, porque su hija había hecho honor a su nombre ante el Barón, que lo fascinaba con los viejos cuarteles de su escudo;

ya tarde, el Barón y Hermann, se retiraron despidiéndose, porque debían regresar a la mañana siguiente a Nápoles;

doña Blanca, Silvia y Attilio, quedaron en la terraza a contemplar el espectáculo del la-

go, que dormía bajo la Noche, como en el fondo de un cromo ennegrecido y olvidado;

y, hablaron del Barón;

parecía que un horror supersticioso, los poseyese a todos, al hablar del extraño personaje, de cuyo conocimiento Hermann Krauss, les había hecho presente.

—Es un hombre de negocios, que quiere engatusar a tu padre—dijo doña Blanca.

—Es un Aventurero—murmuró Attilio con rencor.

—Es un hombre sin corazón—dijo Silvia, y añadió;

—¿No notasteis cuando recitaba, cómo las rimas tenían una entonación técnica, sin que un soplo de emoción pasara por ellas?

sus labios decían las rimas, pero su alma no llegaba al corazón estremecido de los versos; no se mezclaba a ellos, no sentía el contagio irresistible y violento, de las mil cosas insondables e indescifrables, que se escapan de las entrañas palpitantes de una estrofa, como el perfume del corazón enfermo de una flor;

su recitado, era un recitado de cabeza, ajeno a toda emocionalidad, a todo calor de Arte, a todo fervor estético;

aquel hombre, es un cerebro; un cálculo matemático;

pero, no es, ni será nunca un corazón;

alguna pasión debe consumirlo, y, esa pasión, no es la del Amor...

—Es la del juego—: dijo Attilio;

nadie ignora, porque es un decir ya general, que ha salido del dominio de los *clubmans* jugadores, que ha perdido varias fortunas al juego, que hoy no tiene otra profesión que ésa, siendo un habituado de *Montecarlo*, de *Aix-les-Bains*, *de Ostende*, de todas las playas donde se juega, conocido en todos los garitos aristocráticos, como un tahur averiado, que vive de los peores expedientes, orillando con cuidado las páginas del Código Penal, para no caer en él;

en Nápoles se sabe, que todas las noches apuesta y juega, en el *Circolo della Caccia*, cantidades, que penosamente paga cuando pierde;

a causa de eso, se le ha expulsado recientemente, de otro círculo, donde se le acusaba de *trick*, como dicen los jugadores;

es un noble arruinado y vicioso que busca la manera de hacer una fortuna, para sostener sus vicios.

—Y, busca el dinero de Papá...—dijo Silvia.

—Dios, quiera que no lo arruine en un mal negocio...—dijo sobresaltada doña Blanca, como si hubiese sentido en su retículo, la mano de un *pickpocket*.

—La Vanidad es un pecado que se paga caro—murmuró Silvia.

—Y, ése es el pecado de Hermann...—añadió la madre;

y, callaron...

y, la Noche era como una flauta que preludiara un himno de cristal, en el corazón del paisaje, lleno de fuerzas vastas y, consoladoras...

el golfo, era un sendero de ámbar, florecido, temblando entre su marco de follajes...

en el jardín, los rosales somnoleaban, envueltos en una gasa argéntea, que hacía brillantes sus flores, como gemas desnudas;

en el barandaje de la terraza, los nardos se morían, en un gesto de voluptuosidad ofertoria, de vírgenes que quieren ser violadas;

y, se separaron los tres.

Silvia y Attilio, se estrecharon la mano;...

la de Silvia temblaba, como si oyese la voz de los más tristes presagios, pronunciar pala-

bras inescrutables, en el corazón de la Noche, que parecía una urna de cenizas, hechas cálidas, bajo las estrofas de oro de los cielos... cayendo sobre ellas, como una lenta lluvia de narcisos...

*

Sir Lytton, tenía el alma completa de un inglés, hecha de perfidia, de audacia y de crueldad;

perfidia, fría;

audacia, fría;

crueldad, fría;

su temperamento, era el temperamento nacional: falaz, rapaz, y feroz;

imperturbable en el crimen;

él, sabía que la Moral inglesa, se condensa en dos mandamientos:

el primero: ser hipócrita, por sobre todas las cosas;

el segundo: cultivar el primero en todas sus formas;

y, era fiel a esos preceptos, como todo *gentleman*, respetuoso de la Religión de sus mayores;

el consejo que un padre inglés, daba a su hijo, echándolo a rodar sobre el mundo: «haz dinero, honradamente; y, si no puedes honradamente, haz dinero»; está guardado en el alma de todo inglés, como en un tabernáculo intangible;

y, *Sir* Lytton, lo había escogido *in petto*, como un nuevo lema de su escudo;

añadid a eso, el desprecio de las otras razas, y la idea de la superioridad de la suya sobre todas las demás, y tendréis completo, ese peligro ambulante que anda por el mundo, y conocido bajo el nombre de *un inglés*.

Sir Lytton, lo era completo;

él, creía que los latinos, no llegarían nunca a hacer, sino buenos versos y malos negocios;

eran seres de sensación, de emoción, y de ilusión, muy inferiores en todo sentido, a la raza de presa y de expoliación, que resucitaba en el mundo, el fantasma de Cartago;

fiel a esas ideas, y sabiendo que en toda inglesa hay el alma de una sufragista, rabiosa y vindicativa, incapaz de ser engañada, había venido hacia la sonrisa de las playas mediterráneas, buscando la presa querida a su codicia, de viejo lobo escapado a los zarzales de Irlanda;

y, así había caído en Nápoles, donde vegetaba en la crápula elegante, venteando y olfateando, el arribo de la víctima deseada;

la casualidad se la había deparado, poniéndolo en contacto con Hermann Krauss, en una cena habida con *viveurs* y *cocottes* de alto vuelo, en un *Restaurant* de noche, de los muchos que abren sus puertas hospitalarias en *Chiaia*, a la clientela de noctámbulos adinerados;

su alma felina, olfateó pronto la presa; rodeó al banquero de atenciones, lo sentó a su mesa en el Hotel del Vesubio, lo paseó en su coche, y supo de sus labios indiscretos lo que ya sabía por otros, sus vastos negocios, sus múltiples empresas, el giro vertiginoso de sus millones; actuó de consejero desinteresado en ciertas especulaciones, a veces con audacia, pero siempre con un tacto exquisito, tacto de raza, hecho para no despertar las suspicacias de la víctima.

Hermann Krauss, cayó en las redes artificiosas, y, ya no vió sino por los ojos atigrados del barón, que lo hipnotizaban...

tal fué su fanatismo por el hombre, que cerró los ojos a los decires francos de sus amigos, y a los rumores que hablaban de él,

verdades incontrovertibles, pintándolo como arruinado, entrampado, apelando para vivir a los últimos expedientes, amenazado de procesos vergonzosos, y acaso de prisión por estafa;

nada pudo curar a Hermann de su admiración, y fué, entonces, que lo llevó a *Amalfi* y lo presentó a su familia;

el noble tahur, vió abierto ante sí, un cielo de salvación, y tendió las manos hacia aquella tabla, encontrada en la hora definitiva de su naufragio;

el viejo vividor, no vaciló en ofrecer su escudo nobiliario, al ex-pinche enriquecido, si no para aumentar sus cuarteles, sí para redorarlos, y salvar las armas de ellos de una deshonra, de otra manera inevitable.

Sir Lytton, formuló su propuesta categórica, y pidió la mano de Silvia;

los millones que esa mano encerraba, eran bastantes para salvarlo del desastre.

Hermann Krauss, exultó de alegría;

el sueño de su Vida, se realizaba, su sangre futura sería noble;

sus nietos, llevarían la corona de *baronets* británicos, con la misma desenvoltura, con que él, había llevado en sus mocedades, el

gorro blanco de galopín de cocina, en el Hotel de su difunto suegro;

es verdad que su ventura se amargaba, con la opinión unánime de los médicos, que declaraban a Silvia inapta para la maternidad, o inexorablemente condenada a perecer en ella;

esto, lejos de desarmar a *Sir* Lytton, lo incitaba aún más a su proyecto, o, mejor dicho, se hacía el alma del proyecto mismo;

¿qué más podía pedir su ambición sin entrañas, que el matrimonio con una mujer millonaria y deforme, que desapareciera al fin de pocos meses, dejándole un hijo, único heredero de esos millones?

muerto el fenómeno, quedaba en sus manos la fortuna, para derrocharla a su antojo...

¿qué más podía pedir?

si para lograrlo había de cometer ese asesinato cobarde, que había de quedar impune; si había de matar con su caricia violadora, a aquel pobre ser frágil e inerme, que no podía defenderse... ¿qué le importaba?

¿es que un hombre de su raza retrocede jamás ante el delito, si ese delito se traduce en oro?

es verdad que aquel pobre ser, enfermo y deforme, no pedía sino vivir...

pero, él, también necesitaba vivir... aunque para ello, tuviera que matar...

el leopardo que decoraba su escudo, le recordaba su estirpe, con sus garras abiertas sobre un campo de sangre...

habló francamente, con un orgullo casi impertinente, al banquero plebeyo, de la nobleza de su raza, y de lo que él, pedía por mezclarla en aquella alianza inferior;

y, el proyecto se condensó en las fórmulas de un contrato;

al tenor de éste, *Sir* Lytton, recibiría, dos millones de liras, como regalo de boda, una asignación equivalente mensual, sería socio de la Casa, y sub-Director de la Banca Krauss;

los dos sueños, el del plebeyo enriquecido, y el del noble arruinado, se encontraban así, en un mismo punto de intersección;

con todo se contaba para la realización de ese sueño, con todo, menos con el alma del ser sacrificado en él...

el despotismo paterno, y el egoísmo desesperado, hacían caso omiso del ser indefenso, que el uno vendía, y el otro compraba, sin

preocuparse del alma que se negociaba en esa transacción...

los dos hombres se juraron fe, sobre el corazón que iban a herir...

y, se unieron indisolublemente, en el crimen de una promesa culpable.

*

Hermann Krauss, llegó el sábado siguiente a *Amalfi*, como de costumbre, para pasar el domingo en compañía de su esposa y de su hija;

venía lleno de amabilidad, y de regalos;

bombones, frutas, flores, músicas para Silvia, los últimos periódicos que hablaban de ella, y de sus recientes versos;

las acompañó a pasear por la playa, oyeron en la *Marina*, la banda municipal, tocar bellas cosas, cuya polifonía estridente se dulcificaba en la calma diáfana de la hora opalizada y doliente...

de regreso, en el Hotel, les anunció que *Sir* Lytton, vendría al día siguiente para comer con ellos, e hizo un elogio alambicado del Barón;

con la calma cruel, de aquellos que están

habituados a imponer su voluntad sin objeciones, seguros de ser obedecidos, esperó la hora de la comida, para dar a su mujer y a su hija, la feliz nueva, de la petición de *Sir* Lytton; de la promesa ya dada, y de la gran ventura y el desmesurado honor, que este matrimonio le traía;

hablaba de la venta de su hija, como de la venta de una acción de minas, o de un valor flotante cualquiera; y, entró en detalles sobre las consecuencias de la boda, tratando de ésta, como de una cosa realizada.

Silvia, lo oyó en silencio, un silencio hosco, hecho de rebeliones de su orgullo, y de un desprecio profundo por aquel hombre que la vendía, y por aquel otro que la compraba...

el grito de todas sus ternuras, amenazadas por la ambición, sonó en su alma, más hondo y más fuerte, que el grito de su vida, amenazada por las próximas profanaciones de su cuerpo;

con los ojos llenos de lágrimas, y los amargos labios contraídos, en un silencio violento, se alzó de la mesa sin decir una palabra; se alejó sin responder a las llamadas de su padre, y se encerró en su habitación;

se acodó sobre el alféizar de la ventana,

que daba al mar, y miró la Noche inmensa llena de visiones y de lamentaciones, con los ojos y los labios de un sér que va a morir...

miró la sombra del viejo convento, proyectándose engrandecida sobre la roca, hecha negra, en su inquietud angustiante;

la playa dormitante, bajo el beso de tristezas nómades, que parecían venir del alma de los antiguos naufragios habidos en su seno;

las aguas lejanas, hechas opacas, bajo la ternura de las estrellas, medio ocultas, pestañeantes, como pupilas de niños somnolientos;

franjas de espuma surcaban el esplendor violáceo de las olas, con jirones de púrpura, donde la gloria vencida del sol, se había hundido, en una como apoteosis de desastres;

y, entonces, pensó con un encanto extraño, en la Muerte; en la ventura de desaparecer entre las olas, ser llevada pór ellas, mecida por ellas, arrullada por ellas, en un coro hecho de sinfonías de aguas y de lejanas músicas estelares, llenas de una divina consolación;

y, pensó en la ventura de desaparecer acariciada y besada por el mar, antes de sufrir las caricias y los besos violadores, del repug-

nante tahur, a quien ya principiaba a odiar, con un odio engrandeciente...

volvió a mirar hacia la puerta cerrada de su habitación, y le pareció un muro...

pensó en las puertas cerradas de los jardines que daban sobre la escalinata, y, le parecieron otro muro también...

y, se creyó enmurada, encerrada, prisionera, no pudiendo escapar hacia la Muerte...

era su debilidad que hablaba así, en su débil corazón sin resistencias...

y, se conformó con llorar, amargamente, solitariamente, silenciosamente, ante el supremo candor de los cielos, llenos de vaga mansedumbre, mentirosos de ternezas, perdidos en el sueño severo de su Inaccesibilidad...

sobre el horizonte, al derrumbe de llamas del crepúsculo, había sucedido una decoración de blondeces armoniosas, diluídas en el azul equívoco de lilas languidecientes;

las olas cantaban un ritmo quejoso, un calmado tema de Amor y de Esperanza, bajo la floración maravillosa de los astros, cuya luz caía sobre el paisaje, como una lluvia pulverulenta, de átomos de cristal;

el agua indolente y soberbia, contaba cosas quiméricas a playas de tristeza, donde pare-

cía desvanecerse el sueño apasionado de las flores, extáticas en los jardines cercanos, en espera del beso montante de la mar desnuda...

sobre la terraza, los rosales sumidos en una melancolía serena, hacían aparecer sus ramas como vaporizadas en la penumbra azul, turbada por luces de estrellas que se dirían hostiles...

brisas inquietantes asaltaban los ramajes, turbando la quietud faquírica, en que yacían los campos, engullidos por el Silencio;

en la línea fija y glauca del horizonte, el cielo y el mar se fundían en un miraje de Orgullo, devorador, como un beso incestuoso...

los senderos geométricos del jardín, se extraviaban bajo penumbras tentadoras, incitativas, tristes de no poder contar al aire salobre y lujuriante, la historia de besos de Amor dados a la sombra de sus ramajes culpables.

Silvia, miraba con ojos afligidos, esos paisajes y esos cielos, que tomaban el color taciturno de sus pensamientos, y, dialogaba con ellos, creyendo infundirles la violencia dolorosa de sus emociones, y se hacía lívida como si la hubiese dado su palidez la luna remota,

reinando sobre el cielo, como en un paisaje exótico, taciturno de *spleen*...

su Amor, más poderoso que todas las hostilidades que la rodeaban y la torturaban, se alzaba solitario, indómito y clamoroso, en su corazón, con la fuerza prodigiosa de aquello que no quiere ser vencido, y no puede ser dominado;

y, sus ojos esclavos del terrible amo interior, el Amor Inexorable, se volvieron hacia el punto donde gemía ese triste amor amenazado; hacia su corazón...

y, como una madre que se acerca a la cuna de su hijo dormido, y lo toma en sus brazos, y lo besa muy suavemente temerosa de despertarlo, así llegó ella hasta su amor, y lo contempló emocionada, y vió que no dormía, y que la miraba fijamente, tenazmente, haciéndola temblar...

y, vió, que así oculto, así silencioso, así inconfesado, llenaba su vida toda;

y, la gloria de su dominio la avasallaba; y, un secreto orgullo le venía de confesarse la soledad de ese Amor, no compartido, sino por el sentimiento de una fraternidad piadosa y dulce, como una caricia misericordiosa, sobre la cabeza de un niño enfermo...

amar... amar... amar... era todo lo que ella pedía en ese obscuro martirio de la incomprensión, que le impedía ser amada;

amar solitaria, incomprendida; amar con el fervor de una llama, con la fe de un holocausto, con la pureza de un cirio; arder y consumirse, ante el altar del Idolo dominador, indiferente a ese algo, tan heroico, tan alto, y tan sagrado, que es, el Sacrificio...

la Inconciencia, es la virtud suprema de los dioses...; ningún dios, agradece el sacrificio que se le tributa; si lo comprendiera, sentiría vergüenza de ser adorado, dejaría voluntariamente de ser dios; tan vil así, es el pecado de la Adoración;

como si hubiese exprimido los pámpanos más jugosos del Recuerdo, y se hubiese embriagado con ellos, su alma hecha ligera como un céfiro, recorrió las largas avenidas del Pasado, donde había vivido su Amor, donde había florecido en esplendores, con la maravillosa y dolorosa intensidad de las cosas destinadas, a vivir y a morir en el Silencio, en un gesto noble de solitaria Inmolación;

y, de la profundidad sagrada de sus recuerdos, surgía el fantasma blanco de su Amor, doloroso y ardiente, con el rostro exangüe y

apasionado, de un joven catecúmeno, camino de la hoguera...

y, se vió niña y enfermiza, jugando al lado de él, del Amado Imposible, en los parques silenciosos, y en los jardines umbríos de la *Villa Bianca*, donde habían pasado su niñez, y le parecía percibir aún el olor penetrante de los prados policromos, y de los pinos, que mezclaban el olor de sus resinas, a las brisas salobres del mar, que llegaban como fatigadas a las preciosas alturas de *Capodimonte;*

con la avidez del que bebe una agua fresca y suave, en la cuenca de la mano, a orillas de una fuente virgen, ella apuraba los manantiales del recuerdo, y rememoraba su adolescencia, siempre frágil, siempre delicada, siempre apoyada en aquel brazo fuerte, como en su más fuerte sostén...

¡ay! pero, siempre incomprendida...

cuando había llegado para ella el despertar de sus primeras emociones, y su genio floreció en estrofas, los ojos del Amado fueron ciegos a esa belleza, y sus oídos, sordos a esa armonía.

Attilio, no había comprendido su genio, como no había comprendido jamás su amor...

nunca el vuelo de sus ensueños, había pro-

ducido en aquella ánima ruda, la más pequeña emoción reveladora de un fondo oculto de amor, a la belleza mental;

y, las líneas del rostro varonil y bello, y del cuerpo atlético y membrudo, se levantaron en su imaginación, con la belleza esplendorosa de todos los ídolos, tanto más bellos, cuanto son más miserables...

Attilio, no era malo, pero estaba a mil leguas, de toda intelectualidad;

su animalidad desbordante y poderosa, como la de un joven toro, hacía de él, un voluptuoso insubstancial, alegre y decidor, enamorado ardiente y prematuro del placer...

buen hijo, apto para el trabajo, laborador honrado y tenaz, amando mucho a su madre, a quien sostenía, y teniendo por su prima una ternura de hermano, no había comprendido nunca, lo que él llamaba chifladuras de ésta, es decir, su amor a los versos, y a las cosas inmateriales y divinas;

nunca, en ningunos otros ojos, había sorprendido Silvia, mayor cantidad de enojo y de incomprensión, que en los ojos tan bellos de Attilio, cuando le leía unos versos suyos, y por eso, había renunciado a hacerlo;

tampoco había comprendido su amor, eso

lo sabía ella, y acaso por eso lo amaba más, con la vehemente pasión de las cosas irrealizables e imposibles...

la hora lejana y húmeda, de sus primeras lágrimas por ese amor, ella la recordaba bien...

era la hora de una confidencia, atrevida y carnal, que él le había hecho sobre sus amores, con una mujer casada, que había seducido su adolescencia;

la brutal confesión, que la hizo temblar de estupor, bañó de una luz de triste realidad el rostro del Amado...

ella, se sabía la creatura deforme y risible, que no inspiraría nunca el deseo ardiente de la carne, y se había resignado a ello, como al oráculo triste e inexorable de su Destino;

pero, se sabía posesora de una ánima ardiente y genial, se sabía un instrumento de armonías interiores, fabricado por la mano cruel y estrafalaria de los dioses, y había soñado con esos tesoros, hacer la conquista de aquella otra alma tan amada...

el desvanecimiento de ese sueño, la había lastimado profundamente, como los fragmentos de un cristal roto entre las manos;

pero, no renunció a él, y se puso a amar

loca y perdidamente, en un vuelo sin fronteras, bajo un horizonte sin esperanzas;

y, en su exaltación de amor y de tristeza, recordó el último paseo, en ese mismo parque conventual, por esos mismos senderos tentadores, menos bellos que la armonía decorativa de su sueño encantador...

y, su corazón tembló, viendo amenazada esa quimera, que era sin embargo, toda la realidad de su vida sentimental...

y, deseosa de dar consistencia a su esperanza, pensó que acaso hallaría un apoyo en Attilio, en aquel hermano de su alma, único en el cual podría hallar un eco a las angustias infinitas de su corazón...

y, ya no pensó en huir, en escapar por los senderos de la Muerte, en apresurar envolviéndose en la mortaja del agua, la carrera vertiginosa hacia la Nada, y hacia el Olvido...

y, quiso vivir su Dolor, vivirlo ebria de lágrimas, vivirlo sin apaciguar su sed infinita de sollozos;

su amor, era el más poderoso y más vivo de sus sueños de Poeta, y haciéndolo inmaterial y semidivino, lo hacía indestructible, en su fervor, osando desafiarlo todo con un

desdén soberbio, que nacía del mágico poder de su Ilusión;

renunciando a la triste victoria de encadenar su sensibilidad por la reflexión, continuó en soñar, hasta que la aurora la sorprendió, sorda a la voz de las olas, cerca a las rosas insomnes, tan pálidas como ella;

y, miró sorprendida, y solitaria, aparecer el alba de oro, en el azul apacible, lleno de trasparencias luminosas...

el lago hecho hialino, parecía arrastrar el cadáver de la Noche, caída en sus ondas, como la corola trágica de una flor monstruosa...

y, resuelta a vivir su vida, es decir a vivir su sueño, se retiró a descansar, abrumada por esta noche de angustia, que le dejaba en el alma y en los labios, el acre sabor de las lágrimas...

y, el golfo, siguió cantando la canción de sus olas, que daban besos de amor a los ramajes dormidos...

*

«No hay ventura posible fuera del Amor», se decía Silvia, abriendo los ojos, en su cuarto blanco y rosa, donde el *plafond*, pintado al óleo, reproducía un vuelo de cisnes, perseguidos por ninfas;

las alas pálidas de los palmípedos, se reflejaban en el lago estremecido, con la larga tristeza de un Adiós...

y, se alejaban... se alejaban... dejando en el aire, la vaga melancolía, que dejan en el alma las últimas notas de una *fuga* de Bach;

y, repetía la frase de fortaleza, como un *leitmotiv*, que hubiera de servirle para leyenda de uno de esos poemas suyos, donde la melancolía musical de su alma, se empeñaba en escribir estrofas imperecederas, sobre las alas frágiles de sus sueños;

las ninfas, que en la pintura del techo, se

afanaban por detener el vuelo de los cisnes, con gestos clásicos de un encanto antiguo, le sonreían, entre las guirnaldas de follajes acuáticos, que circuían sus rostros duros, llenos de una crueldad divina, como la de sus venablos;

sobre la belleza muda, que emanaba de todas las cosas que la rodeaban, los muebles, los *bibelots*, los cristales artísticos de los útiles de *toilette*, llenos de galante frivolidad, caía una luz opaca y amable, como la que se percibe a través de un *store*, que filtraba por las puertas mal juntas del balcón;

paseó su mirada, como si interrogase los muros pintados, los pasteles antiguos, las acuarelas ajadas, los lustres y los cortinajes, que decoraban el amplio aposento, lleno de silencio;

desperezó los miembros entecos de su cuerpo sin belleza; saltó del lecho, y envuelta en un suntuoso matiné de encajes, abrió la ventana, por la cual entró a torrentes la luz matinal, con el divino orgullo de las cosas jóvenes y fuertes;

un penetrante olor de lilas, impregnó la atmósfera, llenando el aire de una odorante alegría, mientras afuera, las rosas caídas du-

rante la Noche, llenaban los senderos con la triste mansedumbre de las cosas agonizantes;

no tuvo tiempo de contemplar el panorama espléndido de aguas y de viñas, que como un manto de argentos y de moarés diluídos y vaporosos, se extendía ante ella, porque la camarera entró, trayéndole el desayuno, y con él, una carta;

conoció a primera vista, los caracteres, elegantes y fuertes de la escritura;

era de Attilio;

por un movimiento instintivo, como si oyese la voz de un presagio, vaciló en tomarla, y cuando lo hubo hecho, vaciló en leerla...

la tuvo entre sus manos con miedo, casi con horror, presa de una inexplicable angustia...

todas sus inquietudes, todas sus lúgubres preocupaciones, resurgieron en ella, más violentas y más tenaces...

hubiera querido no abrirla, dejarla sobre la mesa, darla a otro para que la desgarrase, como si fuese un estuche misterioso que encerrase una víbora, cuya mordedura podría matarla...

se sintió tan triste, cerca de aquella carta

sin abrir, como si estuviese cerca del cadáver de un ser amado...

en ese instante doloroso, se sintió incapaz de tomar una resolución...

la invadió una lasitud enorme;

y, vencida por el hálito de pacificación que siempre venía sobre su alma, después de una crisis de revueltas, para hacerla de nuevo humilde y sometida, sintió la inanidad de su esfuerzo, y la sensación de anonadamiento, que sigue a la estéril rebeldía de todos los débiles...

y, creyéndose por la fuerza de su propia debilidad, capaz de desafiar todos los dolores, abrió la carta;

en ella, su primo se disculpaba de no poder venir a pasar el domingo en su compañía, como era su costumbre, porque una inesperada y urgente comisión de su tío, que lo mandaba al *Cairo*, lo obligaba a alejarse de Nápoles esa misma noche, sin el tiempo preciso de ir a despedirse...

esperaba volver pronto, después de desarmar con la espontaneidad de ese servicio importante, la aversión de su tío, que lo creía inapto para todo, y quería poner a prueba sus aptitudes en esa comisión;

era su porvenir el que jugaba en ese asunto...

y, terminaba, mandándole besos, muchos besos, a su hermana bien amada, a la sola hermana de su corazón...

Silvia, dejó caer la carta, sobre sus cortas piernas huesosas, y sus ojos, se inundaron lentamente de lágrimas...

hubiera querido ser consolada, abrazada, acariciada en esta nueva soledad, que nacía cerca de ella...

en esta nueva soledad, que envolvía su corazón, como un desierto;

el amor misterioso y profundo, que como todos los amores, era ciego y tenía su nido en el corazón azul de la Ilusión, se dió a tantear por el muro de la certidumbre, buscando una razón a aquel abandono tan brusco, algo que lo ennobleciera y lo explicara ante su corazón, empeñado en perdonar;

un amor que no es indigno, no es amor; y, por eso la dignidad, vive buscando en el Amor, la disculpa de no existir;

el talento y aun el genio, sirven para todo, menos para iluminar los grandes dramas de la pasión;

el alma, es como un gran cetáceo ciego,

en el lago profundo del Amor; se debate en sus aguas tenebrosas, sin acertar a orientarse hacia la luz...

Silvia, se empeñó así en cerrar los ojos sobre su desastre, en iluminarlo con las llamas fugitivas de la generosidad, surgidas del corazón inextinguible de su amor;

y, se puso a disculpar a Attilio, a ennoblecer los móviles de su acción, a disculparla con más vehemencia que si lo hiciera ante un tribunal extraño, pronto a condenarlo...

no; él, no la abandonaba en plena lucha...

¿sabía él, la proposición de *Sir* Lytton, que ella, la interesada, no había sabido sino la noche anterior?

¿traicionaba su amor?

no se traiciona aquello que no se siente, aquello que no se comparte... ¿qué juramento traicionaba? ¿a cuál promesa faltaba? ¿a qué fé jurada?

su amor, su pobre amor, era de ella;... había nacido, había crecido, había vivido en su corazón, envuelto en un sudario: el del Silencio; y sería enterrado en él, el día que muriera también su corazón; ese corazón cerrado y sellado, que había sido su cuna y su sepulcro;

si su amor no había osado mostrarse, y no se había revelado sino en el temblor de unas manos deformes, en la mirada de unos ojos orgullosos, rebeldes a delatarse, y en la sonrisa de unos labios muy tristes, que nadie quería besar... ¿por qué culpar a otros, de volver la espalda a un naufragio que no conocían, a unas manos que no se habían tendido hacia ellos, a unos labios que no los habían llamado en su auxilio?...

como todas las grandes pasiones solitarias, su amor debía llorar en la soledad; ya que el amor no muere en la soledad, sino con la soledad, entrando con ella, silenciosamente, y amorosamente en la tumba;

y, en el silencio de su corazón, su Amor se alzaba, nimbado por las dos alas abiertas y misericordiosas del Perdón...

sentía una sed inextinguible de disculpar y perdonar; y era infatigable en razones tiernas y conmovedoras.

Attilio, iba por la vida, joven, fuerte y feliz...

¿qué derecho tenía ella, de encadenarlo a su deformidad, a su debilidad, a su esterilidad?...

¿por qué culparlo de no sacrificarse a esa pasión de los débiles, que es la Piedad?

¡pasión cobarde, que ha hecho más víctimas que el Amor, sin tener el alma apasionada y trágica de éste!;

pasión sin grandeza y sin esperanza; pasión de los tristes y de los inútiles; dolorosa y estéril pasión de los seres inferiores...

¿por qué culparlo de no haber bebido el veneno de la Piedad, no haberse inoculado el virus de la Piedad; no haber enloquecido de Piedad; no haber hecho juramento de morir devorado por esa epizootia de rebaño llamada de Piedad?...

¿es que ella lo había llamado, mostrándole su corazón herido y solitario, para que se inclinara sobre él, llorara con él, y ensayara consolarlo?

no;

entonces, ¿de qué lo culpaba?

¿de vivir su Vida? ¿de ir hacia la Vida? ¿de salvar su Vida?

él, era pobre, tenía necesidad de vivir, y de hacer vivir a su madre, del cual era el único sostén; ¿por qué culparlo de aceptar una comisión que podría abrirle una carrera en la casa de banca de su tío?

se trataba de una misión en el *Cairo*, donde una gran banca comercial, que tenía muchos negocios con la casa Krauss de Nápoles, y le debía ingentes sumas, acababa de quebrar, y era necesaria allí una persona de absoluta confianza, en la hora de la liquidación, y para hacerse cargo del pasivo; y, Attilio había sido mandado con este objeto.

Hermann Krauss, para disculpar su falta de protección a su sobrino, lo acusaba de inhabilidad, ¿cómo acusarlo porque hoy aceptaba ir a demostrar sus aptitudes abriéndose tal vez de manera definitiva una carrera?

Silvia, razonaba así, feliz de culparse ella sola, a su imaginación exaltada, a la manía incurable de sus grandes sueños líricos, que habían favorecido el vuelo vertiginoso de este amor, en su corazón...

y, se culpaba, ingenuamente, apasionadamente, con ese anhelo de sacrificio de todos los seres débiles, incapaces de una rebelión definitiva;

y, se complacía en embellecer su tormento, con un poco de ternura, con un poco de compasión, hacia ese error de su corazón que sólo a ella hacía sufrir, sin pretender abolir en

otros la libertad, ni extender sobre ellos, el vasallaje de su propio dolor;

con esa facultad fatal, que ciertos seres tienen para torturar hasta lo infinito su sensibilidad, se puso a pensar en el ausente, y, a poblar de peligros imaginarios la ruta que iba a recorrer;

empeñada en dar proyecciones reales a su sueño, miró con espanto el golfo; miniatura encantada, del mar enorme y peligroso, que Attilio iba a atravesar...

la belleza tranquila, la calma idílica del agua apaciguaron su miedo...

el golfo, era como una sinfonía de arrullos y de colores, que se extendía hasta perderse de vista, fundiéndose en la armonía perfecta de mirajes y de cantos apasionados e interminables...

y, tuvo envidia de la serenidad encantadora del espectáculo; serenidad que habría deseado para su corazón;

calma imposible, en esa hora agitada de su Vida, en que se jugaba su triste destino de creatura desamparada, en servidumbre...

¿cómo podría oponerse a las fuerzas hostiles, que venían contra su debilidad, inerme y, desamparada?

la Vida, más resistente que su ensueño, se imponía a ella, con la miserable continuidad de sus combates sin muerte, y sus martirios sin gloria;

y, odió la Vida, que no le había dado sino el dolor y la deformidad, dejándole por única compensación el Genio, antorcha fatal, que consume la mano que la lleva, y sólo sirve para hacer más visibles las escarpaduras del Abismo silente y tenebrario...

y, pensó, que una vez que ella no sabía morir, porque le faltaba la fuerza de los grandes violentos, y de los grandes desdeñosos, era necesario entonar en su alma, el himno de las grandes pacificaciones, esperando la hora de las renunciaciones definitivas, que no había de tardar;

y, sintió crecer su soledad hasta la plenitud, en el silencio sellado de su corazón, y le pareció que su vida se perdía en ella, como un río que entra bajo tierra, y no reaparece jamás...

y, se sintió como tragada por la boca de un abismo, que no tenía nombre... que no tenía fin...

y, una tristeza, negra y brutal, se conden-

saba en su corazón, como un aglomeramiento de cenizas...

hubiera querido hablar, hubiera querido gritar...

pero, calló... como si esperase que el Dolor, tuviese piedad de ella y la matase...

y, sintió que todo moría sobre ella y en torno de ella...

todo... hasta la fuerza de evadirse hacia el Ensueño, único cielo virgen de tormentas, único cielo cariñoso al vuelo ciego y ondeante de las almas desoladas, perdidas en la Noche sin mansedumbres y sin orientes;...

la huída de toda esperanza le hacía inclinar la frente, pronta a llorar de nuevo, cuando la llegada de su madre, vino a sacarla de su ensimismamiento doloroso...

volvió sus ojos hacia ella, con una mirada triste, en la cual se habían ahogado los últimos esplendores de su ensueño;

la madre, la besó, la acarició, como solía hacerlo siempre, como se halaga a un niño enfermo, con una sonrisa triste, como si ella también pidiese ser consolada;

sus ojos bovinos, sin inteligencia, pero llenos de una luz de ternura, estaban rojos, con

huellas de haber llorado, y sus párpados fatigados, denunciaban el insomnio...

venía a anunciarle, que *Sir* Lytton, había llegado en el tren de la mañana, y que almorzaría con ellas;

las dos mujeres hablaron del intruso, con un temor supersticioso, como de algo que había de serles definitivamente fatal;

doña Blanca, era como su hija, un ser de debilidad, hecha a sufrir los caprichos y las brutalidades de su marido, que había anonadado en ella todo gérmen de voluntad;

alma sin ambiciones y sin grandeza, de una simplicidad primitiva y sana, ajena a las ridículas manías de su esposo, no amaba sino la calma y la quietud de su vida, y no miraba el mundo, sino a través de los ojos bellos y tristes de su hija;

incapaz de todo análisis, veía sin embargo, que la vanidad necia de Hermann Krauss, y la ambición desenfrenada de *Sir* Lytton, amenazaban su ventura, amenazando la de su hija, y sentía germinar en sus entrañas, esa sagrada ferocidad, que hay en las de toda madre, cuando se trata de defender de un peligro, el ser que en ellas llevaron;

un criado entró trayendo un gran ramo de rosas y de azaleas, que puso sobre la mesa, con una tarjeta de *Sir* Lytton;

las flores temblaron, como avergonzadas del mensaje que traían, y sus cálices pálidos, parecían reflejar la tristeza enorme que su aparición hacía crecer, en aquellas almas ya exaltadas de angustia, y como impregnadas de un letal dolor;

apenas el sirviente hubo salido, Silvia, cogió el ramo, y con un gesto de desprecio colérico, lo arrojó por la ventana;

las flores se rompieron, en un desglosamiento de pétalos, y parecieron hacerse más pálidas bajo el ultraje...

cual si hubiesen tenido una alma, que saliese de sus cálices aplastados, llenaron con su perfume la atmósfera, un perfume tan persistente, que subiendo hasta la ventana abierta, entró a la habitación, impregnándola tenazmente, como si hubiesen querido protestar de su exilio y de su muerte;

una que había caído adentro, y yacía por el suelo, fué recogida por Silvia, y desgarrada sin piedad, pétalo a pétalo, por sus manos convulsas, y sus despojos, fueron arroja-

dos lejos, y llevados por el viento, como un coro de sollozos, perdidos en la Noche;

y, en el espacio silente, bajo el cielo límpidamente azulado, se perdieron...

bajo las miradas del Odio, que los perseguían como unas alas lívidas...

*

Cediendo a las súplicas de su madre, Silvia se vistió con cierto refinamiento, ya que la elegancia, no le era permitida;

y, las dos, descendieron al *hall* del Hotel, donde Hermann Krauss, y *Sir* Lytton, las esperaban;

un cuchicheo indiscreto, saludó su aparición, porque los manejos del inglés eran ya conocidos en Nápoles, y habían llegado hasta *Amalfi*, donde las familias que veraneaban, eran todas de la Alta sociedad napolitana;

el talento de Silvia, era uno como patrimonio local, que todos amaban, y todos querían conservar;

la *Salvatti*, era una gloria partenopea, algo que pertenecía al acervo de la ciudad, y, cuando de ella se trataba, nadie se acordaba de su deformidad, sino de su genio;

la *Divina Gobba* (1), la había llamado un diarista, y había sido censurado por aquella loa importuna, que hacía alusión a la desgracia de la Poetisa;

aquella mañana, la sensibilidad ambiente, nimbaba a Silvia de un pequeño halo de martirio, que la hacía más interesante a las almas pasionales;

en la emotividad ardiente de sus estrofas, se adivinaba un amor, que algunos se complacían en creer correspondido, y sobre el cual tendían la red luminosa de un Idilio;

se hablaba del Amor de la poetisa por su primo, y se magnificaba ese Amor, más allá de su triste realidad;

por eso, las mentes impresionables, forjaban ya los lineamientos de un drama, con la intromisión del inglés, del cual no ignoraban los planes proditorios;

la caridad inagotable de Silvia, su dulzura, el encanto moral que se desprendía de ella, le formaban una atmósfera de ardiente simpatía, aun entre las gentes de servicio del Hotel, en donde la pequeña tragedia de su alma, era ya adivinada y comentada...

---

(1) En italiano *Gobba* quiere decir: *jorobada.*

la ausencia de Attilio que hasta entonces no había faltado ningún domingo, y la noticia de su viaje al *Cairo*, enviado por Hermann Krauss, añadía más interés a esa escena, en la cual, la figura de *Sir* Lytton, aparecía rodeada de una verdadera hostilidad.

Silvia, fué admirable de corrección, de seriedad, y casi de desdén;

apenas si prestaba oído a la conversación de *Sir* Lytton, que como siempre, hablaba de viajes;

una sola vez le habló para preguntarle:

—¿Es muy bello el *Cairo?*

—Muy bello; ¿os interesa?

—Sí, porque mi corazón, está hoy en viaje para allí.

—¿Vuestro corazón?

—Sí; con mi primo Attilio, a quien mi padre ha enviado en una comisión.

Sir Lytton palideció.

Hermann Krauss, se hizo rojo; y dijo:

—Es como un hijo nuestro; no se habían separado nunca; se quieren como hermanos...

—¿Como hermanos?—murmuró *Sir* Lytton, clavando sus ojos fríos, inquisidores, en los ojos luminosos de Silvia, hechos profundos de indiferencia;

los labios de Silvia, que no conocían la mentira, callaron, orgullosos de no decir una palabra falsa;

el almuerzo, fué ceremonioso, lleno de una displicencia creciente, que el verbo alerta de *Sir* Lytton, y, los chistes vulgares de Hermann Krauss, no lograron animar;

la conversación de sobremesa en el *hall* del Hotel, fué también si no trivial, privada al menos de toda intimidad, porque la cercanía de otras familias, libró a Silvia de un *tête a tête* con el inglés, el cual le habría sido intolerable;

parecía, que una muda complicidad de los otros, se hubiese complacido en arreglar esta lejanía, querida a la poetisa, y que exasperaba a Hermann Krauss, deseoso de precipitar los acontecimientos.

Sir Lytton, amable y decidor, parecía no preocuparse de esto, cual si le fuese indiferente conquistar el corazón de Silvia, una vez que tenía ya conquistado su dote;

así, llegada la hora de la partida del tren, besó elegante y cortesano, la mano de Silvia, esa mano fría de rencor, que aun ofreciéndose, parecía rehusarse con odio;

y, partió;

el *hall* del Hotel, se despobló con la marcha del tren, y la familia quedó casi sola, pues Hermann, no debía ausentarse, sino con el último tren de la noche;

su cólera, estalló entonces, incontenible y violenta;

abrumó a su hija de reproches y de invectivas, con el vocabulario soez que le era habitual, en sus momentos de exaltación.

Silvia lo oía indiferente, hojeando un álbum de paisajes que había sobre la mesa;

esta indiferencia insultante, exasperaba más al padre, cuya exacerbación llegaba al paroxismo;

el diapasón de su voz, se alzaba hasta llamar la atención de los pocos viajeros, que a esa hora leían o somnoleaban...

—Pon atención, papá; no hables tan alto; recuerda que estás en el *hall* de un Hotel, y no en las cocinas; los tiempos han cambiado...—dijo Silvia, con voz baja y silbante, y, una sonrisa fría, que parecía corrosiva, como su voz...

la terrible indirecta hizo blanco;

mustio de cólera, Hermann, no alcanzaba a dominarse, y los epítetos más insultantes, sobre la fealdad y la enfermedad de su hija,

salieron de sus labios, temblorosos de coraje.

Silvia, alzó la cabeza orgullosa de sobre el álbum, miró fijamente al viejo *facchino* exaltado, y dijo sonriendo siempre, con esa sonrisa mala, que era como un ultraje, estereotipado en sus labios:

—Nosotros, no podemos repetir el adagio de que «la ropa sucia se lava en casa», pero sí debemos hacer uno que te recuerde, que «los platos sucios se lavan... en la cocina...»; ése será el lema de nuestro nuevo escudo.

—*Gobbaccia brutta* (1)—rugió él—; debías agradecer a un hombre, que tiene el valor de querer acostarse contigo.

—Conmigo no; con mi dote...

—Y, ¿quién te ha dado ese dote?

—Ya lo tenía en parte mi madre, cuando tú viniste a su casa, ¿verdad? no lo trajiste tú de las cocinas del barco en que emigraste;

no soy yo, quien debe agradecer a *Sir* Lytton su elección; eres tú...

no es muy noble, olvidar su nobleza, para casarse con la hija de un antiguo cargador de los muelles de Hamburgo, que a falta de es-

(1) Jorobada fea.

cudo nobiliario que limpiar, fué hábil en limpiar las cacerolas;

yo, no tengo nada que agradecerle, porque mi talento vale más que su abolengo;

yo, desciendo de las musas y de los dioses, como dijo el otro... pero, tú no sabes lo que es una musa, ni un dios...

siempre es menos vil, matar una hija, que venderla...

—Debías agradecer que haya quien te compre...

—No me compran a mí; te compran a ti... se casan con tu caja fuerte.

Hermann, apretaba el abrazo de su hija con tal furia, que casi la hacía llorar;

sufriendo horriblemente bajo la mano brutal, ella continuaba en dominarse y en herir con sus terribles sarcasmos, que daban en lo vivo.

—Suéltame—decía—, ¿crees que mi brazo es un estropajo?

—Adefesio; te casarás con *Sir* Lytton, porque yo lo quiero;

y, recordando algo que había leído, añadió:

—Tú, eres un error de la Naturaleza.

—Cualquier hijo tuyo lo sería también,

porque es un error, en la Naturaleza, dar hijos a ciertos seres;

doña Blanca, empezaba a no poder contenerse ya, temiendo peores brutalidades de su marido, y miraba a todas partes con ojos prontos a llorar;

algunas familias que habían regresado al *hall*, y se apercibieron de la repugnante escena, buscaron algún pretexto para acercarse.

Hermann, soltó el brazo de su hija, y se retiró sin dar excusas, ni ocultar su cólera implacable.

Silvia, serenándose por un gran esfuerzo sobre sí misma, fué admirable de amabilidad y de *esprit;* tuvo fuerza de reír, y hacer reír, hasta borrar las huellas de la escena, que los otros, habían adivinado;

cuando se hizo alusión, aunque velada, a los planes de *Sir* Lytton, fingió ignorarlos.

—La Naturaleza, no me hizo apta para el matrimonio;

mi cuerpo, ha de ser solitario como mi alma;

yo, no nací para dar la Vida; y si la diera, esa Vida, sería mi Muerte...

en ese caso, sólo una gran pasión, haría explicable esta extraña forma de suicidio:

porque el Amor, y sólo por el Amor, se puede dar la Vida...

el Amor, es hijo de Venus: nació de la Belleza, y va hacia la Belleza... ¿cómo podría venir a mí?

si yo, no he de inspirar la realidad de un grande amor, no quiero que se perturbe mi Vida, con la mentira de él... es mejor, vivir mi Ensueño solitario;

el Ensueño, tiene eso de divino; que no abdica nunca de su orgullo;

vive de su pureza, y a causa de ser puro, no muere jamás.

Cuando se habló de su gloria y de la Admiración, sonrió dolorosamente; y cruzó las manos sobre el pecho, como si repugnase tocar las alas frías, de aquellas dos quimeras, que no alcanzaban a acariciar su corazón...

poco a poco, las gentes fueron desfilando hacia la playa, porque la hora del baño era llegada;

sobre la terraza, hecha solitaria, Silvia y su madre, quedaron silenciosas...

y, en el esplendor de la tarde, que extendía ante ella sus panoramas ideales, se abrazaron para llorar...

y, la madre besó a la hija, apasionadamente;

el Amor, besó al Genio;

lo besó sin consolarlo;

ésa es la tristeza del Genio herido: ser rebelde a toda consolación.

*

Sola, absolutamente sola, como su pena, quedó Silvia en su habitación, después que su madre que la acompañó hasta allí, se hubo retirado para dormir...

todas las cosas de aquel día agitado y ultrajante, se alzaban mudas detrás de ella, como para hacerle compañía, formando el coro de sus terribles dolores...

y, esos fantasmas obsesionantes, parecían inclinarse sobre su hombro, proyectando sus sombras nefastas, sobre las páginas blancas de su Diario que ella acababa de abrir, para consignar allí, como todas las noches, sus tristezas de aquel día;

el fervor de su melancolía la anonadaba;

hubiera querido ser una sombra más, sobre la página inerme; inclinarse sobre ella, desfallecer sobre ella; morir sobre ella;

con las manos cruzadas sobre las rosas de sus pensamientos, prontos a adornar la página virgen...

con los ojos cerrados para siempre ante el horizonte confuso de sus sueños, llenos de un fatal deseo...

con sus labios mudos, tendidos con violencia hacia los labios del fantasma lejano, imposible de esfumarse, de disiparse... imposible de morir...

con los oídos sordos a las voces engañosas y lejanas, de las cosas acaso nunca dichas, y sin embargo oídas, nunca pronunciadas, y sin embargo nunca olvidadas... misteriosas, confusas, remotas, sonando después de muertas, como el ruido de las olas, que ha devorado la noche...

coronada por los azahares ideales de novia secreta, inconfesada, intocada... pura y estremecida como la visión de una estrella en el fondo de aguas apacibles...

con su manto de nupcias doliente, hecho un sudario, sobre su pobre cuerpo inviolado que no despertó el deseo...

con la rosa de oro del Silencio, florecida entre los labios...

muerta en el Silencio...

muerta a causa del Silencio...
trágica desposada del Silencio...
sacrificada en el altar del Silencio...
y, devorada por él... en sus abrazos locos con el Silencio...

¡Ah! si ella hubiera hablado... si ella hubiera dicho... ¿Attilio hubiera partido? ¿estaría ella en esa soledad?...

¿si ella le hubiera ofrecido su corazón, desnudo como una flor, él, lo habría rechazado?...

¿no era ella culpable de su Soledad, por haber renunciado a atraer hacia sí, por la encantación de su genio y su franqueza, el alma de aquel ser, ahora tan lejano, hecho casi inaccesible?

¿su obstinación en callar, no había sido la causa de esa dispersión de sueños que ahora sepultaban su corazón, bajo una lluvia de cosas rotas, como fragmentos de alas?...

la esperanza de amarlo como un hermano, teniéndolo siempre cerca de sí, sin que nadie se lo disputase, había sido la causa de ese silencio inverosímil, ante el cual ahora lloraba como ante una falta irremediable...

y, ¿no había sido también su orgullo, su noble orgullo de ser rechazada, o compadeci-

da, el que le había dictado el tenaz silencio?...

¿chi lo sá? se decía;

y, sentía que su ensueño, su antiguo ensueño, la poseía de nuevo, imperativo y tenaz...

la fatalidad parecía hacerlo más misterioso, más poderoso, más profundo...

su corazón, se hacía más ávido del miraje consolador, a medida que lo veía más remoto, más confuso, hecho imposible, en una zona de invencible hostilidad...

y, gozaba en inclinarse sobre el rostro insensato de su amor, que yacía en el fondo de su corazón solitario, enguirnaldado con las rosas ajadas de sus sueños desvanecidos...

y, lo veía más vivo aún, con los ojos tenazmente abiertos, sobre las cosas viles que querían asesinarlo; más rebelde que nunca a la Muerte y al Olvido;

la rigidez de su dolor, cedía a la caricia lejana de este amor tan puro, y del fondo de su Vida, se alzaba la certidumbre, de que un Amor puede andar solitario por los senderos de la Vida, y que amar sin ser amado, es un loco amor de sacrificio, que tiene también sus grandes flores de mansedumbre, en el fondo de sus jardines solitarios, dormidos bajo el

pálido sol de la Resignación;... ese sol que ilumina la tumba de todos los mártires, y hace sus rostros sepultados, más misteriosos, más sagrados, en el fondo de ese vencimiento privado de toda Gloria;

sintió como siempre la necesidad de traducir sus lágrimas, en la armoniosa sonoridad de las palabras, y escribió su dolor, sobre la lividez inanimada de la página intacta, atractiva como toda virginidad;

y, bajo el ala de oro de un Poema, surgió una maravillosa floración de estrofas, que vibraron, cantaron, y lloraron en el seno de la Noche árida y cruel...;

y, esa ola invisible de armonía, fué a besar la armonía de las olas que morían sobre la playa estéril, llena ella también, de un sabor acre y amargo de lágrimas.

... ...

Cuando alzó de sobre el libro la cabeza, la Aurora aparecía en la altitud remota de los cielos, como un pájaro púrpura y azul, con las alas abiertas, sobre un sonoro campanario de cristal...

desvaneciente, delicuescente, el paisaje del cielo despuntaba en blancuras de nácar, fu-

gitivas, como un campo de nieve bajo la ardiente luz;

¡melancolía del mar y de las rosas, cómo era bella, vista así, en el corazón trasparente del Alba!...

las formas imprecisas de las olas, de las nubes y de las playas lejanas, daban la impresión de algo inconcluso, vago, perecedero, que tuviera la acuidad intensa y, frágil de un miraje.

Silvia, miró las aguas y los cielos, solitarios como su corazón...

y, oyó cantar el golfo, somnambúlico de tedio, bajo la dulzura verde de las colinas que lo rodeaban, y extendían sobre él, el vaporoso encanto de una caricia púdica;

las olas, parecían dotadas de una gracia alada, que intentase levantarlas hacia el cielo, en uno como vuelo de almas odorantes, tímidamente tristes, bajo el beso del sol, apenas presentido;

y, en el fondo de su corazón, el vuelo ébrio de la pena, desfloraba el lago límpido de sus pensamientos, donde hasta ayer, la Esperanza, tendía los remos de oro de su barca enflorecida;

el enjambre luminoso de sus sueños ¿a dónde estaba?

¡cómo sus alas habían palidecido bajo los cielos turbados!...

las brisas, parecían tener un sentido sutil, que entraba en su corazón, para adormecerlo con un coro de recuerdos sin voz;

¡su corazón, que no quisiera despertar, que no quisiera oír, que no quisiera vivir... que sentía la muda aspiración de ser una urna sellada, bajo las alas torpes del Silencio!;

y, la voz del Silencio, en el Silencio, llenaba su corazón;

y, el rostro de su Imposible Ventura, tenía la palidez mortal del nardo que cae y se desflora;

se acercó a la ventana, y miró la belleza imprecisa del paisaje circundante, lleno de perplejidades, y más bello a causa de sus incertidumbres, cambiantes y luminosas;

los jardines moaré de sus frondasones, donde una leve brisa, violaba la quietud azulosa de su letargo;

al pie del muro, yacían aún los restos de las rosas deshojadas del *bouquet*, de *Sir* Lytton, que ella había arrojado desde esa misma ventana, en un rapto de cólera, cuyo es-

tremecimiento la agitaba todavía al solo poder de su recuerdo;

y, le parecía que las flores moribundas, se quejaban al sol indeciso, que a través de los ramajes tupidos, buscaba su corazón misterioso, y le pedían la limosna de un rayo suyo, para vivificar el nimbo amortiguado de sus pétalos, que tenían la palidez ardiente de una carne desnuda;

la Noche azul, había puesto, una vaga corona sobre los mirtos odorantes, que la habían perfumado con su aliento; los pliegues de su manto, se habían recogido sobre las cimas lejanas, con una gracia elegíaca, que era como un ritmo de belleza, lleno del orgullo divino de morir;

y, le pareció, que de los follajes hechos lívidos, se alzaba el coro doloroso de sus recuerdos;

y, la imagen del día vivido, se alzó en su memoria, con todo su dolor reminiscente;

y, le parecía oír aún la voz insultante de su padre, llenándola de oprobios, y su acento imperativo al decirle: «Tú serás la esposa de *Sir* Lytton, porque yo lo quiero»...

¿ella no era pues un ser?

¿era una cosa de la cual podía disponerse a su antojo?

¿no era la hija de Hermann Krauss, sino su mercancía?

¡la ridícula mercancía, con la cual quería comprarse un título!...

¿cómo luchar?

¿con cuáles fuerzas oponerse al torrente de cosas poderosas y crueles que la arrastraban, para romperla contra las rocas sin eco de la Fatalidad?

¡ah! su Destino... ¿por qué la había hecho tan débil?

pobre ser sin fuerza, destinado de antemano a todos los vencimientos;

¿qué podía hacer contra el Amo omnipotente del cual todas las leyes, divinas y humanas, hacían su dueño?...

¿luchar?

¿cómo?

era insensato...

estaba sola; sola y desarmada ante las crueldades de la Vida...

su madre, no podía darle sino sus lágrimas...

¿qué pueden las lágrimas contra el Dolor?

nada; ni siquiera consolarlo;

¿qué pueden contra la Fuerza?: no logran desarmarla.

Attilio, en cuya fuerza se apoyaba, había huído de la lucha; y ella estaba sola...

la idea de su soledad, se extendió en su alma, más allá de los límites imaginables...

y, la vió tan grande, tan ilimitada, que el cielo mismo parecía pequeño para arroparla, dándole fronteras;...

y, pensó que sería bella esa Soledad, para una tumba... y extender sobre ella, su cadáver desnudo, como una protesta contra los hombres y contra los dioses... que no respetaban su infortunio... que no querían salvarla;

y, la idea de la Muerte, volvió a trabajar como un barreno su cerebro exaltado...

morir... no ser...

cerrar para siempre los ojos a la luz...

hundirse en la Incertidumbre adorable y sin reflejos que yace bajo la tierra...

muda, como una boca pálida, que ha renunciado a la palabra, y odia el beso;

obscura, como dos ojos que se cierran, para no ver en la sombra, lo que escribe una mano luminosa, que no tiembla: la mano inexorable de la Muerte...

y, tuvo miedo de la Muerte;

retrocedió espantada, como si el abismo que se abría al pie de su ventana, la llamase con grandes gritos, desesperados y tenaces...;

anduvo de espaldas en la sombra, como para no oír las llamadas tenaces que le venían de fuera;

y, se tendió vestida en su lecho;

frío, él también; frío y solitario, como una tumba.

*

¿Qué extraña y divina voz de encanto, se escapaba de los laureles en flor, y del golfo, hecho feérico, por la titilación ambiente de la luz?

músicas graves, músicas suaves, músicas de aves, ocultas en el misterio diurno de los bosques, llenaban la melancolía sonora del ambiente;

las nubes lejanas, tenían una apariencia de vida, unida a una apariencia de sueño...

parecían, uniéndose en el horizonte a las olas en mansedumbre, modular juntas una sinfonía clara, hecha de flautas invisibles, ocultas en el cielo adamantino.

Silvia, abrió los ojos, deslumbrada por la luz viva que llenaba su habitación y la bañaba de claridades deslumbrantes, pues había olvidado cerrar la ventana la noche anterior,

cuando había retrocedido a tientas, buscando su lecho, para huir de las llamadas de la Noche azulosa, llena de resonancias graves y tentadoras, y de perfumes enervantes y turbadores, esparcidos sobre el valle y sobre el lago, como sobre un solo estuario de quietud;

una languidez, una inercia, uno como anonadamiento absoluto de todas sus fuerzas, la poseía;

hubiera querido no abrir los ojos, no moverse, quedar en una quietud eterna; desaparecer en esa decoración espléndida, diluyéndose en el alma altanera del jardín; deliciosamente, suavemente, lentamente, en una intoxicación enervante de luz y de tristeza, evaporada en un pálido cielo de fantasmas...

la camarera entró, trayéndole con el desayuno, una carta de su padre;

la abrió con disgusto y con temor;

no era lo que ella esperaba.

Hermann Krauss, era cariñoso, y ensayaba ser tierno en su carta;

excusaba sus brutalidades de la víspera, por la impetuosidad de su carácter, exasperado por los sarcasmos de su hija;

esperaba que ya ésta, habría reflexionado; que se rendiría a su deseo;

que vería bien, que su ventura y la de sus padres, radicaba en que ella no se obstinase en ser adversa a su proyecto de matrimonio;

que su palabra de honor, estaba dada;

que *Sir* Lytton, era noble, amable, inteligente, bello, ¿qué más deseaba?

que tal vez su fantasía de Poeta, le habría hecho creer, que Attilio la amaba algo más que como a una hermana débil y enferma...

que aquél era un sueño que no debía acariciar, porque Attilio había ido al *Cairo* a residir allí, resuelto a hacerse una posición, y no volvería, y, si volvía, sería después de haber realizado su ambición, es decir, después de haber hecho una fortuna...

la invitaba a reflexionar, a ser buena, a no dejarse arrebatar por la fantasía; a vivir la Vida, no a soñarla... ¿cuántas jóvenes no envidiarían su suerte?

terminaba anunciándole, que al día siguiente vendría con *Sir* Lytton, para comer en compañía de su madre y de ella;

y, le rogaba ser más amable que la vez anterior; más amable y más *culta*...

esa última palabra, era la flecha del *partho*...

herida, desalentada, incapaz de hacer otra

cosa que sufrir y que llorar, dejó caer la carta de sus manos, y quedó inmóvil, como agotada, incapaz de resistencia ante esta inmolación; esta abdicación de sí misma, que se le pedía...

¿era eso la Vida? ¿la Victoria del más fuerte?

era bien duro el dios que había creado los fuertes...

y, era bien cruel, el dios que había creado la crueldad;

se sentía como abofeteada por esta carta, pero sin fuerzas para levantar sus manos y defender su rostro...

hubiera querido alzarse, escribir a su padre; decirle, no vengáis, no traigáis a ese hombre, no me sometáis a esa tortura, yo soy un sér, no soy una cosa; mi corazón es mío, dejadme vivir mi Vida...

pero, se sentía como clavada en el lecho, incapaz de toda acción, inhábil para toda defensa, inexorablemente destinada a todos los vencimientos;...

no tenía rebelde sino su cerebro...

su corazón, su pobre corazón, maravillosamente dotado para el sufrimiento, se sentía mortalmente triste, incapaz de olvido, inca-

paz de resignación, pero, incapaz también de las supremas resoluciones que hacen heroica la Vida, y crean los seres libres, dignos de serlo por el esfuerzo tenaz en conquistar su libertad...

pero, ella, no se sentía capaz de ese esfuerzo...

se sentía, más cerca del martirio, que del heroísmo;

un martirio sin resignación, pero sin lucha, ante las fuerzas ciegas, hostiles y violentas que la circuían, y de las cuales la más cruel había sido la Naturaleza que deformándola, parecía no haber tenido otro fin que asegurar la desgracia de su Vida;

y, veía que no hay de infinito en el mundo, sino la crueldad de los dioses y de los hombres...

cerca de ella, parecía que el mundo hubiese hecho apostasía de la Piedad...

¿dónde estaba la Piedad del Mundo, que no venía a protegerla?

¡ah! todo el Dolor Humano está en los débiles...;

toda la justicia del mundo, está del lado de los fuertes;

la Justicia es la apoteosis de la Fuerza...

la Fuerza, sin dulzura...
la Fuerza, sin ternura;
la Fuerza sin amor...

y, ella estaba sola ante la Fuerza... desarmada ante la Fuerza... ante la Fuerza pronta a devorarla...

el deseo de evadirse, de escaparse, de huir a la muerte, la poseyó...

huir... ¿con quién?
evadirse... ¿cómo?
escaparse... ¿a dónde?...

pobre ser, destinado por igual, al ludibrio y a la ferocidad de los hombres... ¿cómo podría romper el círculo de fatalidades que la rodeaban, con esas sus manos flacas y enormes, pero, privadas de fuerza, condenadas a no dar ni recibir caricias?...

sentía la impresión de desamparo y de desaparecimiento de aquel que se hunde lentamente en un pantano, sin que nadie oiga sus gritos, sin que nadie vea sus brazos levantados al cielo, en gesto implorador...

su corazón, abierto a todos los miedos, temblaba...; temblaba ante ese desamparo, que le parecía definitivo, injustamente trágico y brutal...

y, su pensamiento, lo único fuerte que ha-

bía en ella, se desconcertaba, se extraviaba, se perdía, en el dédalo maldito, de cosas malhechoras que la rodeaban...

y, pensaba de nuevo, que el sentido de la Vida, es ése: los débiles deben desaparecer devorados por los fuertes...

y, era ella débil, tan débil, que besaba la mano de su propia cobardía, como un perro castigado lame la mano del Amo que lo azota;

y, comprendía bien que la cobardía, no vence a nadie, no desarma a nadie, no salva a nadie, menos a aquel que la practica;

y, se sentía infame casi con derecho a despreciarse, a causa de su cobardía;

y, el destino verdadero de su Vida, se le aparecía así, desnudo, en su Soledad...

ser sacrificada...

¿por quién?

¿a qué?

por la ambición de los unos, a la ambición de los otros;

¡triste destino!...

y, se sentía como hebetada, inclinada así sobre su corazón solitario, lleno de las cenizas de su único sueño...

sobre su Vida desierta, a donde no había

nada, ni siquiera ruinas para llorar sobre ellas...

como esos sepulcros musulmanes, sobre los cuales se pone una copa de piedra llena de agua, para que vengan a beber los pájaros, haciendo compañía a los muertos, así en su vida, no había vivo, claro, y límpido sino su Genio, y era en él, que venían a apagar su sed, las bandadas errantes de sus sueños... su Genio...

pero... ¿de qué le servía su Genio, si no le servía para luchar con la Vida, para vencer la Vida, para modelar la Vida, según los anhelos de su corazón?...

un Genio vencido, ¿es un Genio?...

sí, como un dios profanado, es siempre un dios...

nada pueden las cadenas contra el Genio; es siempre libre, o no es el Genio...

y, ella, conservaba libre su Genio;

libre, con el derecho soberano de odiar y despreciar a los verdugos de su corazón;

sentir el amor de su asesino, es la última prostitución de la víctima;

la víctima que se prostituye así, no merece la gloria de ser sacrificada;

ella, prostituye la Muerte, después de haber prostituído el Sacrificio...

se hipnotizaba sobre su Odio y sobre su Desprecio, orgullosa de confesarlos y de sentirlos...

el bello gesto del Odio, embellecía su corazón... el del desprecio, lo hacía triste...

el Odio fortifica... el Desprecio, tonifica...

es un deber de terapéutica mental, profesarlos, enseñarlos, propagarlos...

ellos inmunizan, frente a la villanía colectiva de los hombres...

y, ella sentía Odio por *Sir* Lytton, un Odio ciego, que iba hasta la temeridad;

y, sentía por su padre, un desprecio tan definitivo, que iba hasta la náusea;

y, su talento que era lo único fuerte que había en ella, se acorazaba tras estos sentimientos, que se hacían fulgurantes e invulnerables, como un escudo...

tal vez, esos sentimientos la harían un día bastante fuerte, ya que no para salvar su ventura, al menos para vengar el naufragio de ella;

no podía defender su Vida, pero, tal vez un día podría vengarla;

la Venganza, es un triunfo accesible a los débiles, el día en que a fuerza de sufrir, su corazón se hace inaccesible a la Piedad;

del fondo del mar de sus lágrimas, ellos extraen el instrumento que ha de salvarlos; y, hechos duros, serán ya implacables;

algo de esa dureza anticipada, surgido del amargo corazón de la Venganza, inundó su corazón, y feliz de eso, abandonó el lecho, secó las huellas del llanto, y apenas, cubierta con un peinador, se asomó a la ventana, como si obedeciese a las llamadas cariñosas de la luz, que de fuera parecía invitarla a la orgía de colores, con que celebraba su esparcimiento matinal...

la voz de las fuentes, la voz de las olas, la voz de los aires, vinieron a ella, como un saludo de apoteosis;

los árboles, que el viento inclinaba hacia su ventana, cuchicheaban extrañas confidencias, de sueños desvanecidos en la Noche;

sus hojas pálidas, tenían raras preformaciones cabalísticas...

eran los mismos que le habían dicho madrigales, llenos de una lividez lunar... como abrumados de Tedio sumidos en el tétrico in-

somnio de la Noche, oyendo palpitar el corazón de la Naturaleza, en duelo de Amor...

ahora, esa luz, era Belleza, era Vida...

y, ella se absorbió en la contemplación de la Vida, de la Belleza, y de la Luz...

*

Soirée íntima y gozosa, en el *hall* del Hotel; noche estival;

las luces de los lustres, borraban los paisajes exteriores;

los abismos voraces, las playas ávidas, la arena estéril, los jardines frondosos, desaparecidos, como tragados por la luz celosa y absorbente...

apenas, si la voz del mar, se oía a intervalos, cuando cesaban las músicas y el silencio aparecía, fugitivo y precario; huésped inoportuno, expulsado por las risas;

sin duda, todos en el Hotel, sabían ya de la pena de Silvia, porque todos se empeñaban en aliviarla, llenándola de atenciones, y, de una ternura colectiva, que era como una atmósfera;

no pudiendo hablar de su belleza, todos hablaban de su talento;

se la buscaba, se la cortejaba, se hacía círculo en torno de ella para decir o escuchar sus versos; se procuraba y se buscaba la sonrisa de sus labios, pálidos, en cuyas comisuras tristes como playas de desolación, aparecía ésta, tan abatida, tan fatigada, tan lúgubre, que se sentía pena de haberla provocado;

sus ojos se hacían obscuros de dolor, como dos urnas de malaquita, y su cabellera prodigiosa semejaba un follaje sombrío sobre su rostro, que parecía un alabastro transparente, tras el cual muriese un cirio votivo;

las alas de su Genio, se plegaban sobre sus labios mudos y su frente pensativa, como sobre el mármol de una tumba ornada de laureles;

un joven patricio romano, dijo versos de ella, con una voz cálida y varonil, que temblaba sin embargo, con las palpitaciones de un pájaro herido entre el follaje;

las estrofas, saliendo de aquellos labios fuertes, hechos melodiosos por la emoción, adquirían una apariencia sinfónica, cuasi real, como si se viese volar un enjambre, hecho lírico en el silencio de la tarde;

el divino misterio de la Poesía, no se re-

vela todo, sino cuando unos labios, expertos en el Amor, lo cantan;

y, aquel hombre, tan joven aún, debía haber amado mucho, es decir, sufrido mucho y vivido mucho, porque el Dolor, que es la esencia extraída del corazón funesto del Amor, centuplica la Vida, y le da un trágico fulgor de Eternidad;

los ojos que han llorado de Amor, guardan siempre las huellas de sus tempestades, y no se serenan jamás;

y, los ojos de aquel hombre, miraban el mar durante el recitado, tan tristemente, tan tenazmente, como si en el vuelo litúrgico de las estrofas, viese una fuga taciturna de astros;

¿qué visión seguían sus ojos, en las estelas melancolizantes de la Noche, envuelta en sus peplos azules, fugitiva hacia las claridades flotantes, en una dispersión lenta de átomos romantizados, cayendo en lluvias de oro, sobre el golfo bañado de silencios?...

como envuelto en los despojos de esos silencios siderales, él quedó mudo, después del recitado, estremecido con el contacto, con la belleza de las armonías que había dicho, y se absorbió en escuchar la música del piano, que

bajo los cielos serenos, sonaba como una gran imploración perdida;

era una sonata de Bach, que bajo las manos expertas de María Stordi, una gran pianista siciliana; manos sentimentales y divinas, desgarraba el aire como un rosario de armonías, e iba a perderse en la orgullosa inmovilidad de los paisajes, pasando como una ala de ternura, sobre el estupor de los follajes desfallecidos;

el alma del instrumento, se exhalaba cálida y tierna al contacto de las manos admirables, adivinativas de sinfonías, sabias en despertar el alto y profundo secreto de la armonía, que duerme bajo las teclas inertes;

todo era maravillosamente musical, en el alma incierta y trágica de la Noche, llena de un relente de sensualidad, que dormía en todo, hasta en el corazón de las hojas, hechas fosforescentes, por el reflejo de la luna lejana, que semejaba un inmenso halcón blanco, hecho inmóvil, en el cielo, fatigado de volar;

como un grito inconmensurable se oía la voz del mar, cantar sinfonías anadiomenas en el espacio silente;

una extraña sensación de armonía sensual turbaba la serenidad de la Noche, comuni-

cando uno como estremecimiento animal a la calma vegetal de los parajes dormidos, temblorosos al beso de Voluptuosidad que venía de los cielos, y de los mares, impregnados del ardor de una caricia salobre...

cuando la música calló, el silencio permaneció unos minutos inviolado, inmutable, hasta que el estremecimiento religiosamente musical, que invadía las almas, hubo pasado;

entonces, la conversación, lentamente recobró su imperio, las lenguas se desligaron, y, las voces de las mujeres semejaron ruidos de fuentes fugitivas, recobrando su curso a la hora del deshielo, hechas de nuevo líquidas y sonoras, por el beso del sol...

la poetisa, permaneció solitaria, cercana al barandaje del balcon abierto, como para estar más cerca del espectáculo exterior, patético y musical como su corazón;

el joven patricio, vino hacia ella, y se hizo presentar por un amigo;

le dijo su admiración fervorosa, la sugestión que sus versos dolorosos habían ejercido sobre él, como si una fraternidad de dolores los uniese, los exaltase, en la adoración de un mismo sueño;

le recitó estrofas de los poemas de ella, con

una voz extraña, matizada de sensualidades y ternuras;

y, las estrofas parecían surgir y volar, desconocidas, como transfiguradas, por el arte exquisito de aquella dicción, apasionada y musical;

y, ella misma se sentía como extática ante su propio Genio, revelado por aquellos labios extraños, llenos de armonía;

y, le parecía oír cantar su propia alma, palpitante de angustias irreveladas, hecha extraña y lejana como una estrella;

y, halló bellos sus cantos, sonando en los labios de aquel hombre, que eran como un harpicordio, tocado por dedos invisibles, en un cielo remoto, ajeno a toda contemplación;

¿era un Poeta?

tal vez, sí;

un Poeta que no se había dignado revelarse, traducirse en sonidos, exteriorizarse; que hubiese poseído y agotado el don sublime y dionisíaco de la autocontemplación; y el más alto aun de la autoaudición, que hace postrarse el alma ante sus propias melodías, en un gesto apasionado de adoración a Sí Mismo; única adoración que no envilece;

un Poeta, tan legítimamente orgulloso, que

no se hubiese dignado hacer versos, gozando más en la sensación íntima de acariciar sus melodías interiores sobre su corazón, que en el placer estéril y bastardo de despertarlas en el corazón de los otros;

era un místico extraño, al cual el alma de Novalis había absorbido la suya, y era ebria del brebaje exquisito del Misterio y de la Soledad;

tenía el aspecto interior de un bosque asolado por el fuego; de un antiguo templo derruído, del cual no quedase en pie, sino el zócalo de una estatua, sobre el cual había habido sin duda una divinidad...; y las ruinas del templo estaban llenas de los vestigios ausentes de la estatua, y la presencia invisible de aquel dios...;

hablaba a la poetisa con gestos rituales de contemplativo;

un estremecimiento cálido y profundo agitaba su voz, suave y ardiente, como una caricia de mar sobre las playas dormidas;

tal vez, las crónicas de Nápoles y las del Hotel, habían llegado hasta él, que conocía bien a *Sir* Lytton, y lo despreciaba;

y, acaso por eso, sin hacer alusión al asun-

to de las crónicas, habló del inglés en términos del más injurioso desprecio;

tener alma de tahur no es tener alma;

ese hombre, es un garito en pie;

no teniendo ya qué poner sobre el tapete verde, pone su título, que se ha hecho un título al desprecio público;

eso, y cosas más ultrajantes, dijo de aquél;

y, luego habló de Amor; de los grandes amores desgraciados, de aquellos que el Dolor hace inmortales;

y, entonces su voz temblaba...

una emoción angustiosa, triste, y profunda, parecía recorrer todo su ser;

se diría que una mano sensible; la mano de una muerta ideal, recorría las cuerdas de su corazón como las teclas de un viejo *clavecín*, tocado por los dedos de un fantasma, en el fondo de un castillo abandonado, hecho inaccesible por un acumulamiento de ruinas;

ese hombre debía haber amado mucho; y, amado de un solo Amor, que es lo que enloquece y lo que mata;

¿qué importaba que fuera joven?

el Dolor, no tiene edad; es viejo, como la Vida;

viejo, como el mundo;

tenemos la edad de nuestro corazón...

y, cuando el Dolor ha devorado nuestro corazón, ya no tenemos edad...

hemos entrado en la Muerte, y vivimos en el corazón de la Eternidad, esperando que ellas nos devoren;...

su voz grave y férvida, sonaba en el silencio como el ruido de una mortaja desplegada por el viento, sobre los hombros de un cadáver insepulto;

como el grito de un gran dolor nunca vencido; que se alza ante la Fatalidad, magnífico y glorioso; que no quiere morir, y se hace un canto...

ella, escuchaba aquel grito de náufrago en la Noche, y sentía que su vida se disolvía en la nostalgia sensual y amarga, de saber que no había sido amada nunca, que no lo sería jamás...

y, le parecía que la muerta lejana, la muerta incorrupta, que inspiraba aquellas frases de pasión póstuma y enloquecida, ensayaba consolarla, desde los cielos remotos, donde guardaba inmarcesible el esplendor de su belleza intocada...

de la Belleza, que ella no había poseído nunca...

de la Belleza, para ella tan imposible como el Amor...

oía, oía vagamente, confusamente, perdida en su gran sueño, aquel himno de amor, que no era para ella; que ella no inspiraría jamás...

su rostro pálido, era como nimbado por la intensidad de las auroras emotivas que fulgían en su corazón...

sus ojos, se dirían ausentes, lejanos, perdidos en el espacio, tras el rastro vertiginoso de una cauda sideral;

su mirada era obscura, profunda; las cuencas de esos ojos se dirían abismos donde durmieran los restos calcinados de muchos soles, los sueños imposibles de muchas almas tan desgraciadas como la suya...

la inutilidad de las palabras, que se revelaba en su corazón, aparecía sobre sus labios mudos, pálidos, que renunciaban a todo diálogo...

¿a qué hablar de Amor?

¿qué podía ella decir sobre el Amor?...

el que ella sentía, no podía revelarse, no debía revelarse...

y, apretaba los labios, como temerosa de que se escapase su secreto;

y, en ese gesto, su boca se hacía triste, desolada, casi cruel como la boca implacable de Diana, ante la muerte de aquel que violó el secreto de su desnudez...

el patricio calló ante la inútil creatura, tan frágil y tan triste, a quien él, coronaba con las rosas ideales, de la Admiración...

¡las rosas estériles, las rosas ultrajantes, que se hacen una corona de espinas, cuando caen sobre una frente, que se alza en vano hacia el Amor, buscando la aurora del Amor, llamando a grandes gritos los besos palpitantes del Amor!...

y, tuvo piedad de aquella pena;

piedad de aquel sér contrahecho y exangüe, que se ofrecía a su vista como un harapo doloroso, como un insecto horrible que tuviese una corona de soles...

tuvo piedad de ese Genio, porque él sabía que el Genio es una Maldición...

y, se retiró pausadamente, piadosamente, como de la cuna de un niño enfermo a quien teme despertarse;

se alejó reverente, haciendo una ceremonia de corte, ante la poetisa ensimismada en la contemplación interior, muy pálida bajo la luna admirable que magnificaba el paisaje, di-

vinizando el amplio gesto del golfo que en su inmovilidad, parecía petrificado.

Silvia, lo saludó con una suave inclinación de cabeza, y, un *bonsoir*, muy triste...

lo siguió con ojos esquivos a toda contemplación, que no fuera la de su pena...

volvió a abismarse en su Dolor...

y, el Silencio, floreció de nuevo en sus labios, como un lis inmóvil, nacido en el corazón de una urna funeraria.

*

Al día siguiente, la triste demencia de los sueños de Silvia, se evaporó con la cantante sinfonía del Sol, que llegó hasta su lecho, en una marcha triunfal de átomos luminosos y vibrantes;

se alzó como secretamente consolada, cual si hubiese apurado un elixir reconfortante de resignación, ya que no de olvido...

sobre su mesa, halló una carta que la camarera había puesto allí, para no despertarla;

era de Attilio;

le escribía de *Brindisi*, en camino para el *Cairo;*

la llamaba su hermana, su adorada hermana;

le decía de la tristeza que lo acompañaba, y del deber inexorable que lo había hecho partir; el deber de escapar a la miseria, y de salvar de ella a su madre enferma, y a sus

hermanos pequeños, de los cuales era el único sostén;

si había ternura en aquella carta, era una ternura extraña, que se parecía enormemente a la Misericordia;

nada que se pareciese al Amor, que hablase de Amor, que recordase el Amor, aquel violento y puro Amor, que ella, y sólo ella, había soñado...

le hablaba de la Gloria, del orgullo que él sentía, al oírla nombrar por los extraños, al poder decir, que era el hermano del alma, de la primera y la más grande poetisa, inmortalizada ya por la belleza del Genio...

la Admiración... siempre la Admiración... aunque refleja...

la Admiración, viniendo en vez del Amor, por el cual suspiraba su corazón...

del Amor, que no aparecía para ella en ninguna parte, ni siquiera en las páginas de esa carta, donde sentimientos piadosos, suplían a la gran ternura, a la ternura contagiosa, heroica, que no se puede ocultar, que se escapa del corazón, como la respiración de los labios entreabiertos de un sér dormido...

una abrumadora melancolía, más que un gran dolor, la asaltó ante aquella carta;

el ausente, evocaba tantos recuerdos en su corazón...

ese ausente, era todo su Pasado sentimental y solitario;

el Pasado Indestructible;

esa melancolía, no le impidió reflexionar...

y, decirse claramente, que Attilio no traicionaba nada, en esa indiferencia de Amor; nada, porque no había prometido nada...

nunca le había prometido sino su amor de hermano; y ese Amor, persistía en él, aun a distancia...

¿a quién culpar pues, de su sueño enfermizo y precario?

a su corazón...

a su pobre corazón que lo había forjado...

ese Amor, no había sido inútil, porque le había servido para salvar a Attilio;

ante el fantasma de ese Amor, su padre había alejado a Attilio, temeroso de que perturbara los sueños de su ambición...

y, para alejarlo, le había creado un porvenir...

su Amor había salvado al ser amado;

¿qué más podía pedir a su Amor, que como todo grande Amor, no conocía el Egoísmo?

y, se sentía invadida por una rara beatitud de Sacrificio;

sacrificarse a sí mismo, es ya una voluptuosidad exquisita, no exenta de dolor, puesto que el dolor es la fuerza y el encanto de la Voluptuosidad;

pero ser sacrificado para servir de alimento al inconsciente egoísmo del sér que se ama, es ya una forma de sacrificio superior, que el Destino reserva a las almas selectas, depuradas en el crisol de la generosidad, inaccesibles a todo lo que no sea la pureza del Amor;

ése, era su sacrificio;

y, ella lo amaba, con el loco amor de toda Voluptuosidad;

si el Amor, no es sino una lucha entre dos egoísmos, no es el Vencedor el que ama, sino el Vencido;

aquel que se da, que se ofrece en oblación, que no aspira sino a ser triturado y roto, bajo las plantas atrevidas del sér que ama, del Vencedor Implacable que lo devora; todo Amor es una Cobardía;

amor, que no se sacrifica, no es Amor, es Egoísmo;

sólo el Amor que lo da todo y no pide na-

da... aquel que no pide sino morir por el Amor... ése es el Amor...

vencedor de la Muerte, en el corazón trágico del Olvido;

bendijo su Amor;

y, se dispuso a vestirse, para bajar al *hall* del Hotel, donde sin duda la esperaba su padre, y el hombre despreciable por el cual sentía ya un Odio, que tenía casi las magnas vastitudes del Amor;

y, sentía una gran voluntad de ser cruel en su debilidad, de hacer sufrir de algún modo a aquellos que la torturaban, de herir a aquellos a quienes no podía resistir, y pensó que hasta una paloma encolerizada, tiene uñas y tiene pico, para hacer sangre a aquellos que la torturan;

y, se sintió obstinada hasta la perversidad, en el deseo de contrariar a su padre, ya que no podía vencerlo, de abofetear con sus sarcasmos a *Sir* Lytton, ya que no tenía otra manera de hacerle sentir todo su desprecio;

y, sintió la voluptuosidad amarga, de desafiar con su pequeñez, la fuerza de aquellos que la oprimían;

la misma voluptuosidad de una virgen-mártir entonando cánticos a su dios para

exasperar a aquellos que torturaban en la hoguera, el jazmín luminoso de su cuerpo...

el perfil de sus noches de insomnio y de sus sueños de amor desvanecidos, se proyectaba sobre la llaga viva de su corazón, pidiéndole vengarlos...

y, gozó sintiendo ese viento de Odio, que agitaba su alma, y cuya intensidad, parecía comunicarse a los frágiles follajes, que hacían a la ventana, una guirnalda de paz...;

y, descendió presurosa, alegre, casi feliz en su tenaz designio, de amargar la dicha de aquellos que degollaban la suya;

su cabeza era bella, bajo esta llama de resolución que exaltaba su temperamento, y hacía vibrar sus nervios con el designio estéril de luchar, vanamente, inútilmente, segura de sucumbir;

al entrar al salón, todas las miradas se fijaron en ella: se veía bien que la esperaban;

atravesó por entre sonrisas y saludos, como por un coro de almas que le ofrecían el homenaje de su admiración y de su simpatía;

y, tuvo la impresión deliciosa de no sentirse sola, en aquella atmósfera amable de espíritus que la acompañaban a sufrir, y la incitaban a combatir;

su cabeza admirable, digna de todas las coronas, se alzaba orgullosa, sobre su busto deforme;

sus ojos grises, de crepúsculo y de genio, irradiaban de fuegos enigmáticos, y de luces voraces y cambiantes, como de cielos de octubre;...

su cabellera, como una llama sonora, como una serpiente de fuego caída del corazón del sol, se entorchaba en espiral luminosa, sobre su frente amplia, cual si fuese un casco minervino, que la nimbaba de aureolas intermitentes, con perplejidades de olas;...

era tan bella, que se hubiera deseado cortar esa cabeza prodigiosa, para admirarla en toda su belleza, lejos del cuerpo raquítico y deforme, que arrojaba sobre ella el manto del ridículo, y la entregaba al ludibrio inmerecido...;

su padre la abrazó, y la besó en la frente; ella lo besó en la mejilla, con un beso frío, como la caricia de un crustáceo;

tocó apenas la mano extendida de *Sir* Lytton, y su blancura cruel se coloreó de un tinte de odio inapaciguable, semejante a una cólera lenta;

una sonrisa mala, aparecía en su boca, he-

cha lívida, con una lividez de talco; era una sonrisa trágica como si las cenizas de todos sus sueños, y el cádaver de todos sus besos muertos sin nacer, se hubiesen aglomerado en la comisura de sus labios...

los crisopacios de sus ojos se hicieron obscuros, bajo las pestañas espesas, que temblaban, como ramajes de sauces, sobre el espejo de una agua muerta, en donde duerme la acechanza;

su mano pulida y blanca, como una creta virgen, se retiró con una lentitud de tentáculo, al ver el gesto con que *Sir* Lytton, le ofrecía un ramo de rosas y de orquídeas;

su educación, pudo más que su rencor, y, dominando su repugnancia, lo aceptó luego, con un gesto de desdén que a fuerza de ser velado no apareció altanero;

los ojos fríos de *Sir* Lytton, la acechaban, como dos gavilanes salvajes, aspirando a dominarla;

ella permaneció impasible, ajena a todo poder que no fuera el suyo, en las regiones tempestuosas de su espíritu;

se había sentado, conservando el ramo entre las manos, en espera de un sirviente con quien enviarlo a su cuarto, y *Sir* Lytton, to-

mando asiento al lado suyo, le dijo, señalando una rosa te, cuya exangüe belleza irradiaba como un cirio, entre el rojo vivo de las otras que la circuían.

—Esa rosa, no nace sino en la tarde, pero, a pesar de su palidez, que la hace aparecer como enfermiza, es menos precaria que las otras en su mentida opulencia; vive más que ellas; su belleza sobrevive a la belleza de las otras; así como ciertos amores, que nacen en la tarde de la Vida;

y, miró a Silvia, con una fingida ternura, que era una mueca cómica en su rostro de viejo vividor.

—Veo que hacéis madrigales, y que para no ignorar ningún juego, el juego de las palabras os es también conocido: es sensible que otras pasiones os roben el tiempo, que podríais dedicar a la Poesía...

—¿Qué pasiones?

—Las de un *clubman*...

—Cuando se es solo en la Vida... insoportablemente solo, como yo, se derrocha su tiempo tontamente, y se anda a tientas buscando el alma hermana, que ha de acompañarnos en lo que queda de viaje; si se halla esa al-

ma, todo cambia en nuestra Vida, y en nuestro corazón...

—Se ve que todo oro, hasta el de los sueños, os seduce...

Sir Lytton, que ya había palidecido bajo los primeros sarcasmos, aparentando no hacer caso de ellos, se mordió los labios bajo éste, que empezaba a tocar en lo vivo, y preguntó fríamente:

—¿Sois mala?

—¿No habéis oído decir, que todos los seres deformes somos malos?; la maldad, es un manjar del cielo que sólo es grato a los dioses, y a los desgraciados; es natural que los seres con quienes la Naturaleza ha sido cruel, sean crueles hacia los otros seres que ha creado la Naturaleza, aunque ese sér sea algo tan despreciable como un hombre.

—¿No amáis a los hombres?

—No fuí hecha para ellos; los hombres, aman la Belleza y la gracia; y, yo no soy ni una Gracia, ni una Belleza...

—Pero, sois un Genio, y los hombres también amamos el Genio.

—Gracias: la Admiración, no es el Amor.

—¿No habéis amado nunca?

—Esos son secretos de mi corazón.

—¿Al cual no es fácil llegar?

—Al cual es imposible llegar, porque está muy alto, lejos, muy lejos, de todas las manos codiciosas o avaras que puedan tenderse hacia él...

—¿En qué cielo tan remoto está encerrado vuestro corazón, que es imposible llegar hasta él?

—Tal vez en el cielo de mi Orgullo.

—Un cofre digno de albergar un corazón como el vuestro.

—En materia de cofres, lo único que sé, es que mi corazón no está en el cofre-fuerte de mi padre; lo que está allí, es mi dote;

a pesar de su dominio sobre sí mismo, *Sir* Lytton, sintió que perdía terreno, en esta lucha de sarcasmos ofensivos, pero sin inmutarse continuó el diálogo, dispuesto a llevarlo hasta el fin.

—Sin embargo, tal vez por el camino de vuestra mano, se llegue a vuestro corazón...

y, mirando fijamente a Silvia, en los ojos añadió:

—¿Ignoráis que yo he pedido vuestra mano?

—¿A quién?

—A vuestro padre...

—¿Os vais a casar con él?

—No: por eso os la pido ahora a vos, que sois la interesada...

—Y, yo, os la niego.

—¿Rotundamente?

—Definitivamente.

—Reflexionaréis luego, y acaso pensaréis de otra manera...

—Nunca.

—Vuestra obcecación, me es indiferente; ese es un asunto ya arreglado, entre vuestro padre y yo.

—Entonces, no digáis que me habéis pedido, sino que me habéis negociado, cambiando vuestro escudo, por los escudos de mi padre.

Sir Lytton, sintió que este dardo, le entraba más profundamente que los otros.

—Cómo se ve que abstraída en el mundo irreal de vuestros versos, ignoráis lo que pasa en el mundo real de los hombres, y por eso, no habéis tenido el tiempo de saber que en el gran mundo, todos los matrimonios se hacen así.

—Bien pequeño debe ser ese gran mundo de que habláis; debe ser un mercado infame, en el cual, los unos, venden su título lleno

de deudas, por los títulos de Deuda, de los otros.

—¡Psh! en ese comercio, los unos se ennoblecen, y los otros se enriquecen; y, váyase lo uno por lo otro—dijo él;

la insolente afirmación hirió a Silvia, que más mordaz que nunca, dijo con una verdadera impertinencia, lenta, a pesar de ser agresiva.

—Los blasones bordados sobre un tapete verde, no me seducen; yo, hallo esos nobles más despreciables que sus lacayos; ellos podrán levantar del polvo las ruinas de sus fortunas; no levantarán nunca las ruinas de su honor; y ¿qué queda de un hombre sin honor? un tahur enriquecido; en cuanto a mí, siento que nadie podrá ennoblecerme, porque fuí ya ennoblecida por el cielo; mi escudo, lo bordaron las Musas sobre una tela de ensueños; mi corona, me la dieron los dioses; el Genio, no se ennoblece: nace noble.

Sir Lytton, sonrió fríamente, despectivamente, y dijo burlón:

—Habláis como Poeta; yo entraré en vuestro carro de triunfo, y os lo ayudaré a guiar...

—Uncido a él, seríais bien poca cosa; mi carro va tirado por cisnes; no admite en su

attelage ningún percherón inglés; en el *Derby* de la Gloria, esos animales son inútiles; si el Destino me obligara a tener uno de ellos, lo alimentaría en mis caballerizas, con espigas de oro, pero no me dignaría nunca acariciar con mis manos, sus lomos de alquiler.

Sir Lytton, palideció intensamente, e iba sin duda a responder por la rima, cuando llegó Hermann Krauss, que se había alejado por prudencia, y venía a llamarlos a la mesa;

notó sin duda la turbación colérica de ambos, porque él también se hizo serio, con un marcado gesto de disgusto;

la comida fué privada de incidentes, porque dos parientes de doña Blanca venidos de Nápoles para hacerle visita, hicieron la conversación inocua, privada de todo interés.

Silvia, conservó su sonrisa cruel y burlona, y halló manera de colocar, uno que otro dardo en su carcaj, especialmente en la vanidad desnuda de su padre, sensible como una entraña al descubierto;

después de la comida, bajó con amigas a la playa, y no se ocupó más de *Sir* Lytton, que partió amostazado en el tren de las cinco, sin haber vuelto a hablar con ella;

cuando regresó, el ramo de *Sir* Lytton, estaba aún sobre la mesa.

—¿Llevo este ramo a su aposento, Señorita?—le dijo una camarera.

—No: llévelo a la habitación de Papá;

y, así fué hecho...

y, todos sonrieron a la malévola indiferencia, que confinaba las bellas flores, al cuarto del banquero enfurecido;

por un acuerdo tácito, las amigas de Silvia no la abandonaron en toda la tarde, y en las primeras horas de la noche, para evitarle escenas desagradables con su padre, y, aun brutalidades que todos presentían, pues se conocía su carácter violento, y nadie ignoraba el sentido de la conversación de la Poetisa con *Sir* Lytton, y muchos de sus sarcasmos iban ya de labio en labio, como abejas envenenadas;

sin embargo, como los parientes partieron, antes de la hora de cenar, Silvia sufrió un *tête-a-tête* con su padre, en la mesa cuando a ella se sentaron;

sabiéndose observado por todos, y viendo la faz de los sirvientes, atenta a toda palabra, Hermann Krauss habló muy paso, disimulando su cólera, bajo una sonrisa que hacía ho-

rrible su faz amoratada de cerdo recién degollado, y halló manera de decir a su hija, que tenía el aire de escucharlo:

—Has sido impertinente con *Sir* Lytton, pero debo advertirte que con eso no lograrás nada; yo le he concedido tu mano; el contrato de boda se firmará el mes entrante, cuando vosotras regreséis a Nápoles, y el matrimonio, se hará en noviembre; quieras o no quieras, *gobba* asquerosa, porque yo necesito que *Sir* Lytton, entre cuanto antes, a la casa Krauss.

Silvia, continuaba en sonreír, despreciativa y retadora, y cuando al final de la comida, su padre tomándola por el brazo, quiso llevarla por la fuerza a su aposento, con el pretexto de hablarla; ella se resistió, y dijo en voz alta:

—Suéltame, que me haces mal; si continúas en maltratarme, grito, y, alguien vendrá en mi auxilio, porque aquí hay hombres que no dejarán maltratar una pobre mujer enferma; todos me defenderán hasta los lavaplatos, porque no todos los lavaplatos han de ser unos canallas...

Hermann Krauss, sacudió tan fuertemente a su hija, que ésta gritó bajo el dolor;

gentes, especialmente hombres, se acerca-

ron al grupo, y Hermann se alejó, sin saludar a nadie...

y, partió para Nápoles, en el último tren que salía esa noche...

iba furioso, consigo mismo y con los otros; sabía, que se había puesto en ridículo, y se había deshonrado...

y, eso lastimaba su Vanidad, único sentimiento que vivía en su corazón...

y, no perdonaba a su hija el martirio de su Vanidad...

solo, en el vagón, tendía las manos coléricas al espacio, como si no habiendo podido abofetear el rostro de su hija, quisiese abofetear el rostro silente de la Noche, que tamizaba una luz blanca, como hecha de cenizas, sobre los campos lúgubres y las costas desoladas, en las cuales, las olas parecían lagos sulfurosos dormidos en el corazón de las tinieblas.

*

Fueron especialmente dulces, para Silvia y su madre, los días que siguieron a esta última escena atormentada y brutal;

felices, porque se vieron libres de la presencia de Hermann Krauss, que demostró su rencor no viniendo más a visitarlas, a un Hotel, donde todos le eran adversos, y en el cual había hecho tan odioso papel;

libres también de la presencia de *Sir* Lytton, que había partido para Inglaterra, con el objeto de recoger todos los documentos necesarios para su matrimonio, ya concertado definitivamente;

así, lo había participado por carta Hermann Krauss a su señora y a su hija, ordenándoles, que dieran por terminado su veraneo en la segunda quincena de septiembre, y regresaran a Nápoles.

Silvia era feliz así, en íntima soledad con su madre, no viéndose obligada a enmascarar su pena, sino mostrándola desnuda y dolorosa, ante aquel corazón y aquellos ojos, únicos que habían llorado sobre ella, y que llorarían aún...

y, sentía el encanto extraño de ser compadecida; la frágil ventura de ser mimada, antes de entrar definitivamente en la tormenta, porque no se hacía ilusión sobre su destino;

sabía que sería vencida, atropellada, vendida miserablemente por su padre, comprada fríamente por *Sir* Lytton;

aquellos hombres, no tendrían piedad de su Vida, y la romperían definitivamente...

ella, lo sabía... se preparaba a sufrir... y, a hacer sufrir a los otros;

ella, sabía que no hay pequeñez posible, cuando se trata de devolver mal por mal, en la lucha por no dejarse anonadar;

que los insectos más pequeños, son los más venenosos...

que no hay fuerza más terrible, que la fuerza de la debilidad, paciente e implacable;

y, pensaba en el icneumón, cuya pequeñez,

le permite entrar hasta el corazón del cocodrilo y devorarlo...

¡ay! de ellos, si ella caía vencida...

los asfixiaría con el espectáculo de su derrota, como un cadáver insepulto se venga asfixiando con los miasmas de la Muerte...

no hay conquistas definitivas para los fuertes, si los débiles no consienten en abdicar, en borrarse, en aceptar y reconocer los fueros de la Victoria...

no hay triunfos definitivos sino los de la Muerte... sólo ella anonada por completo;

la Vida, no crea nada definitivo, nada infinito, nada eterno...

todo en la Vida, es precario, como la Vida misma...

precaria la Ventura, y precario el Dolor; precario el Triunfo, y precario el Vencimiento...

siempre hay una hora, en que la Derrota inerme, puede cortar las alas de la Victoria dormida;

la hora de la embriaguez del Vencedor: la hora de Dalila;

la hora del guijarro del Vencido: la hora de David;

en las cenizas cálidas de toda Derrota, palpita la crisálida de las victorias futuras...

la Revancha es el alma del Vencido; cuando el Vencido es heroico, y no consiente en apurar el tósigo del Olvido, brindado por las manos mercenarias de la Cobardía;

ella, se sabía destinada a la derrota inmediata;

y, como un insecto que abre las antenas para defenderse; como un crótalo microscópico, que segrega su veneno a la sombra de una hoja, tanto más temible, cuanto más invisible; ella soñaba con amargar el triunfo a sus contrarios, con hacerles difícil y dolorosa, la digestión de su Victoria;

y, su pequeñez se agigantaba en el corazón trágico del Odio...

y, se dió a cultivar éste, con religiosidad, con gestos de alma, sacerdotales y rituales, con virtuosidades de Artista, con apasionamientos de Amor...

y, fué feliz de odiar, con una alegría irrazonada, con tristezas voluptuosas, casi con ardores salvajes de enamorada...

y, guardaba su Odio como un secreto delicioso, temerosa de verlo amenazado por la Muerte, como si fuese una ternura...

y, soñadora de una victoria lejana... tal vez imposible, quiso dar sus últimos paseos por *Amalfi*, y, recorrer antes de regresar a Nápoles, los sitios que eran gratos a su corazón;

y, de los lugares queridos, se escapó como una fuga de ensueños;

¡oh! el enjambre luminoso y, fugaz de las cosas irrealizables...

las draperías de púrpura del cielo, que comenzaba a hacerse otoñal, flameando sobre las aguas del golfo, como grandes banderas de orgullo real sobre mares sometidos;

los bosques desfallecientes en la gloria expirante de las tardes, extendiendo su sombra próvida hasta los olivares lejanos, que parecían entrar en el mar lentamente, como una larga fila de monjes inclinados entrando bajo un pórtico abacial;

el derrumbe de llamas del Poniente, ardiendo la verdura de los campos, en la tristeza de la hora, expiatoria como un cáliz de agonía;

el alma errabunda de la Belleza, que se le ofrecía así al beso de sus ojos, amable y desnuda, en esos mismos sitios recorridos con él, de brazo de él, dialogando con él...

con aquel, que no quería nombrar, que se había hecho a sí misma, el juramento de no nombrar jamás, después de su abandono...

toda esa Naturaleza, grave y calmada, llena de prestigios reales y adivinatorios, llenaba su alma de una ardiente tristeza, y le decía voces de consolación, en la serenidad divina de las cosas;

¡oh! ¡su corazón!

su pobre corazón sacrificado, sangrando en la cruz del Silencio, en un abandono sin creyentes...

¿a quién contar las cosas de su corazón?...

con sus propias manos, había amortajado su Idilio, un pobre Idilio de enferma, y lo había enterrado en lo más hondo de su propio ser, sin cruz, sin flores, sin coronas, como el cadáver de un expósito arrojado al osario sin nombre de los seres anónimos... solo, en la Vida, solo, en la Eternidad...

así quisiera ella que hubiese desaparecido el recuerdo de su amor, como el cadáver de un marino, arrojado en las tinieblas de la Noche a lo más hondo del mar, y sobre el cual, se extiende como único sudario, el moaré lívido de las aguas...

¿en el Olvido?

el Silencio no es el Olvido; es su terrible hermano, mudo y tenaz, que no grita, pero que vive, con una vida más feroz, a causa de su intensidad...

largo tiempo paseó sus miradas sobre esos sitios queridos, rememorando antiguas alegrías, como si aspirase un perfume muy amado, en el pomo de oro del crepúsculo, en la languidez musical del campo, fatigado de ardores ávidos;

¡glorificante evocación de todos sus sueños muertos, llenos en su sepulcro de una divina belleza imperecedera; la austera belleza de las cosas puras, que no tuvieron la tristeza de ser deshonradas por la Vida!...

¡por la Vida, que todo lo profana, y hace más amable y más perfecta, la pureza inviolada de la Muerte, y de las cosas sagradas que duermen en su seno!;

¡la Muerte!...

¿por qué huía ella de su trágica belleza, única que podía consolarla?

¡ah! ¡cómo era débil pensando en la Muerte, nombrando la Muerte!...

temblaba ante las perspectivas de la Muerte, en el silencio angustiante de la sombra naciente, entre los últimos gritos de los pájaros

marinos, que se refugiaban en las costas, con un gesto lento de alas, que semejaban remos vencidos, y largo rumor de lamentación...

y, huía a refugiarse en el seno de su madre...

y, las dos mujeres lloraban juntas, ante la crueldad inexorable de la Vida, que las ultrajaba y las rompía, como restos de un naufragio arrojados sobre las costas...

y, lloraban, en el seno de su servidumbre, espléndida y dorada, cerca a los grandes jarrones de mayólicas, donde agonizaban flores vivaces, bajo los plafones decorados, en los cuales, ninfas núbiles, parecían mirarlas con piedad, entre las decoraciones espléndidas de un lujo que no les servía, sino para hacer más irritante la miseria de sus corazones, indigentes de toda ventura.

*

Nada pudo evitar, lo inevitable; y, tres meses después de su regreso a Nápoles, Silvia fué la esposa de *Sir* Lytton;

el matrimonio tuvo lugar, con una suntuosidad extraordinaria, que ocasionó los más mordaces comentarios de la prensa, alguno de cuyos órganos llevaron su osadía, hasta hablar de los auto-regalos de la novia, refiriéndose a las joyas regaladas por *Sir* Lytton, a su esposa;

vencida, pero no resignada, Silvia se dejó sacrificar, sin cambiar un momento su actitud de desprecio y de rencor, hacia *Sir* Lytton, y hacia Hermann Krauss;

no les dirigió nunca la palabra, si no fué en circunstancias ineludibles; no ocultó a nadie ese desdén y ese rencor; y los regalos enviados por *Sir* Lytton, permanecieron en el

salón, sin llegar nunca a las habitaciones de aquella a quien eran destinados; y, ante una observación de su padre, a ese respecto, manifestó que los arrojaría por la ventana a la calle, si se pretendía obligarla a llevar sobre sí, aquellas joyas que decoraban su esclavitud.

—Me habéis vendido, no tenéis derecho a adornarme para el sacrificio: eso es de una irritante ferocidad—; había dicho;

y, el mismo día cedió las joyas todas, para una *Tómbola* de Beneficencia, deseosa de que esas joyas vayan a aliviar la miseria de algunos, antes que servir a los vicios de otros; siempre están mejor en un asilo que en un garito; así lo decía en la esquela con la cual las enviaba a la Superiora del Asilo de niños tuberculosos, al cual eran destinadas;

sus impertinencias y sus mordacidades, habían sido tan grandes, y habían puesto tan en ridículo a *Sir* Lytton, y a Hermann Krauss, que éstos de común acuerdo, habían pactado, que terminada la ceremonia del matrimonio, los recién casados partirían para pasar la luna de miel en *Capri*, en la suntuosa Villa que Hermann regalaba a su hija como regalo de boda y que se alzaba como un refugio de blancuras, de follajes y de *confort*; cerca a la

Grotta-Bianca, casi a la sombra del *Salto di Tiberio*, dominando con su belleza el paisaje acre y rudo, y las aguas tenebrosas, estremecidas perpetuamente, como si soplase aún sobre ellas, el huracán de los crímenes antiguos;

la Villa, tenía el extraño nombre de *Las Viñas Muertas;*

desde sus barandajes, se dominaba el paisaje devastado, que fué teatro de las hazañas de Tiberio; y el hosco farallón cercano, se diría, la sombra del viejo tigre, proyectándose sobre las aguas, llenas de pavor;

los mármoles y los jardines, que rememoraban antiguas elegancias tiberianas, hacían una morada encantadora, de aquel islote de verdura, plantado en el árido corazón de aquel islote de piedra;

moría la tarde, sobre el mar espléndido, cuando *Sir* Lytton y su esposa, llegaron a la regia mansión que había de ser refugio, no de su amor, sino del drama íntimo que nadie ignoraba, y que ellos sentían engrandecer en su vida, como el horizonte de un naufragio.

Sir Lytton, hubiese querido enmascarar su indiferencia, ser bueno, ser amable, desar-

mar el odio de Silvia, y gozar tranquilamente su victoria;

ya tenía en su poder los millones que el contrato de matrimonio le daba;

ya, era socio de la casa Krauss, y gerente de la Banca;

ya tenía más que rehecha, cuadruplicada su antigua fortuna derrochada;

y, hubiera querido gozarla en paz, cerca de una mujer cariñosa y amable, ya que no bella, tan inteligente como Silvia; en cuya espléndida cabeza de ángel rebelde, veía rasgos de belleza y aureolas espirituales, que no había visto nunca, en ningún otro rostro de mujer;

y, hubiera querido hacerse perdonar, y hacerse estimar, si no era posible hacerse amar, de aquel corazón, rencoroso y agresivo;

sentía su ventura amenazada por ese odio, y, aspiraba a desarmarlo;

pero, desde el primer momento, tropezó con el muro invulnerable de aquella alma, resuelta a no dar a los otros, la ventura que se le arrebataba;

apenas descendidos del coche, ante la escalinata de mármol, donde la servidumbre en fila los esperaba, respetuosa y ceremoniosa,

inclinada ante su paso, había extendido su mano a su mujer para ayudarla a descender, y ésta, apenas había tocado la suya, y apenas había tocado su brazo, con el extremo de dos dedos enguantados, cuando se le ofreció para subir la escalera, entre la fila de servidores astutos y, malévolos, como todo lacayo;

llegados a las habitaciones, las recorrieron juntos, y se detuvieron en la cámara nupcial.

Silvia preguntó a la camarera que se le ofrecía, si no había otra cámara cercana, y ésta, le mostró una que un pequeño salón separaba, y que estaba destinada a la dama de compañía que debía venir luego.

Silvia, entregó su sombrero y sus guantes, a la camarera, y se quedó instalada allí, con asombro de la servidora, que fué feliz de hallar en esto un asunto de crónica, para las tertulias del servicio, que algo sabía ya de las circunstancias de este matrimonio;

pretextando fatiga, y una aguda neuralgia, manifestó el deseo de acostarse, y de quedar sola.

Sir Lytton, no se atrevió a oponerse a aquel capricho de su esposa, porque vió en sus ojos y en su rostro, el mismo gesto de resolución

obstinada, que había tenido pocas horas antes, cuando en el muelle de la *Immacoláta*, después de abrazar y besar efusivamente a su madre, había rehusado abrazar a su padre, con una mirada violenta, que no había escapado al grupo muy numeroso de sus amigos, que venían a despedirla;

temeroso de una primera escena, aceptó aquel divorcio tácito, que se imponía en su primera noche de nupcias; se retiró amable y ceremonioso, desflorando con un beso, la mano recién desnuda, donde no brillaba el esplendor de una joya;

cuando la camarera, después de desvestirla, se hubo retirado, Silvia se alzó del lecho, y cerró la puerta con llave, poniéndose así a salvo de cualquiera tentativa de *Sir* Lytton, deseoso de ejercer sus derechos de esposo, para asegurar su fortuna, perpetuando su raza;

apagó las luces, acercó un sillón a los cristales de la ventana que daba sobre los jardines, y sentada allí, se complació en escrutar la Noche, y el alma profunda y misteriosa de los jardines, que parecía dormir en las *pelouses*, bajo el murmullo dulce de las ramas, que se inclinaban hacia ellas, con oscilaciones de pájaros altaneros que no quisieran besarlas...

el lejano esplendor de las estrellas, hacía incierta la fastuosa decoración de los *parterres* obscurecidos, donde morían lentamente el alma de la tarde, que había reflejado su rostro frívolo, en el cristal violáceo de las aguas dormidas en las fuentes de mármol;

encerrada en el jardín de sus quimeras, sus recuerdos obstinados vinieron a hacerle compañía, y, sus complejidades sentimentales, aguzadas por el Infortunio y el Dolor, llenaron su soledad, la poseyeron como una fiebre, y las emociones de aquel día, definitivo para su vida, se aglomeraron todas, en una solidaridad agresiva, deseosas de entrar en tropel en el predio cerrado del Recuerdo...

y, se vió coronada de azahares, deforme bajo sus velos blancos, semejante por su pequeñez, a una primera comulgante del brazo de su padre, avanzar hacia el altar...

y, la lúgubre ceremonia...

y, el juramento mentiroso...

y, su cadena...

y, esa triste noche, lejos de su madre, que a esta hora, acaso lloraría también en el silencio de su hogar, entristecido por su ausencia...

y, se sintió sola, tan sola, en aquella hora

de orgullo, en que defendía del abrazo asesino su pobre cuerpo deforme... sus carnes vírgenes que no querían ser mancilladas por el contacto violador...

¿qué sería de ella, después de la tregua imperativa que había puesto esa noche?

¿se resignaría *Sir* Lytton, a ese divorcio imperioso de sus cuerpos, ya que el de sus almas lo sabía eterno y decisivo?

su voluntad de resistir se acrecía, con los mil ecos interiores que salían de su corazón, y, la hacían fuerte...

fortaleza del débil...

¿sucumbiría?

sintió pasos en el salón vecino; alguien se acercaba... empujaron la puerta...

tres golpes suaves, dados con los nudillos de los dedos...

silencio profundo...

los pasos se alejaron...

entonces respiró...

era *Sir* Lytton, no había duda, era *Sir* Lytton, a quien la idea de la herencia, no dejaba dormir...

¿no se había casado para eso?

para tener un hijo, que heredara la cuantiosa fortuna, de los Krauss;

le era necesario un hijo, aunque la madre muriera...

¿qué le importaba la madre, enferma, deforme, y que lo odiaba?...

tembló ante el presentimiento de las caricias futuras;... ante el fantasma de una violación futura; ante el espectro de la Muerte, que se alzaba a fecha fija, detrás de esa violación...

y, tembló ante la Muerte; tembló, como un niño abandonado en un camino solitario...

¿qué había hecho ella, para merecer la Muerte, y para ser condenada a ella, así, fríamente, deliberadamente, con la aprobación de todos?...

¿qué había hecho ella?

todos, hasta los más monstruosos asesinos tienen un defensor; ella, no lo había tenido...

tenía que defenderse sola...

sus pupilas, se iluminaban de un fulgor siniestro...

su rostro blondo y luminoso, aparecía bañado de un fulgor trágico;

un rictus amargo había en sus labios;

se diría, el rostro de un guillotinado, que siente aún el espanto de la Muerte...

y, pensó en ella, en la Muerte...

pensó con una extraña Voluptuosidad, que no había sentido otras veces, ante el espectro fatal...

¿era, pues, fácil morir, desaparecer, escapar pura a los ultrajes de la Vida?

¿qué le faltaba para eso?

un poco de valor, de resolución para escapar, descender a los jardines, perderse en la noche, llegar hasta las aguas del golfo, y desaparecer en ellas, hecha intangible e ideal, dejando detrás de ella el surco imperecedero de su encanto destruído, de su virginidad impoluta, de su sacrificio orgulloso y grande; luminoso como una llama;

morir...

¿era eso posible? sí...

¿era fácil?

su corazón temblaba... como una hoja envenenada por el hálito pestilente de un pantano...

el veneno de la Vida, la hacía cobarde...

el calor de la Vida, la infectaba como un virus...

ella, quería vivir... vivir para vengarse, para hacer sufrir...

ella, sufría también...

era la lucha de un insecto con un león...

¿quién vencería a quién?

¿sería el triunfo, del veneno del insecto?

¿sería de la garra del león?...

¿el triunfo será siempre de los fuertes, de los que saben domarlo todo, hasta las lágrimas?

dios, escoge los vencedores, el mismo día que escoge las víctimas...

antes del día de la victoria, tiene escogidos ya los victoriosos: *ab æterno*...

y, los victoriosos son los fuertes;

la Fuerza es el solo dios de la Vida...

y, Dios no vive, sino porque Dios es fuerte...

vergüenza para aquel que creó la Fuerza, sin corazón...

ése creó las lágrimas sobre la tierra...

debe estar muy alto, cuando no ha sido ahogado por ellas...

ella, lloraba en la Noche...

y, se decía...

—¡Cómo son tristes las lágrimas de la debilidad, que no resuelven nada, que no curan nada, que no pueden nada, ni siquiera consolar al que las vierte!...

¿quién dijo que las lágrimas eran un bálsamo? tal vez aquel no había llorado nunca...

las lágrimas son un cauterio, un cauterio

para cicatrizar la herida de la cual manan...

las lágrimas... esa marca de vasallaje al Dolor, que todos hemos llevado en los ojos y en el rostro...

¿qué pueden ellas?

afrentarnos, despertando en los otros, el cobarde, el morboso placer de la Piedad...

la infame, la estéril Piedad Humana, hecha de Miedo, de Debilidad, de Hipocresía...

ella, que se conforma lapidando nuestro dolor, con los guijarros estériles del Consuelo, y los más hirientes aun de los consejos...

el consejo, que es la única sabiduría de los necios;

ésos no le habían faltado...

pero, no hay consejo superior al dictado del corazón...

¿qué le decía su corazón?

él, también trabajaba en abrir los resortes de su fuerza, la Religión de su Odio, para entregarla maniatada a las fuerzas pérfidas de la Resignación y el Sacrificio?

... ...

... ...

... ...

Las luces se extinguieron, hasta en los cuartos de los servidores...

los jardines entraron más violentamente en las tinieblas...

y, ella entró en su lecho...

sola, sin un beso, como un niño que ha perdido su madre...

y, el nombre de su madre fué el único que palpitó en sus labios...

y, la llamó en su soledad...

y, se durmió con él sobre los labios, como si apretase entre ellos, todos los besos que no había dado... que no daría jamás...

*

Desde el día siguiente, principió una vida al parecer normal, en *Las Viñas Muertas.*

Sir Lytton, abandonaba en las mañanas a *Capri*, en el primer *vaporetto* que partía, dirigiéndose a Nápoles, donde habiendo tomado la dirección de la banca Krauss, se ocupaba de ella con grande asiduidad;

no regresaba sino en la noche, para comer con su esposa;

durante el resto del día, Silvia permanecía sola, entregada al misterioso poder de su fantasía, que volaba libre como un pájaro, por los jardines, que parecían ilusorios en sus decoraciones, que el sol acariciaba y brutalizaba a la par, como un amante despótico, y el horizonte libre del mar, en cuyo fondo hialino se esbozaban y morían paisajes de inquietud, y los viñedos circunstantes, áridos e inertes, llenos de un mortal enojo;

su alma de Poeta, se extasiaba en esa soledad, arrancando de ella, como de un divino instrumento, las más bellas armonías, aprisionadas, en esas estrofas, plenas de gracia alada, y de encantadora *miévrerie*, que eran peculiares a su Musa, inquieta y triste, grave y sonriente, y, en la cual la ironía sin piedad, tenía siempre el amargo sabor de las lágrimas;

en sonetos trecentistas, de una admirable factura, ella trabajaba un nuevo libro impetuoso, de rencores sin esperanza, de ternuras sin objeto, de grandes lamentaciones líricas, perdidas en la soledad, muertas sin eco en las avenidas sin gloria donde moría el esplendor de sus mirajes;

en este libro ponía toda su alma, ajena a toda otra contemplación que no fuera la de las cosas de su espíritu, cerrada a todo amor que no fuera el de sus versos, donde vibraba toda la sensibilidad un poco mórbida de su alma apasionada, tan ruda, tan brutal, tan cruelmente traicionada por la Vida;

analogías misteriosas había entre ella y los paisajes, que le parecían estrofas de un himno que ella había oído otra vez, acaso en sueños, cuando su imaginación volaba muy alto,

muy lejos, en cielos de una claridad desesperante, hechos de súbito, de un verde malévolo y tenebroso, de aguas pútridas...

aislada en sus versos, se hacía la ilusión de desarmar la Vida y conquistar el Olvido, tan necesario a su corazón, donde las garras del Odio, hacían destrozos de ternuras, tan grandes, como un Amor desesperado y, fatal.

Sir Lytton, de una corrección perfecta, tenía por ella, los respetos de un hombre bien nacido, y las atenciones de una alta educación social;

en las tardes, al regresar de la ciudad, besaba a su esposa en la frente, sintiendo el estremecimiento de sus pestañas, espesas y sedosas, semejante al batir de alas de un pájaro que no quiere ser acariciado;

temeroso de la repulsa cruel, o de la palabra amarga, no se atrevía a desflorar con un beso, sus labios fríos, que permanecían cerrados, en un gesto de muda hostilidad;

durante las comidas, cuidadosos como gente bien educada, de no dejar conocer a las gentes del servicio, la tragedia de sus almas, conversaban amablemente de crónicas de la ciudad, o de hechos de palpitante actualidad; y se hablaba también de cosas de Arte, co-

mentando los últimos acontecimientos músico-teatrales; la temporada lírico-dramática del *San Carlo*, las últimas exposiciones pictóricas, y los libros literarios nuevamente aparecidos;

el verbo incisivo, colorido y mordaz, de Silvia, su alta cultura artística, su lenguaje panorámico, de vistas amplias y majestuosas, su voz musical con entonaciones cálidas de noble pasión comprensiva, sus terribles e indomables *gamineries*, encantaban a *Sir* Lytton, que se complacía en prolongar estas veladas, hallando un intenso placer mental, en esos *tête-a-tête*, con un espíritu tan fino, tan delicado, tan pertinaz, como el de su esposa;

y, gozaba en aspirar como un perfume, raro y exquisito, el aliento de aquella alma, ardiente y delicada, que se extendía como una onda de belleza, sobre las almas y las cosas que la rodeaban;

otras noches, Silvia se ponía al piano, y, música consumada y consciente, traducía toda la turbadora exaltación de su alma, en la maestría con que sabía interpretar el espíritu de los grandes maestros; toda su gracia y toda su belleza, esparciéndolas, como una llu-

via de armonías sensibles, sobre las prodigiosas decoraciones de la Noche estrellada, llena de sublimes magnificencias;

una melancolía distinta, embargaba sus almas, llenas de la evasión sonora de sus sueños, volando hacia soledades magníficas y serenas...

terminada la velada, *Sir* Lytton daba el brazo a su mujer, y la acompañaba hasta la puerta de su cuarto, virgen aún, de todo beso amante;

la besaba en la mano, y esperaba una mirada de ternura, una mirada de deseo, de aquellos ojos implacables, donde aleteaba el Odio, como un halcón voraz;

se retiraba, desencantado...

una paz engañosa, caía entonces sobre esa mansión, donde imperaba en las almas una noche más profunda, más irremediable, que la que reinaba afuera, sobre los cielos desiertos: la noche del Dolor...

y, el Silencio, un silencio de muerte, envolvía aquella casa triste, privada de la presencia, y aun de la presciencia sagrada del Amor...

*

Una mañana, en que por ser domingo, *Sir* Lytton no iba a Nápoles, halló esparcidos en un velador de la galería que daba al mar, y en la cual Silvia se complacía en trabajar, los manuscritos de su nueva obra: *Sobre las Viñas Muertas;*

leyendo ese título, miró sin quererlo, la extensión de viñedos mustios que se extendían hasta perderse de vista, polvorientos y exangües, privados de toda vida, como una vegetación catastrófica y letal;

y, pensó en la extraña leyenda, que pesaba sobre ese lugar siniestro, leyenda que hacía creer que aquél había sido el lugar predilecto de los crímenes de Tiberio; era allí, que él hacía azotar y violar las víctimas, antes de arrojarlas al mar, desde el picacho siniestro, que se alzaba a pocos metros de aquel

lugar; era allí, en ese sitio lleno de una vegetación obtenida por abonos minerales, que había sacrificado un día tantas víctimas, que su sangre empapando el lugar, había secado súbitamente los próvidos viñedos, que en pomposa procesión de arbustos y de pámpanos, se extendían hasta el mar; y no habían reverdecido nunca; no habían vuelto a dar frutos jamás...;

y, el nombre trágico: *Las Viñas Muertas*, había sido dado entonces a aquel lugar siniestro, donde un inglés esplinético y taciturno, había levantado luego la espléndida morada, que Hermann Krauss, había comprado para regalar a su hija;

el título y la decoración, lo atrajeron enormemente; y, hojeó las páginas dispersas;

se sintió mortificado, al ver que su mujer, lo firmaba con el nombre de Silvia Salvatti; simplemente, y ni siquiera Silvia Krauss Salvatti, como había firmado sus primeros versos;

él, había esperado que en sus nuevas poesías, firmaría si no Lady Lytton, porque el orgullo de su nombre literario ya adquirido, era para ella superior a su reciente título de nobleza, al menos Silvia Krauss-Lytton, co-

mo había hecho la célebre poetisa Elisabeth Barrett, al casarse con el no menos célebre Poeta, Robert Browning, autor de *Paracelso*, la cual unió los dos nombres en uno solo, firmando Elisabeth Barrett-Browning;

pero, su mujer entendía las cosas de muy distinta manera, y no sólo, no usaba su nuevo nombre de casada, sino que lo suprimía por completo, con un desprecio altanero, que pisoteaba todas las conveniencias;

la Salvatti, su nombre de gloria, era el único que ella amaba, y lo usaba no sólo al frente de sus libros, sino en todas sus producciones, como acababa de verlo en una Revista partenopea, que publicaba una carta muy reciente de la Poetisa, aceptando colaborar en aquélla;

se sintió involuntariamente humillado y triste, y se hundió en la lectura del manuscrito;

el libro contenía la reciente historia del alma de Silvia;

y, del sereno azul, de la radiosa luz de las estrofas, él vió surgir su propia imagen ennegrecida por el Odio, deformada y miserable, cubierta de oprobio, agobiada bajo el despre-

cio, como un ser a quien se extrae vivo de un pantano mal oliente;

en el fondo de esas páginas se vió tan despreciado, tan envilecido por el Odio, que las cerró violentamente;

y, sintió horror, ante aquel odio inconmensurable, que él no creía tan grande;

ese desprecio agresivo, sin misericordias y sin fronteras, lo hacía temblar...

se le apareció como intolerable, en ese momento en que por un lento e involuntario trabajo de su espíritu, sentía nacer en él, una gran admiración por el genio y el alma de su mujer; y se sentía asaltado por una ternura extraña hacia aquel ser tan débil y tan luminoso, que era como un escarabajo de oro y de cristal, cabalístico y extraño, que hubiese caído entre sus manos y el cual no podía romper, tanto así era de resistente, y que no quería dejar, tanto así empezaba a parecerle bello, en su esplendor interior, transparente en las líneas del rostro inefable, como una esfinge;

él, creía no merecer ese Odio, y aspiraba a desarmarlo;

esperaba la hora de poder entrar en aquella alma rebelde, que escapaba por el silencio, a todo contagio espiritual;

en esa lucha sin violencias, el Odio de Silvia engrandecía solitario, a tiempo que en *Sir* Lytton, nacía un sentimiento extraño, que iba más allá de la admiración, y se traducía en una obsequiosidad constante, y en una galantería refinada, de alto tono;

nunca regresaba de Nápoles, sin traer el obsequio de un libro, de un objeto de arte, o de una flor rara y exótica.

Silvia, sufría sin agradecer, la persistencia de esas atenciones;

un día, que ella estaba absorta en pintar una acuarela, y la luz la bañaba de lleno, nimbándola y envolviéndola, en la diafanidad azul del cielo, *Sir* Lytton la contempló atentamente, y le pareció que la veía por la primera vez;

y, halló que aquellos grandes ojos de un gris azuloso de crisólito, ornados de larguísimas pestañas negras, que les hacían una sombra tenebrosa, y semejaban dos lagos minerales dormidos entre un circuito de altísimas montañas, eran muy bellos; que aquella boca de labios frescos y rojos, con dientes inmaculados, y un gesto noble de desdén, era muy deseable, apetitosa, como una fresa madura; que aquella enorme cabellera rubia,

haciéndole una aureola ticianesca, la destacaba en un halo de belleza ideal;

halló bello el rostro todo, imperioso, severo, espiritual, con la belleza difícil de las cosas superiores, rebeldes a la revelación;

y, se lo dijo así;

ella, no se dignó contestar siquiera al cumplido, suspendió su trabajo, se puso en pie y se alejó, exagerando al andar, su pavorosa deformación, como para alejar todo gesto de deseo o de admiración, en el alma de su marido;

y, desde aquel día, los ojos de *Sir* Lytton, le fueron insoportables;

y, huía de la mirada de aquellos ojos, en los cuales, veía engrandecer el Deseo, como un sol de Muerte y de Exterminio...

¿dónde huir de esos ojos, que eran como la amenaza implacable y lenta de dos garras, tendidas hacia la desnudez de sus carnes, en un gesto de voracidad?

¿dónde huir de ellos?

se replegó entonces violentamente en la Soledad;

esa resistencia pasiva a todo contacto, exasperaba la naciente pasión de *Sir* Lytton, al cual la sociedad de su mujer, le era tan agra-

dable, que comenzaba a hacérsele indispensable;

la visión del bello rostro minervino y genial, lo obsesionaba, y lo deseaba, y su ausencia, llegó a ser una tristeza...

y, vió que la música de aquella voz le era querida, y calmaba su corazón, aunque le hablara de cosas indiferentes; hubiera deseado oírla sonar siempre, con la armonía inviolada de una fuente en la soledad, llena de un reflejo de estrellas...

y, sufría de ver todo eso que huía de él, con la violencia de una noche, que rompe las perspectivas de un paisaje...

y, esos dos corazones sufrían y sangraban en la soledad;

y, eran como dos ríos, nacidos en una misma vertiente, hacia dos opuestas direcciones;

el uno, hacia los valles fecundos del Amor...

del Amor que todo lo perdona... hasta el no ser amado...

y, el otro... hacia las playas estériles del Odio...

del Odio que no perdona nada... ni siquiera el no ser odiado.

*

La posición de *Sir* Lytton, frente a la obstinación de Silvia, en no querer ser verdaderamente su mujer, se hacía intolerable, y rayana en el ridículo;

pero, más que todo, se hacía fatal a sus intereses;

si Hermann Krauss, había deseado y hecho ese matrimonio, violentando la voluntad manifiestamente hostil de su hija, había sido con el único y firme designio de tener un nieto que fuese noble, y, perpetuar su sangre plebeya, mezclándola a una raza de estirpe superior;

la muda repulsa de Silvia a entregarse a las caricias de su esposo, echaba por tierra este sueño de ennobilización hereditaria, violenta.

Sir Lytton, al buscar y efectuar este ma-

trimonio, no había tenido otro objeto, que asegurarse una fortuna, con la perpetuación de su raza;

¿qué sería de ese sueño, si no lograba vencer el rencor odioso, la aversión insuperable que su mujer sentía por él?

la repulsa formal de Silvia, de hacerse realmente su esposa, haría fracasar todos sus planes, si él no lograba vencerla...

había ensayado y ensayaba aún, todos los medios de seducción posibles ;

y, le eran contraproducentes;

los medios de intimidación le repugnaban;

no había querido apelar a ellos;

la idea de amenazar, de oprimir, de brutalizar a un ser tan débil, lo humillaba a sus propios ojos;

había hecho todo por desarmar aquella alma ulcerada y tenaz, dispuesta a eternizar su sufrimiento y el sufrimiento de los otros;

y, en esta lucha, amenazado estaba de sér el vencido, y tal vez, el prisionero...

¿de quién? ¿de qué?

de un extraño sentimiento de admiración y de piedad, pronto a convertirse, en un gran Amor; o que acaso, lo era ya...

todo amor, es una indignidad;

amor que no es indigno, no es amor;

el Amor verdadero, siente la necesidad de deshonrarse, con tanta vehemencia, como la necesidad de entregarse;

en su lucha por vencer la voluntad orgullosa, injusta y tiránica de su mujer, él sentía que iba a caer; e iba a caer de rodillas, ante aquella voluntad indomable, reacia a todas las capitulaciones...

y, él, el vividor gozoso, el egoísta sin corazón, el tahur empedernido, había sentido también abrirse en su corazón la crisálida de un sueño...

ser amado, ser feliz, anclar su barca aventurera en una bahía calmada y grave, cerca al afecto de esa mujer superior, teniendo hijos orgullosos, de su doble nobleza, del Genio y de la sangre;

y, ese sueño se rompía, ante la debilidad, hecha sagrada por el respeto; la debilidad cruel, indiferente a la muerte de un idilio; que no veía, que no quería ver brotar en un corazón que le era odioso...

¿era una venganza de la Fatalidad, este rompimiento de dos existencias, ante algo inexorable que volaba por encima de ellas, y, que no sabía definir?

él, podía romper esa resistencia, si no romper esa voluntad;

supliciar a su mujer por la violencia;

hacerla madre por la fuerza;

usar de sus derechos de esposo, rompiendo el capricho de aquel ser frágil y esquivo, que empezaba a tomar un extraño dominio sobre su corazón;

pero, era a causa de ese inexplicable sentimiento, que tenía de la admiración corruptriz, de la piedad estéril y fatal, y lo que era más vergonzoso aún, del deseo, absurdo, morboso, irracional, que él permanecía ajeno a toda violencia, absorto en la contemplación de esta pasión extraña, pronta a convertirse en una Adoración, sintiendo engrandecer en sí aquel amor inexplicable, que a veces era turbio y fétido como una onda de fango...

en el tumulto de su alma, él veía claros y distintos los gérmenes y los derroteros de su pasión;

al principio, la Admiración, pronta a convertirse en un grande amor; luego, el Deseo...

sí, era preciso confesárselo;

él, deseaba su mujer...

aquel ser físicamente absurdo y deforme, lo atraía con todo el poder de lo anormal, de

lo morboso, de los casos patológicos inexplicables y obscuros, como la entraña miserable que los genera;

su ambición, su interés, le aconsejaban reducir a su mujer a la obediencia, hacerla madre, perpetuar su raza, y asegurar su herencia;

su corazón, lo llamaba a amar a aquel sér tan frágil, tan sensitivo, luminoso de idealidad, cuya cabeza espléndida como una mar dorada, pedía todas las caricias, y en la cual, aquella boca de pasión, parecía pedir la oblación de todos los besos;

y, su deseo, obscuro, morboso, innombrable, lo atraía hacia peores perversidades, y deseaba la posesión de aquel ser, justamente por lo deforme, por lo extraño, por lo exótico, que debía ser el placer en aquella copa caprichosa deformada por la Naturaleza;

aspiraba a encontrar en ese beso, algo ambiguo y anormal, que no hubiese gustado nunca; algo superior a todos sus sueños de lascivia; algo que por su perversidad cruel, ajena a toda belleza, superara en intensidad, a la fantasía de los sátiros...

su caso era un caso de perversión patológica: el Amor de lo monstruoso;

pero, allá a lo lejos, fuera de esa anormalidad irritada y poderosa, ese Amor, se unía a otro Amor alto y noble, ajeno a todas las mancillas: el Amor al Genio...

¿cómo violar el monstruo, sin violar el Genio?

absurda idealidad...

de sus desventuras y de sus escrúpulos, hizo desde un principio partícipe a Hermann Krauss, quien mostrándose irritadísimo con su hija, le aconsejó, no tener ninguna consideración con ella, y usar de sus derechos de esposo, *manu forti*, si era preciso...

Sir Lytton, que cuando salía de la obsesión de su sueño salvaje, se sentía siempre caballero, pugnaba por agotar los medios suaves de convicción y de cariño, que pudiera llevar a su mujer, a una mejor manera de obrar y de sentir;

se apeló a los buenos servicios de doña Blanca, que en su visita dominical a *Las Viñas Muertas*, trató de convencer a su hija, de la necesidad absoluta que había de capitular, asegurando así la ventura de todos;

la pobre mujer, fracasó completamente en su misión.

Hermann Krauss al saberlo, montó en có-

lera, e hizo reproches a su hija, porque no dormía en el mismo lecho que su marido.

Silvia que hasta entonces no le había hablado, tomó su aspecto de sarcasmo irritante, y de burla despectiva, que la hacía temible, y, le dijo:

Si os entristece tanto la soledad de *Sir* Lytton, ¿por qué no os acostáis con él? tal vez eso os sería agradable...

Hermann Krauss, enfurecido alzó la mano sobre su hija.

Sir Lytton, se la hizo bajar, sujetándole el puño, con un ademán, lleno de dignidad.

—No valía la pena de hacer viaje hasta aquí para pegarme—dijo Silvia, mirando a su padre, con una mirada desafiadora, llena de un frío rencor, y añadió:

—Espero que ésta será la última vez, que *Las Viñas Muertas* tendrán el placer de albergarte... Y tú, madre, tú vendrás siempre, ¿verdad?

y, besó a su madre con un beso apasionado, mientras una lágrima asomaba a sus ojos, hechos un mar de ternuras irreveladas...

brutalmente despedido así, H e r m a n n Krauss, se alejó con su esposa...

Sir Lytton, que los acompañó hasta el co-

che, volvió cerca de su mujer, que permanecía sentada, en una silla en el jardín, junto a la balaustrada, desde la cual se divisaba el mar...

se sentó cerca de ella, dominándola con su alta talla.

—No os encolericéis—le dijo—, eso podría haceros mal;

y, ensayó pasarle la mano, por los cabellos luminosos...

ella sacudió la cabeza orgullosa, rebelde a toda caricia, y se puso en pie;

él, le tomó la mano, y, le dijo mirándola, con una gran ternura...

—¿Me odiáis mucho?

—Eso es poco—dijo ella, mirándolo fijamente, tenazmente, como si quisiese inocularle todo el veneno que salía de su corazón:

—Os desprecio...

Sir Lytton, alzó instintivamente la cabeza soberbia como si hubiese recibido un salivazo, y soltó la mano de Silvia;

ésta aprovechó ese momento, para alejarse, con tanta precipitación, que tumbó el velador, y con él, un gran vaso de cristal donde languidecía un ramo de nardos;

el vaso se rompió, y las flores al deshojar-

se, llenaron el aire de un perfume suave, casi podría decirse espiritual, que se mezcló en la atmósfera al de las otras flores del jardín, hechas como prismáticas, en la somnolencia vaga de la hora, diáfana, como una campana de índigo, bajo la cual ardiese un cirio votivo...

Sir Lytton, quedó allí inmóvil, mirándola alejarse;

con un extraño dominio de sí mismo, no se mostró agitado ni violento...

hubiera podido ponerse en pie, seguirla, alcanzarla, brutalizarla, y hacerla entrar en razón, como a un niño voluntarioso, a quien es preciso castigar;

no quiso hacer nada de eso, y quedó allí, al parecer indiferente, y apenas si una pequeña contracción de los párpados y de la boca, acusaba una sorda irritación interior...

una sonrisa cruel, se dibujó en sus labios...

¿había muerto en él, toda piedad?...

¿estaba decidido a romper esa obstinación que condenaba al naufragio todos sus planes de fortuna?

él, no era hombre de dejarlos naufragar...

¿se resignaría a su vencimiento?

enigmático, como la tarde que moría en

los jardines llenos de sombra, permaneció allí, como si se complaciese en ver en la fuga de las olas lejanas, una fuga precipitada de ensueños...

aquella noche, Silvia, no bajó al comedor, pretextando una gran jaqueca.

Sir Lytton, comió solo;

terminada la comida, y como era domingo, ordenó al *mâitre d'hôtel*, que dejara salir la servidumbre;

y, luego se encerró en su aposento;

el silencio cayó sobre la Villa suntuosa, que parecía dormir tranquila, en la melancolía de sus parques *watteaunianos*, entre el poema de flores y de mármoles, que decoraban sus jardines, cerca a los mirajes que las ojivas oscilantes de las ramas, hacían sobre la quietud serena de los estanques, donde las siluetas de los cisnes, hacían uno como ritmo de quietud hierática;

era ya bien tarde de la noche, cuando *Sir* Lytton, vestido de pijama y con pantuflos, salió de su aposento, y se dirigió al de Silvia;

la puerta estaba cerrada;

pero, para algo él había sobornado la camarera;

introdujo una llave hecha exprofeso, y la puerta se abrió.

Silvia dormía profundamente, bajo la acción de un letárgico muy suave, dádole por la sirvienta con el pretexto de calmarle la jaqueca;

la cabeza admirable, emergía de la blancura de las sábanas, como una estrella caída en una estepa de nieve.

Sir Lytton, se deslizó en el lecho, se abrazó a su mujer, y se prendió a esos labios que codiciaba tanto...

Silvia, sufrió inerte la violación, teniendo por momentos conciencia de ella, pero, incapaz de defenderse, rendida por el sopor;

clareaba el alba, cuando *Sir* Lytton, salió de la alcoba de su mujer, después de haberse fatigado de amor, en aquel cuerpo rebelde a sus caricias;

salió dejando abierta la puerta, para que no quedara a Silvia, ninguna duda sobre lo acaecido;

cuando ésta abrió los ojos, pesados por su invencible sueño, se dió cuenta exacta de la situación; en el desorden del lecho, y en su propio cuerpo halló las huellas delatoras del inmundo atentado;

deseó alzarse del lecho, y no se sintió con fuerzas... sufría los dolores de la larga tortura, en sus carnes martirizadas;

vió la puerta abierta, y recordó lo que ella había creído un sueño, y que era una dolorosa realidad;

tocó el timbre;

y, una nueva camarera, llegada la víspera, entró para servirla...

¿dónde estaba la otra?

se le dijo que había partido súbitamente, llamada por su familia;

lo comprendió todo...

aquella mujer la había vendido, sobornada por *Sir* Lytton;

no dijo nada...

calló obstinadamente su despecho y su dolor;

ensayó levantarse, y le fué difícil;

su pobre cuerpo martirizado, no podía tenerse en pie;

hizo cambiar las ropas del lecho, y se hundió en los rigores de un baño frío y prolongado, con un ansia vehemente de borrar de sí, y de cerca de sí, las huellas de la cobarde mancilla, de la cual había sido objeto...

no lloraba, no se quejaba, guardando ante

la camarera, una actitud enigmática y digna, haciendo violencia a su propia debilidad, con un heroísmo dominador, hijo de su voluntad implacable y tenaz;

sus dolores la torturaban; no podía resistir en pie;

se acostó de nuevo, y le pareció que iba a morir...

tenía una fiebre de cuarenta grados...

*

Durante quince días, Silvia, no pudo abandonar el lecho;

su madre, vino a acompañarla y a atenderla;

no permitió que llamasen a su padre, ni que *Sir* Lytton, entrase en su aposento;

no quería que sus verdugos presenciasen su martirio;

cuando ya estuvo bien, y su madre hubo partido, se encerró en el mutismo y en la lejanía, de una hostilidad implacable hacia su marido;

no volvió a sentarse a la mesa con él, ni le dirigió nunca la palabra...

su fragilidad vencida, se hizo agresiva, co-

mo la de una víbora, y peligrosa como la de un dardo en el aire...

en tanto *Sir* Lytton, si no arrepentido, al menos apenado de su brutalidad, había ensayado todo para hacérsela perdonar... pero, había sido en vano;

cuando en los primeros días de su enfermedad, *Sir* Lytton, osó entrar una vez en su cuarto, Silvia se arrojó del lecho, marchó casi desnuda hacia la ventana, la abrió violentamente, y pronta a lanzarse por ella, dijo a su marido:

—Salid de aquí; si os acercáis a mí, me arrojo por esa ventana, y perderéis con mi muerte, el fruto de vuestra cobardía; respetad la talega de oro, que creéis haber depositado en mi vientre; ¡asesino!...

sus ojos voraces, lo miraban con tal furia, que *Sir* Lytton, tuvo miedo de esos ojos, donde parecía asomarse el fantasma aterrador de la locura; y, se retiró;

y, ya no volvieron a hablarse, y casi ni a verse...

el Silencio, extendió entre los dos, sus meandros estériles, rebeldes a todo florecimiento de palabras...

un triste y aterrador silencio, hecho de las

hostilidades mudas de Silvia, y de las ternuras silenciosas de *Sir* Lytton, en las cuales temblaban confesiones de amor, no dichas nunca... ansiosas de ser oídas, ansiosas de vivir... e inertes, sin embargo, en un miserable anonadamiento, paralizadas por el odio que leía en esos ojos hechos tenebrosos, un odio tan grande que desafiaba toda mesuración...

y, la vida se hizo lúgubre y pesada, en aquella casa, donde una atmósfera de tragedia parecía envolver los seres y las cosas, y, un coro de presagios angustiantes, pasaba como un vuelo de pájaros siniestros, gritando sobre los corazones y sobre los parajes igualmente desolados...

la atención de Silvia, se condensó desde entonces, en su vientre; e inclinada sobre él con el sonambulismo de un fakir, espiaba la hora de ver aparecer los fenómenos delatores de la maternidad...

y, cuando pasado el primer mes, estos aparecieron, de manera patente, e inevitable, ya no tuvo otro objeto, que ocultarlos a todos, para que su marido y su padre ignorasen su victoria...

cuando tuvo por primera vez la conciencia

de que una nueva carne nacía en ella, por el poder fatal, de hacerse madre, tuvo el horror de comprender, que había dado vida a su propia muerte, y que la Muerte engrandecía, hora por hora en sus entrañas...

y, se ensimismó en la contemplación de verse morir día por día, absorbida y devorada por otro ser...

y, se puso a contar tristemente, los días y las horas que le faltaban para morir...

y, con el hijo que crecía en sus entrañas, crecía el odio hacia su cobarde genitor, que era su asesino...

hubiera querido lignificar o petrificar su vientre, apuñalearlo, para que no continuase en crecer en él, el germen de la semilla odiosa;

tenía el alma demasiado noble, para pensar en métodos abortivos que repugnaban a la aristocracia moral de su pensamiento;

y, se puso a morir, con el solo placer de ocultar a los otros, el crecimiento que la Muerte tomaba en sus entrañas...

en vano *Sir* Lytton, preguntaba a las camareras que le estaban cercanas;

ellas no veían nada, engañadas por los medios inteligentísimos con que Silvia hacía creer en la normalidad de sus funciones;

así transcurrieron tres meses, hasta que un día, un vértigo la asaltó en el jardín, y puesta en cama, fué llamado el médico, que declaró el estado de preñez hasta entonces oculto...

Sir Lytton, y Hermann Krauss, susultaron de alegría;

en *Sir* Lytton, la alegría se temperaba por un remordimiento, por un temor muy grande, que le venía de la idea de que Silvia, pudiese morir en el alumbramiento...

entonces deseaba, no haberla tocado nunca, no haberla hecho madre, tanta así era la obsesión creciente de su amor...

la idea de la muerte de aquel sér tan frágil, tan amado, tan rebelde, y adorado acaso a causa de su rebeldía permanente, lo sumió en una tristeza llena de sobresaltos, que lo privaba del sueño y de la tranquilidad...

por las noches velaba cerca de la puerta, del aposento de Silvia, oyéndola moverse y respirar, atento al menor ruido que pudiera anunciar un alumbramiento prematuro;

la imagen de aquel ser doliente marchando resignado y orgulloso hacia la Muerte, lo llenaba de una pesadumbre extraña...

la seguía de lejos en sus paseos por los jardines, velando a distancia por ella, con un cuidado y un amor, magníficos de sinceridad;

una tarde, ella tropezó y cayó...

él, corrió en su auxilio y la levantó en sus brazos...

nada igual al gesto de horror que asomó en los ojos de Silvia, viéndose prisionera de aquellos brazos que para ella eran como dos garras... se separó de ellos indignada.

Sir Lytton, quiso asirla de nuevo...

estaban cerca al parapeto, que limitaba el jardín y daba sobre el golfo...

abajo, las olas se rompían entre pedregales, a una profundidad vertiginosa...

Silvia trepó sobre el parapeto, y se inclinó sobre las ramas de un árbol, pronto a romperse bajo su peso...

—Si me tocáis, dijo, me precipito en el mar con vuestra herencia.

Sir Lytton, no escuchó casi el ultraje;

cerró los ojos, y se alejó, horrorizado él mismo, del horror que inspiraba...

y, desde entonces, el silencio y la tristeza, se hicieron más profundos en aquellos sitios, y en aquellas almas, que parecían temblar bajo la terrible obsesión de los presagios...

la sombra omnipresente de la Tragedia, reinaba en la morada suntuosa, y en sus parques calmados, donde se diría, que los estanques, eran copas repletas de lágrimas, en las cuales se reflejaba el rostro implacable de la Muerte.

*

Los meses y los días transcurrían, con la lentitud monótona de una lluvia de otoño, cayendo en la soledad...

horas grises, horas amorfas, horas vacías, de esas en que las almas se sienten y se miran vivir, en el fondo doloroso de su pena...

y, parecen fundirse y desaparecer, en el alma del crepúsculo moral que las envuelve...

sola, en la terraza, Silvia miraba la luna argentada, subir en los cielos remotos, blanqueando el paisaje lacustre, haciendo irisaciones volubles, sobre las playas cercanas, que parecían de oricalco;

orofreses errantes vagaban sobre los horizontes brumosos, bajo la mirada cariñosa de las constelaciones...

de súbito, dolores intolerables la asaltaron...

tuvo el valor supremo de callar...

ahogó un gemido, y dominando heroicamente el dolor que rompía su cuerpo, subió hasta su habitación;

cerró por dentro, se desnudó, y se puso al lecho, con la estoica resignación, de aquel que se acuesta lentamente en su sepulcro...

los dolores se hacían tan violentos, que para ahogar sus gritos, introducía las ropas del lecho en su boca, y las apretaba con furor...

se revolcaba como una bestia herida, mordiendo las almohadas del lecho, y clavándose los dientes en las manos hasta hacerse sangre...

de repente, sintió algo más cruel que todos esos dolores, un desgarramiento de todo su ser, y, algo sanguinolento y viscoso salió de sus entrañas, y se deslizó cálido y untuoso por su cuerpo como un enorme coágulo de sangre...

sintió que iba a perder el sentido...

oyó que aquella cosa al parecer informe, vagiaba y lloraba débilmente;

reunió todas sus fuerzas, extendió sus manos; agarró el pequeño sèr gelatinoso; palpó su cuerpo; halló donde estaba el cuello; y crispó sobre él, su mano como una tenaza...

. . . .

el pequeño sér calló; había sido estrangulado...

sonrió trágicamente...

sintió que toda la sangre de su cuerpo se vaciaba... perdió toda noción de la Vida...

y, entró serenamente en la Muerte...

nadie la vió ni la sintió morir...

Sir Lytton, que había arrastrado un sofá hasta la puerta del cuarto, para velar su sueño, no oyó nada...

cuando ya bien entrada la mañana, se apercibieron que Silvia no llamaba, tocaron a la puerta... nadie respondió...

ante el tenaz silencio, *Sir* Lytton, puso el hombro a la puerta, y la hizo saltar...

una débil claridad entraba a través de las cortinas de la ventana...

retrocedió asombrado ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos...

la estancia era un lago de sangre, que continuaba en gotear, cayendo de entre las sábanas del lecho...

Silvia yacía inmóvil, desangrada, trágica, con la mano crispada sobre el cuello de su hijo muerto...

Sir Lytton, palideció de horror...

no vió el naufragio absoluto de sus sueños

de ambición, sino la muerte de su Amor, de su violento y trágico Amor...

llamó a su mujer a grandes gritos, alzó el cuerpo ensangrentado, y besó frenéticamente la cabeza tan bella que sonreía trágicamente...

cayó de rodillas ante el lecho, y tomando una mano del cadáver, tinta aún en sangre, la besó con delirio, clamando...

—Perdón... perdón, perdón...; yo te he matado...

y, dejó caer su cabeza sobre la mano de la muerta...

cuando la levantó, la frente y los labios, estaban rojos, como los de un asesino que hubiese bebido la sangre de su víctima...

el sol, entrando por la ventana, iluminó aquel lago de sangre, semejante al rojo metálico de los jardines, que parecían sudar sangre, enrojecidos bajo el horror de la inacabable maldición...

y, un soplo de pavor, pasó estremeciendo, hasta más allá de los confines, el salvaje esplendor de *Las Viñas Muertas*...

FIN

Lector:

Si este libro te agrada, no lo prestes. Porque restándome compradores, agradecerías el deleite que me debes, devolviendo mal por bien.

Si este libro no te agrada, no lo prestes. Porque obra insensatamente quien propaga lo malo.

Prestar un libro es un gran perjuicio para el autor que cobra derechos por ejemplar vendido.



OBRAS DE VARGAS VILA

PUBLICADAS POR LA CASA EDITORIAL SOPENA

Vuelo de Cisnes.
De los Viñedos de la Eternidad.
Libre Estética.
María Magdalena.
Sombras de Águilas.
El Final de un Sueño.
Salomé.
La Ubre de la Loba.
Ibis. (Edición definitiva.)
Las Rosas de la Tarde... (Edición definitiva.)
Flor del Fango. (Edición definitiva.)
Cachorro de León.
La Simiente. (Edición definitiva.)







UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 101606926


2'50 Ptas.